FACETAS

Vol. 5 1972 No. 3

LOS CAMINOS DE LA MODERNIZACION

Galo Plaza
LA ALIANZA... UNA DECADA DESPUES

Paul G. Hoffman
NINGUNA EPOCA COMO EL FUTURO

Jack N. Behrman
LA INTEGRACION REGIONAL EN LATINOAMERICA

James P. Grant
LOS EMPLEOS EN LAS NACIONES EN DESARROLLO

David H. Pollock
PREBISCH VS. PEARSON

Adolph Lowe
¿ES "UTIL" LA EDUCACION SUPERIOR?

Roger D. Spegele
LA NOVELA Y LA VISION POLITICA

Michel Crozier
NUEVOS PRINCIPIOS PARA LOS NEGOCIOS NORTEAMERICANOS

Eugene B. Skolnikoff
TECNOLOGIA Y POLITICA MUNDIAL

Crítica de Libros · Crónica de Arte

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Editor: Nathan Glick
Editor Asociado: John Corr
Directo de Arte: Joseph D. Hockersmith
Asistentes Editoriales: Katherine Montgomery y Mary A. Igal

Oficina Editorial: Agencia de Información de los EE. UU., 1776 Pennsylvania Avenue, N. W., Washington, D. C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio de Información de la Embajada de los EE.UU. para su trámite.

FACETAS

1972

Vol. 5 No. 3

sección especial: **LOS CAMINOS DE LA MODERNIZACION**

Galo Plaza	3	**La Alianza . . . una Década Después**
James P. Grant	8	**Los Marginados en las Naciones en Desarrollo**
Paul G. Hoffman	20	**Ninguna Epoca como el Futuro**
David H. Pollock	28	**Dos Visiones del Desarrollo Económico**
Jack N. Behrman	37	**La Integración Regional en Latinoamérica**
Robert L. Heilbroner	49	**El Surgimiento de las Empresas Multinacionales**
Frank Getlein	61	**Un Escultor de la Vida Diaria**
Adolph Lowe	73	**¿Es "Util" la Educación Superior?**
Roger D. Spegele	84	**La Novela y la Visión Política**
Eugene B. Skolnikoff	93	**Tecnología y Política Mundial**
Michel Crozier	103	**Nuevos Principios para los Negocios Norteamericanos**
Everett S. Lee	111	**W.E.B. Du Bois y los Negros Norteamericanos**

LIBROS

George Steiner	120	**El Lenguaje y la Política**
Peter Prescott	122	**Milagros y Misterios**
Augustus Trowbridge	123	**La Radical Innovadora de la Educación**
Philip Van Slyck	124	**Japón, ¿Un Futuro Super Estado?**
Peter Caws	126	**La Filosofía Norteamericana**

NOTA AL LECTOR

Aparte de la prevención de la guerra y la conservación de un medio natural tolerable, ninguna meta contiene esperanzas para más personas que el desarrollo económico. Para los ciudadanos de los países pobres, ello significa una adecuada alimentación, un mejor alojamiento, más escuelas, mayores oportunidades económicas: una vida más humana y más plena. Para aquellos de nosotros que vivimos en países industriales avanzados, toca tanto nuestros sentimientos fraternales cuanto nuestro propio interés. En una época de comunicación instantánea, la pobreza y el sufrimiento en el extranjero se nos presentan vívidamente en nuestros periódicos y pantallas de televisión; no podemos, como en períodos anteriores y más aislados, alegar ignorancia. Y más allá de este llamado a la solidaridad humana, el destino de los países pobres afecta las tensiones de la política internacional, así como la estabilidad y productividad de una economía mundial cada vez más interdependiente.

Las contribuciones a nuestra sección especial de este número reflejan una tercera etapa, bastante reciente, del pensamiento de los expertos sobre el desarrollo económico. La primera etapa —fines de los cincuentas y principios de los sesentas— estuvo dominada por una creencia optimista en el poder casi mágico de la infusión de capitales, basada en el fenomenal éxito del Plan Marshall al reconstruir la Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial. Cuando el ritmo del desarrollo resultó mucho más lento del que se había esperado, y como la analogía con el Plan Marshall no distinguía entre rehabilitar las industrias dañadas e iniciar el proceso de modernización, reinó un extremo pesimismo. Hoy, esa sensación de inminente desastre en gran parte ha cedido ante una actitud a la que podemos llamar realista y pragmática.

Nuestros colaboradores, todos los cuales han tenido que ver directamente con el desarrollo económico como planeadores o eruditos, enfocan problemas específicos y sugieren soluciones limitadas, no doctrinarias. Creo que tienen algunas cosas vitales y estimulantes que decir acerca de la ayuda exterior, el desempleo, las relaciones entre la ciudad y el campo, la empresa multinacional y las tasas de desarrollo. Me parece de lo más alentador el surgimiento de un principio central en la mayor parte de los escritos actuales acerca del desarrollo económico: que el desarrollo, en sí, no necesariamente es benéfico, a menos que ayude a satisfacer las básicas necesidades humanas de trabajo, salud, educación y justicia social. Es decir, el triunfo habrá de medirse no por las estadísticas en ascenso, sino por las vidas enriquecidas.

N. G.

sección especial:

Los Caminos de la Modernización

LA ALIANZA... UNA DECADA DESPUES

Por Galo Plaza

Pese a quienes la dan por muerta y enterrada, la Alianza para el Progreso está bien viva, dice el Secretario General de la Organización de Estados Americanos. Cree que se han logrado considerables progresos, aun cuando subsistan muchos graves problemas. Su artículo es una adaptación de un discurso pronunciado ante el Consejo de Asuntos Mundiales, en Boston, en el otoño de 1971.

Galo Plaza ha hecho una brillante carrera, en Ecuador y en la escena mundial. Ha sido alcalde de Quito y presidente del Ecuador. También ha servido de mediador y pacificador para las Naciones Unidas en varias crisis internacionales. Especializado economista en cuestiones agrícolas, ha escrito y hablado extensamente sobre asuntos relacionados con el desarrollo. Es co-autor de *Problemas de la Democracia en la América Latina.*

Han pasado diez años desde que los representantes de las naciones americanas se reunieron en la ciudad veraniega de Punta del Este, en el Uruguay, para dar principio a la Alianza para el Progreso. Hoy casi nadie recuerda la oratoria, los toques de clarín que acompañaron la creación de este programa de desarrollo regional de tan grande alcance. Dicen los críticos que la Alianza no ha logrado sus elevados propósitos en materia de progreso económico y reforma social, y que por lo tanto se la debe enterrar discretamente o dejar que desaparezca en el olvido.

Pero a mi juicio la Alianza para el Progreso está aún llena de vida. Como lema podrá haber perdido algo de su atractivo inicial; pero el concepto de la cooperación multilateral destinada a lograr un crecimiento económico más rápido y una mayor justicia social sigue tan válido como antes y ha quedado incorporado a la Carta modificada de la Organización de los Estados Americanos en calidad de obligación de tratado. En cuanto a los Estados Unidos, el Presidente Nixon reiteró el mes pasado la adhesión de este país a los principios de la Alianza.

Aunque la opinión pública ha tendido a considerar la Alianza como programa bilateral de los Estados Unidos, en realidad ha sido un pro-

grama multilateral desde su inicio. Los aportes de los Estados Unidos y de otras fuentes externas han desempeñado una función de importancia al poner en movimiento el mecanismo; pero ha sido América Latina la que ha realizado el esfuerzo mayor, mucho mayor aún de lo que se esperaba en Punta del Este en 1961.

Las estadísticas de la década del sesenta demuestran que con el ahorro nacional se financió el 94 por ciento de las inversiones en la América Latina, en vez del 80 previsto en Punta del Este. La entrada neta de capital procedente de todas las fuentes externas, después de deducir la salida de fondos, fue de 17.600 millones de dólares, algo menos que los 20.000 millones previstos al comenzar la Alianza.

Durante la década pasada el producto interno bruto per cápita subió en toda la América Latina de unos 370 dólares a alrededor de 470, o sea, un aumento del 27 por ciento. Este ritmo de crecimiento fue casi tan rápido como el de los Estados Unidos, donde el producto interno bruto per cápita aumentó durante la misma época el 31 por ciento aproximadamente. En términos absolutos, sin embargo, la diferencia entre el producto interno bruto per cápita en los Estados Unidos y en la América Latina aumentó de 2.200 dólares en 1960 a 2.900 en 1970.

En ciertos campos como el de la reforma tributaria, alfabetización, matrículas escolares, provisión de agua a las ciudades, duración de la vida, los países latinoamericanos hicieron progresos de importancia hacia las metas de la Alianza para el Progreso. En otros como la vivienda y la reforma agraria el progreso fue menor de lo que se esperaba.

Aunque muchas de las ambiciosas metas de la Alianza no han sido alcanzadas todavía, el programa ha producido en la infraestructura latinoamericana cambios de importancia que preparan el terreno para un progreso mayor. La experiencia ha demostrado que el progreso social no es consecuencia natural del crecimiento económico y que los países latinoamericanos deben encarar más directamente ciertos problemas como el desempleo y la distribución del ingreso, a los cuales no se concedió gran importancia en la Carta de Punta del Este.

Una Relación Especial

La experiencia de la década del sesenta ha servido también para subrayar la necesidad de mantener frente al resto del mundo la unidad latinoamericana en cuestiones de desarrollo, sin que esto signifique que se trate de prescribir una estrategia uniforme pabra todos los países de la región. Cada país tiene su propio plan de desarrollo, su propia manera de enfocar las cosas, su propia lista de prioridades, y así es como debe ser. Pero esta circunstancia no ha detenido la tendencia latinoamericana a la unión y a la solidaridad. Esta tendencia se ha hecho patente en el seno de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana.

Al evaluar de nuevo los países latinoamericanos sus prioridades en la Alianza para el Progreso, y sus metas de desarrollo en la década presente,

convendría que Estados Unidos examinara sus propios objetivos de política exterior y su estrategia en la América Latina.

¿Qué provecho ha de sacar Estados Unidos de una política de mayor cooperación con la América Latina y el resto del mundo en desarrollo? En el Informe Peterson* se sugiere explícitamente que Estados Unidos "no espere de su participación en el desarrollo internacional ni gratitud, ni votos, ni ventaja inmediata alguna de política exterior; que tampoco pretenda influir en otros para que adopten valores culturales ni instituciones estadounidenses, ni mucho menos suponer que el desarrollo ha de traer consigo necesariamente la estabilidad". Los verdaderos fines de la cooperación para el desarrollo, según dicho Informe son "la creación de sociedades sanas que confíen en sí mismas. . . una economía mundial en desarrollo de la cual puedan todos beneficiarse y mejores perspectivas para la paz".

Hay quienes creen que Estados Unidos debe cooperar más en los empeños de ayuda propia de los países en desarrollo, pero no ven motivo alguno para conceder trato especial a la América Latina. Creo yo, en cambio, que hay varios motivos para ese trato especial.

En primer lugar figura la estrecha y tradicional asociación con los Estados latinoamericanos desde que éstos obtuvieron su independencia hace siglo y medio. En segundo lugar, la proximidad a los Estados Unidos hace de la América Latina un mercado más accesible. En tercer lugar, siendo América Latina la más adelantada de las regiones en desarrollo, ya en los umbrales del desarrollo acelerado, está mejor preparada para utilizar con eficacia la cooperación del exterior. Por último, es la única región en desarrollo vinculada a los Estados Unidos por un tratado orientado hacia el desarrollo. Me refiero a la Carta modificada de la Organización de los Estados Americanos.

No obstante, existe en este país una tendencia a disminuir la importancia de la región; los analistas de política exterior concentran su atención en los nuevos acontecimientos en las relaciones entre Oriente y Occidente. Lejos estamos de aquellos días de la década anterior cuando, aunque sólo fugazmente, se consideró noticia de primera plana la preocupación por el desarrollo de América Latina.

La Importancia de Latinoamérica

Algunos teóricos de la geopolítica niegan la existencia de una relación especial entre la América Latina y los Estados Unidos. No la creen necesaria, y califican a la América Latina de cosa sin importancia, porque no comprenden lo que la región promete ni su potencialidad: es ésta una antigua falla endémica de la opinión pública estadounidense. Pasando por alto la relación especial que ya existe entre los Estados Unidos y la

* El informe de la Fuerza Laboral del Presidente Nixon sobre el Desarrollo Internacional recibió el nombre de su presidente, Rudolph A. Peterson, actual administrador del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas.

América Latina en la Organización de los Estados Americanos, algunos autores han aconsejado una política de "desobligación constructiva". A mi juicio tal alejamiento de la obligación no sería constructivo para ninguna de las partes.

Los que subestiman la importancia de la América Latina olvidan que la región compra todos los años productos de los Estados Unidos por valor de 5.000 millones de dólares y que este mercado crecerá hasta llegar a los siete u ocho mil millones durante la década actual. Olvidan que la región es fuente de materias primas de importancia esencial para la industria y la defensa de los Estados Unidos.

Olvidan que los países latinoamericanos han demostrado su importancia estratégica para los Estados Unidos en época de guerra.

Finalmente, pasan por alto la importancia política de estos países que comparten con los Estados Unidos criterios iguales sobre lo necesario para lograr el bienestar del hombre y la paz y seguridad de la comunidad de pueblos.

Todo observador imparcial habría de admitir que la magnitud de los medios hasta ahora empleados no guarda proporción razonable alguna con la del fin, ni con los recursos disponibles. Las corrientes de ayuda han sido hasta la fecha inadecuadas. Han sido útiles, pero insuficientes para provocar un gran impulso hacia el crecimiento económico autosuficiente.

Hay dos aspectos positivos en el horizonte de la ayuda económica de Estados Unidos. Una parte cada vez mayor de esta ayuda se canaliza por conducto de instituciones multilaterales como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Esta circunstancia permite a los países en desarrollo hacer valer más su opinión en cuanto al sector en que ha de utilizarse la ayuda y la forma de emplearla; pero el sistema de votación ponderada de tales instituciones todavía da la mayor fuerza a la opinión de los Estados Unidos. Otro acontecimiento alentador ha sido la decisión del Gobierno de los Estados Unidos de eximir a la América Latina de la reducción del 10 por ciento en la ayuda para el desarrollo.

Un "Nuevo Trato" Comercial

Al mismo tiempo que persigue un aumento de la cooperación económica, la América Latina busca un "nuevo trato" en materia de comercio. Es esencial para la región aumentar y diversificar las exportaciones, a fin de neutralizar los términos de intercambio cada vez menos favorables y que resultan del rápido incremento del valor de las importaciones y del alza lenta de las exportaciones.

La América Latina puede mejorar su situación comercial intensificando los empeños de promoción de exportaciones y acelerando el proceso de integración económica regional. Pero también será necesario que los países industrializados abran más sus puertas a los productos latinoamericanos eliminando las restricciones destinadas a proteger industrias rela-

tivamente menos eficientes. El Japón ha dado un ejemplo excelente al establecer un fondo de 210 millones de dólares para asistencia de ajustes destinada a su industria textil, que no puede competir con las importaciones procedentes de Corea, Formosa y Hong Kong. Pagar el costo del reajuste es más sensato y favorece más la amistad que intentar excluir la competencia.

Aunque Estados Unidos fue uno de los primeros países en abogar por un sistema de preferencias generales para las manufacturas de los países en desarrollo, en comparación con Europa y el Japón se ha retrasado en llevarlo a la práctica. Dentro de la Organización de los Estados Americanos un nuevo mecanismo de consulta sobre comercio ha permitido ampliar el propuesto sistema estadounidense de preferencias, a fin de incluir en él más productos de interés especial para la América Latina; pero hasta que se ponga en ejecución el sistema, los beneficios para la región sólo tendrán un valor imaginario.

Para Colmar la Brecha de la Pobreza

La expansión del comercio y la asistencia para el desarrollo son medios en la gran lucha con el problema más urgente de nuestro tiempo: el abismo cada vez mayor entre los países ricos y los países pobres.

El fenecido líder Martin Luther King dijo una vez que "la injusticia, dondequiera que esté, amenaza a la justicia en todas partes". Este profundo e inquietante pensamiento repercutió el año pasado en varios jóvenes estadounidenses que formaron un cuerpo de voluntarios llamado Youth Task Force for International Development. Dijeron al Presidente Nixon: "Nosotros los de la nación más rica de todas no tenemos derecho a esperar la paz si no tomamos medidas vigorosas con espíritu imaginativo y restauramos el equilibrio de la riqueza económica y las oportunidades humanas".

No hay garantía de que el desarrollo traiga consigo la paz. Sabemos con cuánta frecuencia han recurrido a la guerra los países industrializados. Pero en esta época de la revolución de aspiraciones crecientes, en que aumenta año tras año la distancia entre ricos y pobres, es imposible concebir una paz duradera cuando no hay desarrollo. ¿Podrá llegar a comprender el mundo industrializado, antes que sea demasiado tarde, que sus mejores intereses han de quedar servidos si se promueve un crecimiento más equitativo de las naciones de este planeta que cada vez resulta más pequeño?

El hombre tiene en verdad los medios para construir un mundo de justicia para todos sin miseria para nadie. Es hora de que todos los pueblos, ricos y pobres, se dispongan a hacerlo.

LOS MARGINADOS EN LAS NACIONES EN DESARROLLO

Por James P. Grant

El desempleo y el subempleo han llegado a ser problemas cada vez más críticos en las naciones en desarrollo, escribe el autor. Analiza las consecuencias sociales y políticas de esa "crisis global del empleo" y sugiere que cualquier solución habrá de requerir nuevas medidas económicas, que pueden ir desde la reforma interna hasta la modificación de las relaciones de intercambio e inversión entre los países ricos y pobres.

James Grant es presidente del Consejo del Desarrollo Exterior, organización independiente que tiene como fin crear en los norteamericanos una mayor conciencia de los problemas a que se enfrentan las naciones en desarrollo. Anteriormente fue administrador adjunto de la Agencia para el Desarrollo Internacional (A.I.D.) y director de sus programas en Turquía y Ceilán. El presente artículo es un resumen publicado con autorización de *Foreign Affairs,* octubre de 1971.

Diversos factores son actualmente causa de un nuevo fenómeno en las naciones en desarrollo. Se trata de lo que Robert McNamara, del Banco Mundial, ha calificado de número creciente de "seres marginados", gente que ha alcanzado la edad adulta sin desempeñar ningún papel útil en la sociedad. En gran parte producto de un auge sin precedentes de la "sobrevivencia infantil" en todo el mundo, esos individuos se hallan actualmente ante la escasez de trabajo, ante la escasez de medios para valerse por sí mismos y tomar parte en la vida que se desarrolla a su alrededor. Simple y sencillamente, de un extremo a otro del mundo en desarrollo existe un serio y cada vez más grande problema de desempleo, que en la década actual podría llegar a dominar el desarrollo internacional como lo hizo en la década de los sesentas el problema de la alimentación.

Las repercusiones de la explosión demográfica en el desempleo se han visto agravadas en casi todas las naciones en desarrollo por una emigración igualmente sin precedentes del campo a las ciudades, por la utilización creciente de la tecnología de capital intensivo y por las políticas financieras que favorecen al capital y no al empleo. Al propio tiempo, las condiciones de vida de un sector considerable de la población me-

Copyright © 1971 por the Council on Foreign Relations, Inc., Nueva York.

joran rápidamente. De ahí que se agudice el contraste entre quienes viven de manera relativamente conveniente y aquellos para quienes el sistema actual está lejos de funcionar bien. Es probable que muchos de los más graves trastornos políticos de la época moderna no hayan ocurrido por simple casualidad en los países con mayor índice de desempleo.

Mas lo peor es que los desempleados constituyen apenas la punta de un *iceberg* compuesto por un grupo más vasto de subempleados. Dado que en casi ningún país pobre existe el amortiguador del seguro social, sólo "soportan" el desempleo las personas con parientes que trabajan para proporcionarles ayuda. Por consiguiente, en el tercer mundo, casi todos aceptan cualquier trabajo que encuentren. Millones de seres subsisten gracias al trabajo ocasional, mientras que otros, por una ración, laboran jornadas extremadamente largas como limpiabotas o como vendedores de baratijas.

La Crisis Global del Trabajo

Tales problemas son casi generales en los países en vías de desarrollo. Por ejemplo, en Latinoamérica, el número de personas totalmente carentes de empleo se triplicó entre 1950 y 1965. Expresado como porcentaje de la fuerza de trabajo, ese número se duplicó desde 5.6 hasta 11.1 por ciento. Hoy en día, las cifras son todavía mayores. Más aún, en las grandes ciudades de todo el tercer mundo, son cada vez más frecuentes los índices de desempleo de 15 y 20 por ciento. Generalmente, tales índices son aún mayores entre la gente joven, particularmente aquélla que ha recibido una preparación.

En el transcurso de la década actual, se espera que la fuerza de trabajo en los países no comunistas en vías de desarrollo aumente en 170 millones, cifra que constituye el 25 por ciento del total de dicha fuerza. En determinadas regiones, especialmente en Latinoamérica, donde la explosión demográfica empezó a temprana hora, el incremento será mayor todavía, pues se elevará en un tercio o más. En la propia India, uno de los recién llegados al rápido desarrollo demográfico, la fuerza de trabajo habrá de aumentar de 210 millones en 1970 a 273 millones hacia fines de esta década.

Desgraciadamente, en los países en desarrollo todavía no está a la vista el fin de la explosión demográfica. Peor aún, en ellos la fuerza de trabajo seguirá aumentando consecuentemente durante 20 años después de que termine esa explosión. Por tal motivo, el problema de la absorción de los trabajadores es mucho más grave en los países en desarrollo de lo que fue en las naciones actualmente desarrolladas durante su época de industrialización. En aquella etapa, el aumento de la población en los países europeos rara vez subió hasta uno por ciento, mientras que en las naciones en desarrollo de hoy día el aumento anual se eleva hasta 2,6 por ciento.

Empero, la explosión demográfica no es la única causa del problema

del empleo. Pese a las tasas de desarrollo económico históricamente sin precedentes en todo el tercer mundo, la disponibilidad de plazas productivas no aumenta con rapidez suficiente para satisfacer la demanda. La creación de empleos ha sido frenada tanto por los patrones del desarrollo económico como por los del cambio tecnológico. Por ejemplo, actualmente, un millón de dólares invertido en la expansión industrial no genera tantos empleos como hae 20 ó 30 años, debido al creciente perfeccionamiento de la tecnología. Al mismo tiempo, muchas de las medidas políticas trazadas para acelerar el desarrollo económico han alentado en realidad la substitución del trabajo por el capital. Entre ellas se cuentan los tipos de cambio a los que se atribuye un valor excesivo, la excesiva protección a las industrias importadoras de substitución y las bajas tasas de interés. Tales políticas son un estímulo para que los contratistas utilicen la maquinaria, especialmente la maquinaria importada, a pesar de la abundante disponibilidad de mano de obra necesitada de trabajo. Igualmente alientan a los hombres de negocios a favorecer a las empresas importadoras en que se da preferencia al capital por encima de las industrias exportadoras donde el trabajo es predominante.

El problema del empleo se ve agravado además por el índice de migración del campo hacia la ciudad, que tampoco tiene precedentes en la historia americana ni en la europea. Cierta "fiebre del oro" invade a los campesinos subempleados y desempleados que afluyen a las ciudades en número creciente. Muchos buscan la recompensa de un trabajo fabril bien retribuido que muy pocos pueden encontrar. En Latinoamérica, la población urbana ha aumentado con doble rapidez que el trabajo urbano. En la actualidad, las ciudades abrigan a más del 50 por ciento de la población total, causando graves problemas de barrios bajos, crímenes y enfermedades.

La Búsqueda de Nuevas Tácticas

¿Qué debe hacerse ante tales problemas? En la mayoría de las naciones en desarrollo no existe una respuesta evidente. Los planificadores, administradores y dirigentes políticos apenas cuentan con un incipiente consenso sobre la manera de proporcionar suficientes empleos productivos a su fuerza de trabajo en expansión. Mas hay destellos de esperanza que se derivan de los programas realizados con éxito en el transcurso de los sesentas. En lo particular, hay nuevas posibilidades para los programas que capitalizan el progreso agrícola y las lecciones dadas por algunos de los países más pequeños del Asia Oriental.

La búsqueda de nuevas medidas se ve impulsada por la conciencia de que la manera tradicional de abordar el desarrollo, en el terreno del empleo, sólo podría llegar a resultados razonables mediante índices inalcanzables de desarrollo económico. Según cálculos recientes, tal vez sea necesario aumentar el producto nacional bruto (PNB) entre nueve y once por ciento anual en la mayoría de los países en desarrollo. Pero

esos índices apenas absorberían el aumento de la fuerza de trabajo en las tareas no agrícolas. No reducirían el número absoluto de personas que trabajan la tierra ni afectarían la acumulación ya existente de desempleo y subempleo. Son cálculos sorprendentes, sobre todo cuando se les compara con la experiencia de los norteamericanos, que llegaron a las mismas metas con sólo un incremento de tres por ciento del PNB.

Ese tipo de análisis llevó a Raúl Prebisch a abogar, en un reciente informe, por un índice de desarrollo de cuando menos ocho por ciento anual en Latinoamérica. Pero aun en el caso de que se alcanzara ese objetivo —sumamente ambicioso—, ¿sería suficiente? Ciertos economistas se muestran escépticos ante tales puntos de vista, alegando que sin otros importantes cambios estructurales, la mayoría de los países sólo alcanzaría tan elevado índice dando mayor importancia que antes a la industria moderna. Así, una concentración de ese tipo agravaría el problema de los altos salarios en un pequeño sector de la economía, lo cual daría lugar a nuevas injusticias, al flujo migratorio hacia las ciudades y a la intensificación de los problemas urbanos. Por consiguiente, el mayor desarrollo económico es condición necesaria pero insuficiente para resolver el problema del empleo.

Fomento de los Programas Intensivos de Trabajo

No existe ninguna solución total a ese tipo de dificultades, ninguna táctica cubrirá todas las incertidumbres del desarrollo en un solo movimiento teórico.

Existen sin embargo diversas iniciativas que las naciones en desarrollo podrían adoptar con objeto de transformar la naturaleza de su desarrollo. Podrían suprimir las preferencias que favorecen la utilización del capital reducido en contra del trabajo abundante, podrían desarrollar y favorecer las técnicas intensivas de trabajo y podrían desarrollar y utilizar las posibilidades de la Revolución Verde. Pasos así proporcionarían mayor número de empleos en la agricultura y harían posibles aquellos programas destinados a aumentar considerablemente el empleo en cualquier otro sector de la economía, programas que anteriormente no eran realizables a causa del potencial inflacionario que los caracteriza allí donde hay ya escasez de alimentos.

Los países en desarrollo disponen, en primer lugar, de muchos medios de corregir las ya existentes deformaciones relacionadas con el capital y el trabajo. Podrían empezar por hacer que el precio del capital fuese más realista, dejando de subsidiarlo, devaluando los tipos de cambio y elevando las tasas de interés. Aumentando los intereses y haciendo más amplio el acceso a las instituciones de ahorros, los países pobres estarían en posibilidad de incrementar el ahorro, especialmente entre los campesinos y los contratistas en pequeña escala. De la misma manera, la mayoría de los países pobres brindarían menor protección a las industrias que sustituyen la importación, que tienden al empleo intensivo del capital,

y favorecerían en cambio a aquellas industrias que, en última instancia, pueden soportar la competencia internacional, basadas en el bajo costo de la mano de obra. Igualmente debería frenarse el aumento de salarios.

Para los países en vías de desarrollo hay un segundo paso relacionado con la utilización de la tecnología. En caso de que las estructuras de los precios fuesen más realistas, los industriales y los campesinos se sentirían estimulados para buscar tecnologías que empleasen mayor mano de obra en vez de capitales reducidos. Por lo que toca a algunas industrias pesadas básicas, como las del acero y la producción de fertilizantes, la más moderna tecnología utilizada en Occidente podría representar también la mejor utilización de los recursos en los países pobres. Pero en otros tipos de industria, como los textiles y el caucho, habría toda una gama de tecnologías posibles.

En el Japón, los fabricantes de textiles adaptaron la maquinaria occidental y, haciéndola más rápida, utilizaron mano de obra barata de tres a siete veces mayor por máquina que la característica en los Estados Unidos. En Corea y Taiwán, la escasez de capitales se refleja en los tipos de cambio realistas y en las tasas de interés que van desde el 25 hasta el 30 por ciento. En tales países, las industrias huleras de exportación que tienen gran éxito sólo han gastado por trabajador entre la mitad y la tercera parte del capital fijo que es característico en la India y las Filipinas. Así, Corea y Taiwán estuvieron en posibilidad de amortizar más rápidamente el capital invertido, de incrementar el ahorro y de obtener mayor desarrollo económico que los demás, lo mismo que de crear empleos con mayor rapidez.

Pero, ¿de dónde pueden surgir tales tecnologías? Nos encontramos allí ante una gran laguna de conocimientos, en algunos casos, más allá de la posibilidad de adaptación de la maquinaria occidental. Desgraciadamente, del total de gastos para la investigación y el desarrollo, el 99 por ciento quizás lo hagan los países ricos, que los dedican en gran medida a la búsqueda de nuevos medios de utilización intensiva del capital para desplazar a la mano de obra cara. Consecuentemente, los países pobres acaso necesiten desesperadamente fomentar la investigación en el campo de la tecnología del trabajo intensivo.

Enfoque en la Agricultura

El tercer paso para las naciones pobres lo constituye el desarrollo agrícola. De hecho, como lo ha explicado Robert Shaw de manera considerablemente detallada, el aumento en la utilización de la mano de obra en la agricultura quizás sea el camino más prometedor tanto para fomentar el desarrollo como para mitigar el problema del desempleo. En resumidas cuentas, el tercer mundo sigue siendo esencialmente rural y la mayor parte de su población, excluyendo a la de Latinoamérica, seguirá viviendo en las zonas rurales cuando menos durante la generación siguiente, pese a los elevados índices de migración hacia las ciudades.

El sector agrícola de un típico país en desarrollo, por lo tanto, seguirá siendo el centro de su economía total. Eso se apreciará con mayor claridad si consideramos la manera en que las ciudades y las poblaciones están ligadas económicamente. Por principio de cuentas, si se proporciona mayor número de empleos en las poblaciones mediante el sistema de obras públicas, una gran parte de los salarios correspondientes se gastará en alimentos. Pero si no se permite la elevación del precio de los comestibles, se producirán más alimentos, lo cual significa más trabajo en las zonas rurales. Al propio tiempo, las zonas rurales constituyen el mayor mercado de masas para los productos urbanos, suponiendo, claro está, que se generen suficientes ingresos para tener con qué comprar. Complementados con medidas para mejorar la infraestructura social, como la educación rural y las instalaciones sanitarias, los programas para crear mejores empleos y oportunidades de ingresos para centenares de millones de campesinos también podrían frenar substancialmente el índice de migración.

Por fortuna, existen indicios de que el interés gubernamental por la agricultura y las zonas rurales en general va en aumento. En lo particular, el éxito del nuevo trigo enano y de las nuevas variedades de arroz en muchas regiones del Asia del Sur y del Asia Sudoriental ha venido a renovar el interés por las posibilidades del progreso agrícola. Las nuevas semillas producen rendimientos mucho mayores que las variedades tradicionales, a condición de que el cultivo sea cuidadoso: que se prepare la tierra, se regule el agua, se utilicen fertilizantes y se deshierbe. Por lo tanto, donde existe un mercado para el aumento de la produucción agrícola, el mayor rendimiento y el mayor cuidado en el cultivo combinados producen un aumento en la utilización de mano de obra por hectárea y en el ingreso de los trabajadores. Al propio tiempo, el mayor rendimiento da a los gobiernos mayor flexibilidad para crear empleos, sin tener que preocuparse tanto por la demanda inflacionaria de alimentos causada por el aumento de los ingresos.

La Reforma Agraria

Sin embargo, aunque la tecnología agrícola esté llegando a ser una fuente de esperanza, también interviene en algunos de los problemas que podría ayudar a resolver. Las mismas fuerzas económicas que actúan en México, la India y Pakistán subsidian la compra de tractores y maquinaria que desplazan a los trabajadores del campo. Como alternativa ante la rápida mecanización de la agricultura, varios países han desarrollado un sistema agrícola cuyo centro es el pequeño propietario capaz de utilizar las nuevas variedades de semilla, la maquinaria pequeña y los fertilizantes, demostrando así que dicho sistema puede ser productivo y crear mayor número de empleos Un campesino que cuente con un sistema de riego adecuado y no más de una hectárea o una hectárea y media puede obtener ingresos decorosos para su familia, siempre que tenga a su al-

cance créditos, fertilizantes, semillas de alto rendimiento y un lugar donde vender sus productos a precio razonable.

Así, en Taiwán, donde la propiedad agrícola no puede ser mayor de tres hectáreas, los adelantos agrícolas se han fincado considerablemente en el empleo intensivo de la mano de obra. Como consecuencia, los rendimientos de cereales logrados en Taiwán han sido más elevados que los del Punjab Indio, donde la superficie de las granjas en realidad no está sometida a ninguna restricción y donde las más extensas hacen uso de la mecanización en gran escala. El hecho es un fuerte argumento en favor de aquellas políticas colectivamente calificadas de reforma agraria.

Las demandas de cientos de millones de pequeños agricultores para que se invierta en el campo, para que se abran mercados y se proporcionen artículos básicos de consumo estimularían igualmente el desarrollo de pequeñas ciudades en las zonas rurales. Tal desarrollo crearía nuevos empleos, lo mismo que posibles alternativas ante las grandes ciudades como metas de la migración.

Finalmente, una mayor producción de comestibles brindaría a los gobiernos la oportunidad de experimentar con ambiciosos programas de obras públicas como solución parcial a sus problemas de desempleo. Claro que si los programas son del tipo temporal, su efecto en el empleo será probablemente de corta duración, pero también es posible utilizar las obras públicas como medio de provocar inversiones que, a su vez, aumentarán la producción y crearán nuevos empleos. Si la mano de obra en tales programas se utiliza para construir canales, caminos, presas y pozos, ayudará a crear la infraestructura esencial para la rápida regeneración rural.

El Empleo y la Distribución del Ingreso

Todas las medidas que los países pobres pueden tomar para solventar sus problemas de desempleo implican inevitablemente cuestiones de distribución: ¿A quién debe beneficiar el desarrollo económico? El producto nacional de la mayoría de los países en vías de desarrollo aumenta a un ritmo que podría resultar en crecientes ingresos *per capita* con tasas iguales a las alcanzadas en los países industrializados en períodos análogos. Sin embargo, en el terreno de los hechos, sólo una minoría se beneficia apreciablemente con el rápido adelanto de las naciones en desarrollo. Esa minoría comprende a los industriales, a los grandes propietarios de tierras, a los funcionarios gubernamentales y a los trabajadores fabriles.

La concentración del ingreso en unas cuantas manos en la mayoría de los países pobres no sólo refleja la escasez de oportunidades de empleo, sino que también agrava el problema del desempleo. Así lo puso en claro un reciente estudio de la Oficina Internacional del Trabajo en Columbia, al señalar que pese al considerable desarrollo económico, el desempleo urbano probablemente sea mayor hoy día que en el apogeo

de la Gran Depresión y que el tercio inferior de la clase campesina quizás no esté mejor en la actualidad que en la década de los treintas.

Naturalmente, en ocasiones se dice que la desigual distribución del ingreso en los países pobres es necesaria porque sólo los opulentos ahorran y porque ese ahorro es indispensable para el futuro desarrollo económico. Pero lo ocurrido recientemente en la mayoría de las naciones pobres no parece ajustarse a tales conceptos. En cambio, algunos de los países con los más elevados índices de ahorro, como el Japón, Taiwán y Corea, cuentan precisamente con la más equilibrada distribución del ingreso, cuando tienen las instituciones adecuadas para recaudar y utilizar los ahorros.

Es interesante notar que las soluciones a los problemas tanto del desempleo como de la distribución pueden ir juntas. El aumentar los ingresos de los necesitados dará por resultado la creación de más empleos que un aumento equivalente en los ingresos de los opulentos, ya que los artículos de lujo que éstos adquieren principalmente con frecuencia son de naturaleza relacionada con la explotación intensiva del capital, mientras que la producción de los artículos consumidos por los pobres normalmente requiere mayor mano de obra. Por ejemplo, la producción de un automóvil exige grandes capitales pero poco trabajo, mientras que la producción de bicicletas, camisas o productos alimenticios requiere la utilización de mucha más mano de obra. Los artículos de lujo generalmente también afectan más a las reservas de divisas extranjeras, ya sea porque tales productos en sí son importados, ya sea porque su manufactura requiere maquinaria importada más compleja que los artículos producidos mediante la utilización intensiva de mano de obra.

El Papel de las Naciones Ricas

Pese a todos los esfuerzos hechos por las naciones en vías de desarrollo, el problema del empleo se viene haciendo tan grande que no pueden enfrentársele solas, aun tomando la decisión inicial —y ardua— de cambiar el orden de sus gestiones. Los países ricos deben desempeñar un importante papel de soportes, proporcionando capital, investigación y tecnología, y brindando acceso a sus mercados. De otra manera, las naciones pobres nunca lograrán índices de desarrollo sustancialmente más elevados ni tampoco serán capaces de efectuar las innovaciones más importantes que se necesitan.

Los hechos a que nos referimos quedan bien ejemplificados en el terreno comercial, que actualmente es la fuente de casi el ochenta por ciento de las reservas de moneda extranjera de los países pobres. El resto proviene de la ayuda y la inversión privada. Por desgracia, a pesar del rapidísimo desarrollo del comercio mundial, éste no es compartido cabalmente por los países poco desarrollados. Por ejemplo, en el transcurso de la década pasada, el valor total del intercambio comercial en el mundo aumentó en más de diez por ciento anual, pero las exportaciones de las

naciones en desarrollo apenas aumentaron alrededor de un siete por ciento anual. Con objeto de crear nuevos empleos en el ramo de la exportación y de hacerse de la moneda extranjera necesaria para el aumento de su producción doméstica, los países pobres deben obtener mayor participación en ese intercambio.

Durante las dos décadas pasadas, la política de casi todas las naciones en desarrollo ha consistido en ahorrar moneda extranjera substituyendo las importaciones por la producción nacional, en vez de allegarse reservas monetarias mediante una pujante política de exportación. Con todo, la situación puede cambiar si esas naciones están preparadas para capitalizar sus ventajas y especialmente la disponibilidad de mano de obra. Modificando su política de precios y alentando la utilización de las tecnologías apropiadas, muchos países pobres deberán ser capaces de producir, mediante la utilización intensiva de la mano de obra, artículos que puedan competir en el mercado mundial en precio y calidad. Unos cuantos países, especialmente países del Asia Occidental y México, han demostrado lo importantes que pueden ser tales cambios de orientación.

Pero cuando los países pobres alcanzan tal nivel, empiezan a tropezar con problemas. En cualquier operación comercial debe haber un vendedor y un comprador. A la larga, naturalmente, tanto las naciones ricas como las pobres saldrían ganando si los trabajadores de las primeras se concentraran en la producción que requiere especialización y capital considerables. Los trabajadores de las segundas se concentrarían entonces en los productos que exigen abundante mano de obra, por lo menos mientras ésta siga siendo su riqueza más abundante. Por desgracia, los países ricos habitualmente siguen políticas opuestas. Ante la competencia de la mano de obra extranjera más barata, ponen la principal carga financiera de la adaptación en hombros de los trabajadores que producen los mismos artículos que tratan de exportar las naciones pobres. Así sucede con los trabajadores textiles del algodón en Carolina del Sur, con los de la industria del calzado en Maine y con los cultivadores de remolacha para azúcar en Francia y de arroz en el Japón. Son grupos que siempre se ven perjudicados, que reciben bajos salarios y que cuentan con poca pericia y adiestramiento. No es de asombrarse que protesten. . . políticamente. Así, el éxito de las exportaciones de los países pobres ocasiona reacciones limitativas en los países ricos.

Las Empresas Multinacionales

Además del comercio, las vastas empresas multinacionales vienen constituyéndose en factores cada vez más importantes de los problemas del empleo, tanto en las naciones pobres como en los Estados Unidos. Tales empresas han estado haciendo inversiones cada vez mayores en las manufacturas del tercer mundo, que originalmente estaban destinadas a los mercados locales pero que ahora forman parte de un nuevo proceso de producción internacional. En estos últimos años, la mano de obra barata

en ciertos países ha llegado a considerarse como un valioso recurso en sí, dando como resultado que las empresas multinacionales colaboren efectivamente con las naciones respectivas para utilizar tal riqueza. Por ejemplo, la industria electrónica norteamericana ha reaccionado ante la fuerte competencia extranjera trasladándose a países como Taiwán, Hong Kong, Corea del Sur y México para producir allí lo que requiera la utilización intensiva de la mano de obra. Los Estados Unidos vuelven a importar los productos así fabricados para montarlos en su territorio.

Es el principio de un nuevo movimiento hacia la producción basada en la ley de la ventaja comparativa dentro de una misma compañía y no entre compañías diferentes que trabajan en distintos países. Las empresas organizadas según ese modelo producen componentes que requieren mucha mano de obra en países en donde ésta es barata y partes que exigen la utilización intensiva de capital en donde el capital es barato. No es de sorprender que esa naciente innovación haya suscitado clamores entre algunas personas del movimiento sindicalista norteamericano, que ven los empleos salir del país. Esas personas exigen el control de las inversiones en el extranjero y protección contra las importaciones de bajo precio.

A la Larga

Su actitud es merecedora de gran comprensión. Pero, a la larga, ¿saldrán verdaderamente beneficiados ellos y la nación en general con las soluciones que proponen? Como generalmente sucede con las restricciones, el control de las empresas multinacionales que se propone sería causa del aumento de precios en los Estados Unidos. Además, los dólares obtenidos por los países pobres gracias a sus exportaciones se gastan en la adquisición de productos de los países ricos en el mercado mundial. La causa de los trabajadores se vería fortalecida si propugnara por una ayuda más eficiente para la adaptación y no por el bloqueo de las importaciones procedentes de las naciones pobres.

Además de mejorar la situación monetaria internacional de los países en desarrollo, las empresas multinacionales pueden hacer importantes aportaciones para la solución del problema del empleo. Pero sus recursos apenas han sido puestos en juego parcialmente. Es más, esas empresas, de manera casi inevitable, vuelven a caer en las tecnologías de utilización más intensa del capital disponibles. En las circunstancias actuales, su manera de proceder es comprensible: están más familiarizadas con ese tipo de tecnologías, las políticas económicas de las naciones pobres las hacen más redituables y las empresas evitan las posibilidades de conflicto con grupos numerosos de trabajadores. Sin embargo, si los países pobres cambiasen de política para utilizar de manera más completa su fuerza de trabajo, las empresas multinacionales encontrarían cada vez más justificado invertir en la investigación sobre las tecnologías más apropiadas para sus filiales del tercer mundo. Algunas empresas ya han empezado a hacerlo así.

Con todo, los esfuerzos de las corporaciones multinacionales no bastarán para hacer frente al problema del desempleo en las naciones en vías de desarrollo. La necesidad de crear nuevos empleos en los países pobres y las graves consecuencias de no hacerlo crean también un nuevo imperativo que viene a sumarse al caso de la ayuda financiera que los países ricos proporcionan a las naciones pobres. No es posible crear empleos sin inversión. Por lo consiguiente, los Estados Unidos necesitan no sólo dar marcha atrás a su política de reducción de ayuda, sino aumentarla apreciablemente, como lo están haciendo casi todas las demás naciones desarrolladas.

La Revisión de la Política de Ayuda

Pero el dinero por sí solo no basta. Si la manera de abordar el progreso tiene que ser estudiada nuevamente a la luz de la crisis del empleo, también necesita serlo la asistencia para el desarrollo. Por ejemplo, muchos procedimientos de ayuda se han orientado hacia el respaldo de los antiguos sistemas de desarrollo donde es preponderante la importancia del equipo moderno que requiere una inversión intensiva. Por fortuna, existen posibilidades de que las naciones que prestan esa ayuda cambien de política con objeto de lograr que su asistencia constituya una aportación importante a la solución del problema del empleo.

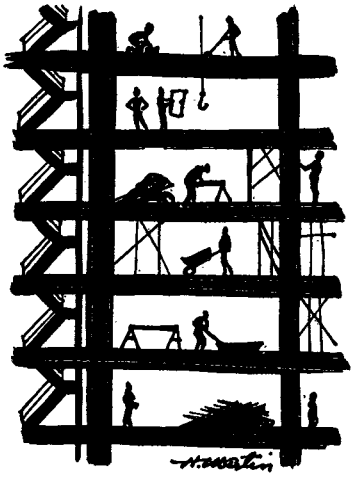
Lo anterior requeriría, primeramente, que se tomase en cuenta la creación de empleos antes de otorgar el crédito. Concediendo mayor número de créditos que no estén vinculados a proyectos específicos y sufragando determinados costos de los proyectos en moneda local, los otorgantes contribuirían a suprimir la parcialidad en favor de los proyectos que subrayan la utilización de la maquinaria importada. En segundo lugar, el hecho de suprimir el requisito de que el monto de la ayuda sea gastada en el país otorgante (compromiso) permitiría a los países pobres mayor libertad para escoger la tecnología apropiada. En tercer lugar, el incremento y la diversificación de la ayuda alimenticia proveniente de las reservas agrícolas de los Estados Unidos, la Europa Occidental y el Japón podrían utilizarse para secundar programas destinados a la expansión del empleo, sirviendo tanto de fuente provisional de suministro durante el desarrollo de la producción como de garantía en contra de las malas cosechas. Finalmente, los programas de asistencia técnica tienen que ser formulados sobre nuevas bases, especialmente para subrayar la importancia de la investigación y el desarrollo de nuevas tecnologías.

El mejor ejemplo de las posibilidades de enfrentarse con éxito a ese problema quizás lo constituyan algunos países pequeños como Taiwán y Corea. En la década de los sesentas tenían un índice sumamente elevado de aumento de su fuerza de trabajo y, sin embargo, lograron un rápido desarrollo, mejoraron la distribución del ingreso y redujeron tanto el desempleo como la proporción de nacimientos. Naturalmente, ambos países

combinaron las políticas nacionales adecuadas con la ayuda considerable, la inversión extranjera y el acceso a los ricos mercados rurales.

Pero esos casos afortunados implican ciertas cosas que invitan a la reflexión. Para que, cuando menos, se repitan en otra parte durante los años setentas, será necesario que los países ricos cumplan el propósito de elevar el monto de su ayuda y sus inversiones hasta el uno por ciento del PNB. También se requeriría una radical modificación ascendente del aumento de siete por ciento fijado como meta para el comercio de los países poco desarrollados. La mayoría de las naciones pobres necesitaría efectuar cambios importantes y políticamente difíciles que comprendieran desde la devaluación hasta la reforma agraria. Los países rara vez y sólo durante períodos fugaces pueden recorrer rápidamente tan amplio espectro de reformas.

En el mejor de los casos, el problema del empleo no podrá ser resuelto fácil ni completamente mientras no se ejerza control sobre el desarrollo demográfico. No obstante, con suficientes innovaciones, reformas y esfuerzos, tanto en los países en desarrollo como entre ellos y las naciones ricas, existen razonables posibilidades de limitar los negativos efectos del desempleo. Es un hecho que tanto las reformas internas en las naciones en desarrollo como la transformación de los sistemas de intercambio comercial e inversión entre los países ricos y pobres vienen constituyendo actualmente más que simples exigencias de la justicia: vienen haciéndose exigencias de la sobrevivencia de un sistema económico mundial.



NINGUNA EPOCA COMO EL FUTURO

Por Paul G. Hoffman

¿Cuáles han sido los grandes éxitos y fracasos de la Primera Década de Desarrollo de los sesentas? ¿Qué hemos aprendido de esta experiencia? ¿Cuál ha sido, y cuál debe ser, el papel de las Naciones Unidas en el proceso de ayuda a los países en desarrollo?

Estas son algunas de las preguntas que formuló Paul G. Hoffman en su declaración de despedida a la Asamblea General de las Naciones Unidas (Comité Económico y Social) el 14 de octubre de 1971, de la que se tomó, en forma compendiada, el siguiente artículo. Durante trece años, el Sr. Hoffman fue administrador del Programa de Desarrollo de la ONU, y de su predecesor, el Fondo Especial de las Naciones Unidas. Con anterioridad dirigió el programa del Plan Marshall para la reconstrucción de Europa en la postguerra. Alcanzó fama temprana cuando ascendió, de vendedor de automóviles, a presidente de la Junta de la Empresa Studebaker-Packard. Sus libros comprenden *World Without Want* (Mundo sin Necesidades) y *Peace Can Be Won* (La Paz Puede Lograrse).

Hace quince años, en el otoño de 1956, pasé a formar parte de este Comité de la Asamblea General como representante de los Estados Unidos. Basado en muchas conversaciones con mis compañeros de los países en desarrollo, llegué a creer firmemente que la causa fundamental de la pobreza en las naciones de pocos ingresos *no* era una falta de recursos. Era, más bien, una falta de conciencia del potencial de la riqueza natural y de la capacidad humana al alcance de estos países. Por lo tanto, me pareció urgente la necesidad de un programa en gran escala concebido específicamente para ayudar a las naciones en desarrollo a hacer cada vez mejor uso de su enorme poder latente para acelerar su propio progreso.

Los miembros del Comité convinieron en que dicho programa de acción *era* esencial. Nombraron a un sub-comité, que trabajó durante dos años en forma creadora y diligente para determinar la mejor manera de que este tipo de cooperación técnica pudiera pasar de concepto a realidad. Decidieron que se necesitaba una nueva dependencia de las Naciones Unidas, y recomendaron la institución del Fondo Especial. En 1959, cuando

el Secretario General, Dag Hammarskjold, me ofreció el puesto de Director Administrativo del Fondo Especial, acepté por mi profunda convicción de que eran necesarios algunos cambios fundamentales en la situación mundial. Específicamente, pensé que las Naciones Unidas debían ser lo más directamente útiles que fuera posible a las vidas diarias y esperanzas futuras de todos los pueblos del mundo. Y como había una necesidad tan apremiante —en beneficio de todos— de ayudar a acelerar el progreso económico y social de los países de pocos ingresos, parecía obvio que un papel importante de las Naciones Unidas en ese esfuerzo contribuiría en gran medida a dar a la organización esta pertinencia conservadora de vida.

La Necesidad de un Cambio

Pensé, asimismo, que se necesitaban algunos cambios bastante radicales en el propio proceso de desarrollo. Por ejemplo, los países de pocos ingresos obviamente requerían inversiones de capital en gran escala —tanto interiores como exteriores— para financiar mejoras, urgentemente necesarias y a menudo muy costosas, en la agricultura, la industria, la infraestructura y otros sectores económicos. Sin embargo, no podían contar realistamente con una continuación a largo plazo de estas afluencias de capital a menos que pudieran identificar y valorar en forma precisa los recursos naturales verdaderamente dignos de inversión. Aunque en 1959 parecía claro que los países de pocos ingresos *sí* poseían vastas riquezas naturales no explotadas, su ubicación generalmente se desconocía y su utilidad específica en el complejo proceso de desarrollo aún no se descubría.

Así, nuevamente, debía ayudarse a los pueblos de los países de pocos ingresos a adquirir la capacidad y los conocimientos que les permitieran tomar la dirección de su propio desarrollo y —particularmente— de los recursos nacionales para promover ese desarrollo. Sólo de este modo podrían dichos países llegar a ser completamente independientes, tanto económica como políticamente, y tomar su legítimo lugar como miembros de la comunidad mundial.

Finalmente, si cualquiera de estas nuevas direcciones había de tomarse con esperanza real de éxito, los países de pocos ingresos tendrían que adquirir la capacidad científica y tecnológica que es esencial tanto para la creación de la riqueza económica como para su uso en bien de la prosperidad humana.

Esta urdimbre entrelazada —que pronto fue conocida como "pre-inversión y cooperación técnica"— era no sólo un tanto experimental, sino también un poco paradójica. Por una parte, como la pre-inversión era un enfoque indirecto, no podía esperarse que produjera resultados a corto plazo tan rápidos como los que podría producir, por ejemplo, la directa aportación de capital. Por otra parte, parecía el camino más seguro hacia el progreso a largo plazo: un progreso que tendría un impulso cada vez mayor y consecuencias duraderas porque estaba basado en los recursos de

crecimiento *internos* de los mismos países en desarrollo y no en perpetuas inyecciones de estimulantes externos.

El Papel de las Naciones Unidas

Creo que los esfuerzos de desarrollo de la familia de las Naciones Unidas han colmado en gran medida las esperanzas con las que se emprendieron. Hablando del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas —el sucesor del Fondo Especial—, su cooperación con los países de pocos ingresos en todo el mundo ya ha ayudado a componer de nueva cuenta nuestro catálogo global de recursos naturales tan primarios como tierras labrantías, agua para riego y producción de energía, minerales industriales, combustibles usuales y exóticos y la variada riqueza de los océanos. Además, los programas que descubrieron estos recursos, y otros destinados a valorar las oportunidades de los países de pocos ingresos para empresas comerciales productivas, han ayudado a producir cinco mil millones de dólares de capital de inversión nuevo.

Por otra parte, más de 600.000 hombres, mujeres y jóvenes de las naciones en desarrollo han sido preparados localmente en las técnicas necesarias para explotar los recursos nacionales y producir beneficios internos. Como gran parte de este trabajo de preparación comprende la enseñanza de maestros y la instrucción de instructores, los nuevos conocimientos y técnicas se están multiplicando y extendiendo ampliamente a partir de pequeños grupos-núcleo.

Los logros de los institutos para la investigación técnica aplicada, asistidos por el PDNU, no pueden cuantificarse de la misma manera estadística. No obstante, hay muchas pruebas de que este trabajo ha fortalecido apreciablemente el músculo tecnológico de las naciones en desarrollo. Lo que está sucediendo en este terreno no es un simple traspaso de la tecnología de los países industrializados a los de pocos ingresos. Es una adaptación orgánica y un proceso de arraigo, en cuyo curso, incidentalmente, están brotando algunas técnicas nuevas que pueden tener un florecimiento más completo si se les trasplanta a los países ricos a cuyos problemas también pueden aplicarse. Un ejemplo obvio es el uso del agua salada para el riego.

Además de estos logros tangibles, hay otros intangibles que vale la pena mencionar. El Fondo Especial, y más tarde el PDNU, han empleado sus recursos para ayudar a financiar y a coordinar las actividades de campo del Departamento de Asuntos Económicos y Sociles de las Naciones Unidas, y de otras dieciséis agencias internacionales afiliadas a la familia de la ONU. De esta manera, el sistema de las Naciones Unidas ha puesto al alcance de los países de pocos ingresos sabiduría y experiencia de desarrollo proveniente de todos los rincones del mundo; incluyendo los conocimientos prácticos, obtenidos a base de esfuerzo, de los mismos países en desarrollo. Nos sentimos orgullosos de que una tercera parte de los expertos que prestan sus servicios en el extranjero bajo los auspicios del

PDNU en los terrenos de programación y financiamiento provengan de países de pocos ingresos que reciben ayuda del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas.

Además, en 1959, las Naciones Unidas necesitaban una más amplia red de desarrollo del campo, porque el desarrollo es un asunto fundamental que no puede dirigirse con éxito desde una lejana y altiva distancia. Me siento particularmente orgulloso del hecho de que el PDNU, que empezó con 28 Representantes Residentes de la Junta de Asistencia Técnica, actualmente cuenta con casi cien oficinas locales y regionales de tiempo completo.

Nuevas Direcciones

No puedo hablar de éxito total: hemos experimentado varios problemas y escaseces graves que han afectado, en ocasiones, la cantidad, calidad y rapidez de nuestra respuesta a las necesidades de los países de pocos ingresos. Como sabe este Comité, en la junta de 1968 del Consejo de Gobierno del PDNU, pedí a este Consejo su autorización para emprender lo que se llamó un "estudio de capacidad". Este estudio tenía como fin ofrecer recomendaciones para restructurar el PDNU de manera tal que pudiera manejar —con cambios evolutivos normales— un programa de mil millones de dólares en 1976. Aproximadamente la mitad de los recursos para dicho programa provendría de los países recipiendarios. Esta restructuración era necesaria debido a una cuadruplicación de los servicios prestados por el PDNU desde 1959, y a un crecimiento aún mayor en la diversidad y profundidad de esos servicios.

Sobre la base del estudio de capacidad, de la propia experiencia del PDNU y —sobre todo— de la labor emprendida por nuestro Consejo de Gobierno, se llegó a un consenso sobre la restructuración. Hasta donde nos lo ha permitido nuestra capacidad, los cambios recomendados en este consenso se han llevado a cabo fructíferamente. Hemos instituido cuatro oficinas regionales, una Oficina de Coordinación del Programa y una Oficina de Planeamiento de Política. Esta última se ocupa de la valoración del progreso y efectividad de nuestro programa, y de ofrecer pautas de largo alcance sobre direcciones nuevas que pudiera tomar el PDNU. También asiste a la Junta de Consejo sobre Política del Programa, cuyos miembros comprenden a algunos de los más distinguidos expertos de todo el campo de desarrollo. Esta junta busca los mejores medios de que el PDNU pueda ayudar a los países en desarrollo a hacer frente a problemas tan recalcitrantes y críticos como el desempleo, la mala alimentación, la explosión demográfica y la relación entre desarrollo y protección ambiental.

He hecho alusión a algunas verdades que me parecían claras cuando pasé a ser Director Administrativo del Fondo Especial de las Naciones Unidas. Pero había también muchas verdades que *no* veía claramente entonces, y otras que me pasaron totalmente inadvertidas.

En primer lugar, era bien sabido en 1959 que tanto la producción

nacional bruta como el porcentaje de productividad individual en los países de pocos ingresos tenían que aumentar rápidamente y en gran medida. Algunos pensadores percibieron la necesidad de establecer preferencias de producción, de manera que la industrialización tuviera una base agrícola adecuada, y para que hubiera algún tipo de división del trabajo entre los diversos países de pocos ingresos en su rendimiento productivo.

Pero en esa época pocos, o nadie, habían comprendido la esencial verdad de que era igualmente importante una *distribución* más equitativa tanto de los medios de producción como de la riqueza recién producida. De hecho, sólo hace poco nos hemos dado cuenta cabal de que éste y otros tipos de reforma social no sólo son imperativos morales y políticos, sino incentivos vitales para la productividad misma. Es una sencilla verdad humana que nadie puede ni quiere trabajar ardua o eficazmente durante mucho tiempo, a menos que se le recompense con un ingreso adecuado y con buenas oportunidades para llevar una vida honrada y digna.

Aspectos Críticos

Esto me lleva a uno de los más graves peligros que no pudimos prever a principios de los sesentas: la crisis de desempleo cuya oscura sombra se cierne sobre la década actual. Cientos de millones se encuentran desempleados o subempleados en todos los países en desarrollo, y —debido al crecimiento de la población— su número aumenta de manera constante. Esta es una importante causa de desasosiego social y aun de violencia. Pone trabas a la productividad nacional. Pero lo más grave del asunto es que corrompe el espíritu humano de manera tan mortal como una enfermedad daña el cuerpo humano. El desempleo y el subempleo son plagas gemelas que deben exterminarse; y esta bien podría ser la preferencia número uno de la Segunda Década de Desarrollo.

Considerando el problema de la salud en términos más literales, tampoco aprecié en forma total, en 1959, la relación directa entre el mejoramiento de la salud y el crecimiento económico. Las personas sanas pueden producir más de lo que consumen. Las personas enfermas consumen más de lo que producen. Y aunque los países en desarrollo han hecho notables progresos en la prevención de enfermedades y en el tratamiento médico, éste sigue siendo un aspecto sumamente problemático.

En 1959 era difícil también detectar los síntomas del *derrumbamiento urbano* que ahora amenaza a una parte tan grande del mundo en desarrollo. También pasó casi igualmente inadvertido el *deterioro del campo,* que ha resultado ser una causa fundamental de muchos problemas que aquejan a las ciudades. Ahora es obvio que deben encontrarse maneras nuevas de reducir la sobrepoblación urbana, dando a las personas la oportunidad de trabajar y vivir honrada y dignamente en las zonas rurales. La "Revolución Verde" es una prueba de la contribución que puede hacer la investigación agrícola aplicada a la solución de este problema. Pero deben hacerse mayores investigaciones, y los resultados deben aplicarse más

ampliamente, para que los beneficios de la Revolución Verde crezcan y aprovechen a números siempre mayores de personas en lugares cada vez más grandes del mundo. Naturalmente, la mayor productividad agrícola es sólo uno de los muchos cambios que deben tener lugar si la vida rural ha de ser una vida mejor. La educación debe orientarse hacia las necesidades rurales específicas. La industrialización debe descentralizarse a las zonas rurales. Sobre todo, debe fortalecerse la voluntad de modernizar y de aceptar cambios.

En 1959, nuevamente, muchos de nosotros comprendimos sólo a medias el hecho de que era necesaria una revolución en todos los aspectos de la educación y la preparación. Sabíamos, naturalmente, que los analfabetos e impreparados se contaban por cientos de millones. Pero no nos dimos cuenta de la vital importancia de relacionar estrechamente la educación y la preparación con las exigencias del desarrollo mismo. Tampoco apreciamos realmente que esta relación tenía que lograrse sin omitir las necesidades culturales o romper patrones culturales básicos. No sólo de pan vive —ni puede vivir— el hombre.

A principios de los sesentas, el enorme significado de la explosión demográfica también se pasó casi por alto. Sin embargo, ahora sabemos que la guerra contra la pobreza y la falta de oportunidades no puede ganarse mientras números cada vez mayores de niños no deseados sigan llegando a un mundo que no puede alimentarlos, vestirlos, albergarlos y educarlos adecuadamente, o incluso prodigarles el cuidado amoroso que para su sano desarrollo es tan esencial como la buena alimentación.

Productividad, Contaminación y Progreso

Otro problema que intuimos —pero del que no nos preocupábamos hace una década— era el de proteger el ambiente de nuestro planeta y conservar sus recursos. Creo firmemente que no existe un conflicto irreconciliable entre desarrollo y protección ambiental. Al contrario, pueden y deben apoyarse mutuamente. Me gustaría detenerme brevemente en este punto, ya que es, con justa razón, de enorme interés público.

En primer lugar, el aumento de la productividad es necesario para tener recursos tanto financieros como técnicos para reparar el daño ambiental ya producido. En segundo lugar —como lo demuestra sin lugar a dudas la labor del PDNU— el desarrollo, si se lleva a cabo adecuadamente, es un *medio* para mejorar y conservar los recursos. De hecho, nuestros programas de riego, mejora del terreno, repoblación forestal, desarrollo de pesquerías, producción de energía hidroeléctrica y geotermal y planeamiento urbano están relacionados con el ambiente por su misma naturaleza. En tercer lugar, los satélites de recursos terrestres que pronto entrarán en la órbita de nuestro planeta están equipados tanto para localizar recursos nuevos como para detectar los primeros síntomas de daño o agotamiento de recursos. Este es otro ejemplo del enlace potencial entre el desarrollo y la conservación, con la tecnología como corredor benéfico.

Además, he leído algunos informes recientes de investigación que arrojan una luz interesante sobre todo este estado de cosas. Según esta investigación, parece probable que nuestros crecientes problemas de contaminación *no* estén provocados principalmente por un excesivo crecimiento de la población. Una razón más básica puede ser nuestra producción de *nuevos tipos* de productos y nuestro empleo de *nuevos tipos* de métodos de producción que son altamente contaminantes. Por lo tanto, se ha sugerido que una manera en que puede aliviarse considerablemente la crisis de contaminación es el mayor empleo de sustancias naturales renovables como madera, hule y fibras animales. Esta sugerencia me parece atractiva ya que, por razones obvias, ofrecería a los países de pocos ingresos mejores oportunidades en el comercio internacional.

Asistencia al Comercio

Hay otra verdad sobre el proceso de desarrollo que tal vez no se reconociera de manera suficiente en 1959. Tiene que ver con la importancia de establecer una red de relaciones comerciales globales en que los países de pocos ingresos puedan hacer sus contribuciones esenciales a una economía global más sana, y por medio de la cual puedan obtener cantidades cada vez mayores del capital que necesitan para modernizar su maquinaria productiva. Con este fin, los países más ricos deben hacer ajustes de concesión tanto en sus barreras arancelarias como en sus sistemas de cuota de importaciones, ya que las "reglas del juego" actuales colocan a la mayor parte de los países de pocos ingresos en una injusta e insuperable posición de desventaja en el mercado internacional. En consecuencia, también perpetúan los globalmente deformados patrones del comercio internacional, y evitan una división realmente racional de la labor productiva.

Sin embargo, por su parte, los países en desarrollo no deben sobreproteger sus industrias nacionales de tal manera que los costos de producción se mantengan en niveles que limitarían el consumo nacional y evitarían un crecimiento considerable en las exportaciones. Este tipo de crecimiento de exportaciones es esencial para los países de pocos ingresos ya que constituye su principal medio de obtener divisas extranjeras. En resumen, debe establecerse un delicado equilibrio que proteja los intereses tanto de los países de pocos ingresos como de toda la economía global; una meta difícil pero, sin duda, no inalcanzable.

Un paso para lograrla sería la provisión y el uso de asistencia externa de maneras que ayuden más directamente a los países en desarrollo a fortalecer su capacidad comercial, tanto entre ellos como con el resto del mundo. Un número cada vez mayor de programas auspiciados por el PDNU trabajan con este fin, y también con el de ayudar a las naciones de pocos ingresos a aumentar sus ganancias con los llamados "invisibles", tales como el comercio turístico. También convengo con los que ven la necesidad de una revisión de las políticas fiscales mundiales para tomar

en cuenta los requerimientos de los países de pocos ingresos, no como un asunto periférico sino como parte del centro vital.

Finalmente, y de gran importancia, no apreciamos en forma adecuada el papel que un gobierno estable —y una centralización de la responsabilidad de desarrollo— desempeñan en el proceso de desarrollo. A menos que esta responsabilidad sea aceptada en los más altos niveles —por un primer ministro, o un miembro de su gabinete, o una importante autoridad de planeamiento— el progreso será innecesariamente lento e irregular. Al mismo tiempo, la experiencia ha demostrado también la importancia de la participación *popular* en el planeamiento, y la realización, de actividades de desarrollo. Hay una relación directa entre el grado de participación y la profundidad de la motivación.

Metas a Nuestro Alcance

La lista de problemas que acabo de mencionar es suficiente para hacer desfallecer al más fuerte de corazón; y aún está lejos de incluirlo todo. No obstante, hay otra manera —fundamentalmente más válida— de responder a esta lista de dificultades ya que los problemas a los que hacemos frente hoy día no son, en esencia, problemas nuevos. Ya existían, al menos en embrión, mucho antes de principios de los sesentas. El hecho de que actualmente podamos reconocerlos es, para mí, muy alentador, ya que, como quedará inscrito en la historia, las más graves crisis políticas y económicas a las que se enfrentó el mundo en el siglo XX culminaron porque los hombres no pudieron ver, o no quisieron hacer frente, a sus factores causantes básicos. El otro lado de la moneda también quedará inscrito en la historia. Siempre que hemos reconocido nuestros peligros y definido sus dimensiones en forma precisa hemos podido reducirlos a un tamaño manejable. En muchos casos, incluso hemos podido convertirlos en oportunidades de progreso.

Este progreso ha sido demasiado lento. Pero ya hay un impulso visiblemente mayor tanto en el proceso de desarrollo como en el de cooperación internacional para el desarrollo. Si aprovechamos totalmente nuestras oportunidades para acelerar ese impulso, podremos crear un futuro que sea muy distinto de cualquier época anterior. Podremos construir la primera sociedad verdaderamente humanista de toda la historia humana: una sociedad en que la gran mayoría de hombres, mujeres y niños puedan encontrar felicidad, realización, significado y propósito personales en los días y años de sus vidas.

DOS VISIONES DEL DESARROLLO ECONOMICO

Por David H. Pollock

Dos enfoques contrastantes ante la política del desarrollo han sido esbozados en dos documentos importantes de años recientes: El Informe Pearson y el Informe Prebisch, uno emprendido por el Banco Mundial, y otro por el Banco Interamericano de Desarrollo. El Dr. Pollock llama nuestra atención tanto sobre las opiniones que coinciden (por ejemplo, las responsabilidades de las naciones ricas), cuanto sobre las zonas de divergencia (por ejemplo, la insistencia en el empleo, contra el desarrollo, y en la industria contra la agricultura).

David H. Pollock es director de la oficina, en Washington, de la Comisión Económica de la ONU para Latinoamérica. Antes fue ayudante especial del secretario general de la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo. Ha sido conferencista en las universidades sobre problemas del desarrollo latinoamericano, y ha trabajado para las Naciones Unidas en Chile, México y Suiza. Su artículo ha sido abreviado de un artículo presentado en una conferencia de la Universidad Carleton, en Ottawa, incluida en el libro *Revolution in Latin America: Prospects for the 1970's* (La Revolución en la América Latina: Perspectivas para los Setentas), editado por David Pollock y Arch Ritter, que será publicado por Praeger Publishers en 1972.

A menudo podemos agudizar nuestra comprensión de un problema si lo observamos desde más de un punto de vista. Una excelente oportunidad de ello nos ofrecen dos importantes documentos sobre las perspectivas del desarrollo económico en los setentas. El primero es el llamado Informe Pearson, preparado para el Banco Mundial y publicado por Praeger en 1969, bajo el título de *Partners in Development* (El Desarrollo: Empresa Común). El segundo, al que llamaré el Informe Prebisch, fue preparado para el Banco Interamericano de Desarrollo y publicado en 1971 (también por Praeger) bajo el título de *Change and Development—Latin America's Great Task* (Cambio y Desarrollo: La Gran Tarea para la América Latina).

El primer aspecto que llama nuestra atención son las muy diferentes configuraciones políticas de los dos principales autores, diferencia que afecta el carácter y el impacto de sus recomendaciones. Lester B. Pearson es el ex-primer ministro del Canadá, ganador del premio Nobel de la

Copyright © 1972 por Frederick A. Praeger, Inc.

Paz, y actual canciller de la Universidad Carleton en Ottawa y Presidente del Instituto de Estudios Estratégicos. Al preparar este informe, encabezaba un grupo especial de prestigiosos comisionados, en su mayor parte de las naciones ricas, que prestan e invierten capitales en los países en desarrollo.

En contraste con él se halla Raúl Prebisch, durante mucho tiempo discutido portavoz del mundo en desarrollo y, como una vez hizo notar el *Washington Post,* "lo bastante independiente para incluir al Che Guevara entre sus fuentes de información". El Dr. Prebisch es el director general del Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social. También es consejero del secretario general de la ONU en actividades sobre la segunda década del desarrollo. De 1963 a 1969 ocupó el importante cargo de secretario general de la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD).

Sin embargo, a pesar de sus diversos antecedentes —y en parte a causa de ellos— los informes de estos dos hombres se interconectan y suplementan de la manera más efectiva. Cada uno dirige sus recomendaciones en gran parte (aunque no absolutamente) a su "propio bando" y no al de los demás. Así, vemos que el Sr. Pearson advierte y exhorta a los países *desarrollados* sobre sus responsabilidades *internacionales,* en tanto que el Dr. Prebisch hace lo mismo a los países *en desarrollo* de la América Latina, ante sus responsabilidades *internas.*

En mi opinión, tal fue un muy sabio enfoque táctico. Si el Sr. Pearson hubiera sermoneado, indebidamente, a los países en desarrollo, su informe habría sido recibido con considerable frialdad. El Dr. Prebisch, en cambio, tiene todo el derecho de informar a los latinoamericanos acerca de sus necesidades —y su competencia— al labrar su destino con sus propias manos. El es uno de ellos, y ha establecido un formidable "récord" hablando en nombre de sus intereses. Así, Prebisch no se dirigió a las naciones ricas, ni Pearson a las pobres. Ambos dirigieron su fuego principal donde podría ser mejor recibido, y no a la inversa, y así cada uno sirvió para reforzar las recomendaciones del otro.

Terrenos de Acuerdo Común

En el título de su informe, y en otras partes, el Sr. Pearson insiste en la necesidad de una "...nueva sociedad basada en una comprensión implícita que exprese las recíprocas obligaciones y derechos de los donadores y recipiendarios". Por su parte, el Dr. Prebisch insiste en que "...en realidad, el desarrollo exige un gran número de medidas convergentes que deben ser adoptadas por ambos grupos de países, pues se ha reconocido universalmente que el problema es común a todos". Así, ambos informes hacen destacar el hecho de que el desarrollo depende de la aplicación simultánea de una serie de acciones conjuntas —internas y externas— que deben emprender durante cierto período específico de tiempo tanto los países ricos como los pobres. Tienen responsabilidades comunes y deben

emprender acciones que se refuercen mutuamente si quieren que una estrategia global de desarrollo sea realmente efectiva, no tan sólo una lista de lugares comunes retóricos.

¿Por qué insisten tanto los informes Pearson y Prebisch en hechos al parecer tan obvios como la existencia de "responsabilidades recíprocas" y la necesidad de "medidas convergentes"? La razón no es difícil de encontrar. Con excesiva frecuencia durante los años de posguerra, tanto medidas nacionales como internacionales destinadas al desarrollo surgieron de manera independiente y caótica. Se habían tomado a la ventura y *ad hoc,* y carecían de estructura orgánica. Esto causaba un desperdicio de tiempo, talento y capital. Surgieron medidas sin cohesión ni orden, que no se reforzaban entre sí, sino que, en cambio, trabajaban en la mera superficie, y luego cesaban, según el ambiente y las características del momento. A falta de una frase mejor, me he referido a esto como al "Síndrome del Sube y Baja". Es decir, un enfoque particular cobraba tremenda importancia, en detrimento de otros que, en consecuencia, subían por los aires, y a veces se perdían de vista.

Necesidad de Enfoques Flexibles

Consideremos unos cuantos ejemplos. Una práctica pasada —por fortuna menos empleada hoy— ha consistido en decir a un país recipiendario que primero debe contener su inflación y entonces —y sólo entonces— se le hará un préstamo muy necesario. Y, sin embargo, podría haber sido precisamente ese préstamo del exterior el que, en conjunto con afines medidas internas, diera el margen extra de recursos necesarios para contener la inflación. Como otros ejemplos, podemos recordar, años atrás, la manera en que ciertas medidas particulares han sido ofrecidas por los donadores como "el" enfoque correcto al desarrollo; por ejemplo, estabilidad de precios y de tasa de cambios de divisas, reforma fiscal, revolución verde, planeamiento de la familia, una atractiva inversión privada extranjera, etc. Y, si ponemos el zapato en el otro pie, también podremos recordar cuán a menudo los gobiernos y exportadores de los países en desarrollo enfocaron su atención, en el pasado, indebidamente en los frenos internacionales (la política comercial), que deben ser eliminados antes de que puedan tomar las medidas internas (de producción) necesarias para mejorar su capacidad de competencia comercial.

El punto en cuestión es que ninguno de estos enfoques —ni los presentados por los países desarrollados ni los países en desarrollo, ni por las dependencias intergubernamentales— deben ser considerados como correctos o erróneos en sí mismos. Indudablemente, las consecuencias de tales medidas son muy reducidas, si no es que se pierden completamente, cuando se efectúan una por una y en desorden. Todas las corrientes particulares de política tienen un lugar, pero deben entrecruzarse hasta formar un marco integrado de medidas convergentes, que habrán de aplicarse simultáneamente dentro de cierto marco de tiempo. Así, Prebisch y Pear-

son insisten en que el desarrollo debe considerarse dentro de un marco de planeación general.

Es interesante observar los progresos logrados durante la pasada media década, por lo que respecta a un acuerdo intelectual sobre zonas clave de una política de desarrollo global. Todavía en 1964, la mayor parte de los nuevos enfoques a la política internacional comercial y financiera presentados por la UNCTAD habían encontrado un gran escepticismo o una abierta hostilidad de los países desarrollados, en general. En consecuencia, cuando estas ideas fueron implícitamente aprobadas y recomendadas por el Informe Pearson en 1969, esto constituyó una nueva piedra millar intelectual, un verdadero acto de estadismo internacional de parte del señor Pearson y sus comisionados. No sólo la subyacente filosofía de la UNCTAD (en particular la necesidad de reducir al mínimo los problemas de cambio de divisas de los países en desarrollo), sino también la mayoría de sus recomendaciones específicas han recibido hoy la saludable confirmación y respetabilidad consiguiente, al recibir el apoyo implícito de esta prestigiosa comisión internacional.

Me doy cuenta, desde luego, de que estos avances intelectuales no han sido seguidos proporcionalmente en términos políticos, es decir, en el sentido de firmes compromisos de transferir un volumen fijado de riquezas dentro de un período de tiempo especificado. Por el contrario, al tiempo que la comprensión de los pensadores se ha ensanchado, las decisiones de los legisladores se han reducido. En términos reales, por ejemplo, el valor de la ayuda global se ha reducido en más de un 50 por ciento entre 1962 y 1968.

Retrocesos Reveladores

A pesar de todo, ya no se pone en cuestión lo deseable de hacer mayores y más continuas transferencias de riquezas, sino tan sólo lo factible de ciertos enfoques seleccionados. Y aun allí, la herejía de ayer está convirtiéndose en la sabiduría aceptada de hoy. Así, la actual discusión internacional por negociar un sistema de preferencias no discriminatorias, no recíprocas, representa una inversión significativa de la situación que existía todavía en 1964, cuando en las sesiones de la UNCTAD, las discusiones sobre preferencias fueron rechazadas por varios grandes países desarrollados tan sólo como cuestión de principios. De hecho, existe hoy un acuerdo, sorprendentemente extendido, sobre toda una gama de medidas internacionales, financieras y comerciales, que han encontrado el apoyo de los informes Pearson y Prebisch.

Tomemos el asunto de la ayuda para el desarrollo por medio de los fondos públicos. Cada vez con menos reservas, la comunidad internacional está aceptando hoy una meta del uno por ciento del Producto Nacional Bruto como base para determinar el volumen del flujo global de capitales de los países ricos a los pobres. Pero aun cuando establecer tales metas no es aceptable para los congresos o parlamentos, hoy se acepta

generalmente que por lo menos debiera haber una "inversión del reciente descenso" del flujo público internacional.

También se han logrado grandes avances ante la necesidad de aumentar el elemento concesional en el flujo de capitales (por ejemplo, mediante más créditos, menores tasas de interés y más largos períodos de vencimiento). De manera similar, hay una más difundida conciencia de la necesidad de liberar la ayuda: al mínimo, para hacer posible que la ayuda prestada por los países desarrollados sea usada para hacer compras en los países en vías de desarrollo. Además se están haciendo esfuerzos para asegurar una mayor continuidad de la ayuda, por ejemplo, mediante las apropiaciones multianuales, en lugar de anuales. Y finalmente, la evaluación de las normas de actuación se considera cada vez más de acuerdo con las necesidades de desarrollo de los países recipiendarios, antes que con los criterios políticos de los países donantes. Asimismo, cada vez se hace esto más en un foro multinacional, antes que bilateral.

Además de todo, se necesitan fórmulas nuevas y mejores que permitan alguna forma de coexistencia pacífica entre los empresarios privados extranjeros y nacionales. Esto puede significar el uso de las fórmulas tradicionales (tales como empresas conjuntas, acuerdos de administración y patentes), o fórmulas nuevas (como las que especifican la necesidad de retirar por etapas las inversiones, mediante negociaciones anteriores, a fin de transferir cierto grado especificado de control, de las manos extranjeras a las locales).

Mercados en Expansión

En la cuestión del comercio, los informes Pearson y Prebisch insisten en la importancia de la estabilización a corto plazo de los ingresos de exportación de productos primarios (por ejemplo, mediante acuerdos formales sobre ciertos artículos, acuerdos informales sobre ciertos artículos, productos "amortiguadores" y otras técnicas de control del mercado nacional e internacional). La incertidumbre tiene un directo costo económico, y por lo tanto la estabilización a corto plazo redundaría en beneficio de quienes hacen planes en el mundo en vías de desarrollo. Además, la política a largo plazo puede incluir un creciente acceso a los mercados de los países desarrollados mediante preferencias globales y otros esquemas diseñados para reducir las barreras arancelarias y no arancelarias; medidas de promoción de exportaciones, y programas de diversificación de la producción y exportación en los países en vías de desarrollo.

Hasta aquí hemos revisado las importantes zonas de acuerdo entre los informes Pearson y Prebisch. Tal acuerdo intelectual constituye un importante paso adelante. El reto de los setentas consistirá, en gran parte, en asegurar un compromiso político con nuevas políticas de parte de las naciones desarrolladas y las naciones en vías de desarrollo.

Pero también existen significativas diferencias en los dos informes, las cuales merecen un examen. Podemos pasar rápidamente sobre el contraste

en su "tono": el enfoque clínico y comercial del Informe Pearson, contra el estilo intenso, a veces apasionado, del Informe Prebisch. En general, existe una notable diferencia en las proyectadas tasas de desarrollo: 6% en el Informe Pearson contra 8% en el Informe Prebisch.

Aparte de lo correcto o viable de algunas de estas dos metas, parecen diferir también en sus razones. Digo que parecen puesto que el Informe Pearson no ofrece ningún modelo teórico en apoyo de su meta del seis por ciento. Pero el Informe Prebisch deja muy clara la razón del autor al establecer su meta del ocho por ciento, tanto en lo técnico cuanto en lo social. La base socio-económica queda presentada con especial fuerza: un desarrollo de ocho por ciento es la cantidad necesaria para dar considerable trabajo a los desempleados y a los subempleados. Esta meta, desde luego, es de especial urgencia en la América Latina, donde el empleo marginal y redundante representa un desperdicio humano así como una gran fuga para la economía. En un marco más grande, Prebisch considera el desarrollo como medio económico para el fin social, más fundamental, de una distribución más justa de los frutos del progreso.

Valores Trascendentales

En mi opinión, las 68 recomendaciones explícitas del Informe Pearson son deseables y realizables. Sin embargo, excelentes como son, parecen aceptar que las costumbres sociales, políticas y culturales de nuestros tiempos quedarán extrapoladas en las próximas décadas. Prebisch pone en duda esta tesis y pregunta, en cambio, qué tipo de sociedad (de hecho, qué tipo de hombre) desea el mundo en desarrollo para que evolucione con el cambio de siglo. Para mí, como norteamericano, resulta muy sugestivo, audaz y admirable el que —en un largo informe técnico destinado a estimular el desarrollo económico y social de la América Latina— todo el capítulo final (antes de las conclusiones) esté dedicado al asunto de los "valores trascendentales", que se extienden, como dice el informe, "más allá del sistema económico".

Estos valores —culturales, filosóficos, artísticos, éticos— ejercerán considerable atractivo para la juventud de la América Latina que, como nuestra propia juventud en el norte, no cree que el hombre vive tan sólo del producto nacional bruto. Otra diferencia básica entre los informes Pearson y Prebisch es que el último trata de iluminar el aspecto de la sociedad en el mundo en desarrollo del futuro y pregunta qué valores humanos deben hallarse detrás de esa apariencia, aspecto que, en mi opinión no fue tratado con igual agudeza en el Informe Pearson. Desde luego, el Informe Pearson no se proponía dedicarse por completo a la América Latina *per se,* y sí hizo referencia a varios elementos análogos a los llamados trascendentales del Informe Prebisch. Pero aun así, la forma en que los informes Pearson y Prebisch consideran este importante asunto difieren notablemente —al menos en mi opinión— en intensidad, energía y compasión a los humildes.

Se Recalca el Empleo

Otra diferencia se halla en los sectores del desarrollo a los que se da prioridad en ambos informes. El informe Pearson coloca la agricultura y el control de la población en muy alto lugar entre sus prioridades. El informe Prebisch, en cambio, postula la industrialización y la política de empleos como "primero entre iguales". No decimos que estos diferentes enfoques necesariamente sean conflictivos: podría decirse, incluso, que son la imagen el uno del otro. Sin embargo, son precisamente estas diferencias de enfoque y prioridad las que resultan básicas. Prebisch, como Pearson, se muestra inequívoco ante la necesidad de una transformación estructural del sector agrícola latinoamericano a fin de hacerlo en el futuro más dinámico que en el pasado. Pero Prebisch muestra mucho mayor preocupación por lo que ocurrirá a la fuerza de trabajo rural cuando la productividad agrícola aumente bajo el estímulo de una Revolución Verde.

Se encuentra aquí el núcleo del asunto. Prebisch se desconcierta al encontrar la tendencia, registrada durante los pasados 20 años, cuando una creciente participación de la fuerza de trabajo salió de las granjas para hacerse marginal y redundante en las ciudades. Quedaron allí abiertamente desempleados, o fueron subempleados en actividades de servicio de muy baja productividad. A la inversa, la parte absorbida en la industria, construcción y minería ha bajado continuamente desde 1950 hasta la actualidad. Tales contradicciones no deben continuar, según Prebisch, por tres razones diferentes pero relacionadas: *económicas* (la redundante fuerza de trabajo hace una contribución mínima al aumento del producto nacional bruto, si es que hace alguna), *sociales* (grandes y crecientes números de hombres sin trabajo o subempleados deforman más aún el panorama ya bastante confuso de la distribución del ingreso), y *políticas* (los "marginados" se apiñan en barriadas urbanas donde constituyen una masa aparentemente inerte, pero que muy fácilmente puede encenderse con una chispa de la tensión política).

Y, ¿qué ocurrirá a estas personas marginadas en las granjas, y que resultan aún más redundantes en las ciudades? Algunos encontrarán empleos en actividades de la producción de artículos (industria, construcción y minería). Desgraciadamente, sin embargo, una parte cada vez mayor de ellos pasará a actividades del sector terciario, característicamente a niveles muy bajos de producción y remuneración (como sirvientes en las casas, puestos ínfimos de la administración pública) o quedarán sin empleo. La parte de la fuerza laboral no agrícola que participó en la producción de bienes bajó de 35 por ciento a sólo 30 por ciento entre 1950 y 1970, y por lo tanto, la parte representada por los servicios o los desempleados aumentó de 65 a 70 por ciento durante el mismo intervalo.

Precisamente para contener estas corrientes, el informe Prebisch postula la necesidad de que el producto nacional bruto de la América Latina aumente de su tasa de posguerra, de 5.2 por ciento a una tasa futura de

ocho por ciento a partir de 1980. Pero, aun si puede desarrollarse esta aceleración del desarrollo económico, serán necesarias dos décadas (de 1970 a 1990) antes de que la América Latina haya podido recobrarse de los efectos de las pasadas dos décadas (1950-70) cuando *de facto* no se concibió, en términos generales, ninguna política de empleo. En otras palabras, toda una generación será necesaria para compensar otra generación de tiempo perdido, por lo menos en lo que concierne a la política del empleo.

En Defensa de la Industrialización

Así, el informe Prebisch postula una línea de razonamiento que empieza con una revolución verde pero termina con una defensa de la industrialización a fin de absorber la fuerza laboral desplazada por la revolución verde. Reflexionemos por un momento en lo siguiente. El informe Pearson declara muy explícitamente que "...la carga principal de absorber el aumento de la fuerza laboral cae inevitablemente sobre la agricultura...", declaración que contrasta notablemente con la del informe Prebisch que dice: "...la idea de insistir en la agricultura y prestar poca atención a la industria se niega a morir, pero es insostenible..." Este es uno de los más vitales asuntos que distinguen el énfasis político de los dos informes.

Este conflicto se refleja en los dos enfoques a la planeación familiar y la revolución verde. No que el informe Prebisch se oponga a la insistencia, de gran actualidad y popularidad, de la planeación de la familia y la revolución verde en que tanto insiste el informe Pearson. Antes bien, Prebisch nota dos hechos que a menudo son pasados por alto, o glosados a su manera, por los partidarios de algunos de estos diferentes enfoques.

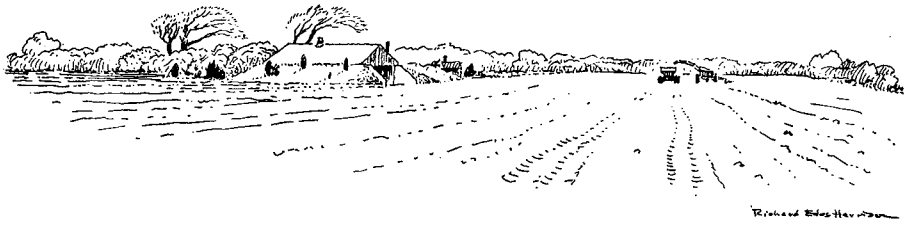
En primer lugar, aun si una planeación familiar realmente efectiva pudiera aplicarse inmediatamente —como sería lo ideal para el caso— sus efectos sobre la fuerza laboral sólo se dejarían sentir después de un período de 15 ó 20 años. Indudablemente, habría ciertos inmediatos efectos benéficos, como los que se dejarían sentir en el presupuesto privado familiar (especialmente importante para las familias pobres), y en los gastos sociales en que incurre el estado (especialmente en inversión para alojamientos, salubridad y educación). Pero también hay que tener presente que un programa de control de la natalidad en sus etapas iniciales no corregirá las deformaciones existentes en la estructura del empleo, ni reducirá el desempleo a corto plazo. Ya han nacido las madres que tendrán hijos en las próximas dos décadas, y así se requiere inevitablemente cierto tiempo antes de que cualquier política demográfica pueda mostrar resultados definitivos sobre la población en edad de trabajar. En otras palabras, la planeación familiar es un complemento a largo plazo y no un sustituto a corto plazo para un orgánico desarrollo político.

En segundo lugar, por esencial que sea la revolución verde —y el informe Prebisch le da su apoyo incondicional— no obstante, aún subsiste

la cuestión de que, cuando cada vez menos personas logren una producción agrícola cada vez mayor, el éxodo de la mano de obra marginal de las granjas a las ciudades se acelerará aún más, pese a que su ritmo ha sido ya excesivo.

Existe una vieja parábola que dice: "Ten cuidado con lo que pidas: acaso te lo den". Prebisch, como Pearson, pide una revolución verde, pero llega mucho más lejos que Pearson cuando pregunta: "¿Qué habremos de hacer si triunfa esa revolución particular?" Condensada, su respuesta es hacer planes para un programa de inversiones enormemente intensificado para absorber la creciente mano de obra marginada de la América Latina.

Y así, hemos recorrido todo el ciclo en este artículo, para terminar como empezamos, con el tema de que los informes Pearson y Prebisch nos muestran perspectivas diferentes, aunque relacionadas, sobre la estrategia para el desarrollo durante los setentas. Así, hemos visto cómo la tesis central del Sr. Pearson (la necesidad de una política más ilustrada de colaboración *internacional*) serviría, de ser aplicada, para aliviar los problemas de divisas exteriores que durante tanto tiempo han obstaculizado el punto básico del Dr. Prebisch (la necesidad de llevar al máximo el desarrollo económico y el bienestar social de la América Latina mediante una planeación *nacional*). Por otra parte, existen considerables campos de divergencia, principalmente entre los dos autores, sobre la prioridad que asignan al empleo, contra el desarrollo, como meta fundamental de su política, y a la industria contra la agricultura, como sector focal. Gran parte de los futuros debates sobre la política de desarrollo girarán alrededor de estas opuestas políticas. Los dos documentos aquí examinados pueden servir como básicos puntos de referencia en el diálogo que se aproxime.



LA INTEGRACION REGIONAL EN LATINOAMERICA

Por Jack N. Behrman

El desarrollo industrial en Latinoamérica, escribe el autor, se halla atrapado entre el imperativo económico de la eficiencia y el imperativo político de la regulación nacional de las fuerzas económicas. Sostiene que la solución está en una mayor integración regional y que, cuidadosamente dirigidas, las empresas multinacionales pueden servir tanto a la eficiencia como a la equidad del proceso. Su artículo es un resumen tomado del *Columbia Journal of World Business* de noviembre-diciembre de 1971.

El profesor Behrman dirige un programa de estudios sobre finanzas internacionales en la Escuela para Post-graduados en Administración de Empresas de Carolina del Norte. Durante el gobierno del Presidente John F. Kennedy fue secretario adjunto de comercio para asuntos internacionales, además de haber sido consejero de la Unión Panamericana en lo relativo al financiamiento del desarrollo económico en Latinoamérica. Entre sus libros se cuentan *International Economics* (La Economía Internacional) y *U.S. Private and Government Investment Abroad* (Las Inversiones Privadas y Gubernamentales de los Estados Unidos en el Extranjero).

El problema que planteamos aquí es la utilización efectiva de las empresas multinacionales para acelerar la integración industrial tanto en Latinoamérica como entre esta región y los países desarrollados. Primeramente, es necesario entender que las empresas multinacionales son algo más que un simple grupo de compañías vinculadas mediante inversiones directas en el extranjero. Para ser precisos, se trata de un grupo de empresas localizadas en diversos países y pertenecientes a una sola compañía (la matriz); sus operaciones se hallan integradas entre sí y controladas desde la compañía matriz instalada en el país de origen. Tales empresas son bastante frecuentes en el campo de las manufacturas más que en las industrias extractivas y de servicios.

De acuerdo con tal definición, ninguna empresa multinacional tiene su sede en Latinoamérica. Casi todas las operaciones extranjeras en esta parte del continente obedecen al patrón más conocido de la inversión para producir y vender en el país anfitrión o para exportar al país de origen. Con excepción de las industrias extractivas, las filiales extranjeras de las

© 1971 por the Trustees of Columbia University.

empresas multinacionales exportan poco de Latinoamérica hacia el mercado mundial. Las escasas excepciones se explican por el interés creciente de esas filiales en aprovechar las oportunidades de intercambio comercial entre los países del sub-continente, que resultan de las posibilidades de integración regional.

El hecho de que las filiales extranjeras vengan interesándose en las oportunidades que abre la integración regional ha ocasionado que los latinoamericanos se pregunten si los beneficios de la integración no irán a parar a manos extranjeras, lo cual desean evitar. La táctica consistirá en dejar que las filiales extranjeras existentes se constituyan en elementos integrantes de las empresas multinacionales cada vez más numerosas en todo el mundo, con el fin de relacionar entre sí a las industrias latinoamericanas y, a su vez, vincularlas a la economía de los países más avanzados. El obstáculo, naturalmente, es el problema del control: ¿Quién deberá decidir lo que ha de producirse? ¿Dónde tendrá que producirse? ¿Dónde habrá de venderse? ¿Cómo se distribuirán las utilidades?

Las Modalidades de la Inversión Extranjera

Las características especiales de las empresas multinacionales deben distinguirse de las demás formas de inversión extranjera directa, principalmente de la modalidad "colonialista" o de la inversión en "compañías detentoras internacionales". La modalidad colonialista fue creada principalmente para servir al mercado metropolitano del inversionista extranjero o al de la colonia, pero en gran medida carecía de relaciones con las actividades de la compañía en otros países del mundo. Existen actualmente en Latinoamérica muchas muestras de ese tipo "colonialista" de inversión: la United Fruit, las minas de hierro de la Bethlehem en Venezuela, las compañías de cobre y otras industrias extractivas, así como las pocas inversiones que quedan en los servicios de utilidad pública. En esencia, ese tipo de inversión da origen a los mismos problemas que han existido desde hace más de medio siglo.

Hasta hace pocos años, las inversiones en "compañías detentoras internacionales" quedaban ejemplificadas por las difundidas actividades de la Casa Grace en Latinoamérica: cada filial operaba de manera más o menos independiente de la matriz y de las demás filiales (salvo posiblemente los servicios de transporte proporcionados por las filiales navieras y aéreas a las filiales manufactureras). La Casa Grace hizo poco o ningún esfuerzo por integrar sus filiales en una compañía unificada que operara de acuerdo con una estrategia coordinada. Las actuales adquisiciones de la compañía también siguen el modelo del conglomerado, que no constituye una empresa multinacional.

Algunos de los problemas que surgen del funcionamiento independiente de esas filiales de las compañías detentoras internacionales (según el punto de vista del gobierno anfitrión) también se presentan en las empresas multinacionales que a su vez pueden tener inconvenientes más

complicados. Pero tales empresas también hacen aportaciones específicas, como el engranaje de las estrategias del mercado con la economía del mundo libre, el rápido traspaso de tecnologías sin necesidad de largas negociaciones ni de demandas de "justa remuneración", la pronta transferencia de capitales a las regiones en donde escasean, la plena utilización de los escasos talentos administrativos, la rápida movilidad en la ubicación de los productos y la introducción de nuevos artículos, los logros de la economía en la producción y en la investigación y el desarrollo, que de otra manera no serían tan rápidamente obtenibles. Cada una de dichas aportaciones debe cambiarse contra los efectos del cambio de los actuales patrones.

La fuerza de las empresas multinacionales —apreciable en el hecho de que dispongan de toda una variedad de alternativas— les crea problemas especiales con los gobiernos anfitriones lo mismo que con los gobiernos del país de origen. Los sectores en que se manifiesta su fuerza potencial son de importancia crítica para los gobiernos, ya que todos éstos han asumido responsabilidades especiales en relación con el desarrollo económico y la estabilidad. La capacidad de ubicar los productos en diversos mercados y de alterar la base del ingreso en cualquier país anfitrión puede cambiar, para bien o para mal, la situación financiera, la percepción de impuestos, los índices y las características del empleo, así como la situación de la balanza de pagos de cualquier país anfitrión.

Latinoamérica generalmente ha evitado los problemas especiales que presentan las empresas multinacionales. Simple y sencillamente, no ha permitido que tales compañías operen libremente y de manera integrada en su territorio. Las filiales locales pueden estar dirigidas por la matriz, pero no pueden adoptar una estrategia común a causa de las políticas de los gobiernos locales. Es un hecho que la América Latina sufre de una falta de comunicación adecuada con las compañías internacionales, especialmente por lo que respecta a los tipos de aportaciones que éstas podrían hacer si se les permitiera operar como empresas multinacionales.

Los Efectos del Proteccionismo

La actitud de los latinoamericanos ante el desarrollo económico es la causa del modesto flujo de inversiones privadas directas en los años de la post-guerra. En esencia, el motivo de la inversión en las manufacturas es la política proteccionista de los gobiernos nacionales, que aceptan las inversiones directas de las compañías extranjeras siempre que éstas deseen permanecer en el mercado local. La razón de las inversiones en las industrias extractivas ha sido casi siempre la existencia de riquezas a un costo relativamente bajo y la suficiente estabilidad política que haga posible la exploración y el desarrollo. De igual manera, el motivo de las inversiones en los sectores de la agricultura y del caucho fue la existencia de un clima y de riquezas no disponibles en los Estados Unidos.

Las políticas proteccionistas no solamente se han manifestado en la

imposición de barreras aduanales y en la restricción del intercambio comercial sino asimismo en imposiciones más radicales como las cuotas y las exigencias de un contenido local (componentes específicos de un artículo que deben ser producidos sólo en el país anfitrión). En algunas industrias (como la del automóvil), las elevadas tarifas arancelarias no bastaron para inducir a la producción local, pues los costos de éste eran demasiado elevados. Tales políticas proteccionistas han estado totalmente orientadas hacia el mercado nacional. Si alguna "política industrial" ha existido en Latinoamérica, ha sido una política nacional para echar las bases de una industria diversificada lo antes posible. No ha habido ninguna política industrial *regional.* Cada nación está constituyendo su potencia industrial sin preocuparse del día en que la integración regional requiera la fusión o el intercambio de sectores industriales específicos.

Tales tendencias han hecho que las inversiones extranjeras directas en el campo de las manufacturas también se orienten esencialmente hacia el mercado nacional. Muchas compañías han invertido en determinado país con el fin de exportar a las demás naciones de Latinoamérica, pero pocas han encontrado factible invertir en los países de la región con el previo propósito de integrar sus instalaciones en cierto país con las que posee en en otro. La IBM y la Toyota son los únicos ejemplos que recordamos. En el caso de la IBM, fue necesario que tres países firmaran un acuerdo complementario con el fin de hacer posible tanto la especialización nacional en la producción de máquinas calculadoras y tarjetas perforadas como su venta en los tres mercados. La Toyota ha estado tratando de establecer un complejo automovilístico entre varios países y se informa que ha tenido éxito en sus negociaciones preliminares. Otras compañías han tratado inútilmente, durante varios años, de llegar a acuerdos de complemento que permitan la producción especializada y el intercambio regional entre filiales.

Los Obstáculos a la Integración

En Latinoamérica, las políticas proteccionistas han fomentado la producción a elevado costo, orientada hacia los mercados nacionales y frecuentemente incapaz de competir en el mercado mundial. Los esfuerzos por integrar la industria mediante la reducción de tarifas arancelarias en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio han fracasado, por lo que la atención se concentra actualmente en la reducción de aranceles en sectores industriales específicos. Se ha concluído una docena de acuerdos de complemento para crear sectores comerciales libres o preferenciales, y ya se estudian 25 acuerdos más. En lo esencial, tales acuerdos se limitan a productos específicos de determinada industria y en ellos sólo participan unos cuantos países.

Podrían sin embargo ser la base de la integración industrial de la región, pero se tiene la idea de que uno de los obstáculos para su efectiva utilización es la existencia de filiales extranjeras que (según se afirma)

obtendrán los mayores beneficios. Poca duda hay de que las filiales locales de las grandes compañías manufactureras norteamericanas estarían en mejor posición para coordinar sus operaciones que las compañías independientes de determinada industria en los mismos países. Aquéllas, a decir verdad, lograrían efectuar la integración de manera mucho más rápida. Por ese motivo, las empresas multinacionales son, en potencia, un medio de acelerar la integración en Latinoamérica, pero también constituyen un obstáculo psicológico.

Sin embargo, aún no existen en Latinoamérica las empresas de ese tipo, y hay serios problemas que impiden su formación. El primero es el hecho de que la orientación hacia el mercado nacional que se ha impuesto a los inversionistas extranjeros ha creado una estructura industrial que será difícil integrar. En el caso de la industria del automóvil, el requisito del contenido local se ha acompañado de una estipulación más, para que las compañías armadoras (norteamericanas, europeas y japonesas) produzcan sólo ciertos elementos básicos del producto definitivo, como los motores. Todos los demás componentes tienen que ser fabricados por empresas locales.

El heterogéneo y vasto sistema resultante de abastecedores locales crea un serio obstáculo a la integración. Ningún gobierno latinoamericano quiere ver que uno de sus abastecedores sea substituido por los de otro país. Las filiales de las compañías armadoras podrían integrarse entre sí haciendo una nueva distribución del montaje de modelos o tipos particulares de vehículos —por ejemplo, los camiones pesados en el Brasil, los ligeros en la Argentina y los autobuses de pasajeros en México— o especializándose en la producción de varios tipos de motores entre diversos países. Pero los gobiernos no aceptan ningún tipo de especialización, particularmente por lo que toca a las industrias manejadas por el ejército, o aquellas de las que el ejército depende de manera importante. Así, uno de los más graves obstáculos a la integración de la industria del automóvil consiste en la negativa de todos los sistemas de defensa nacionales a depender de otro país latinoamericano para la fabricación de camiones o motores, o de renunciar a la capacidad de producir al mayoreo cualquier vehículo que necesiten. Ni siquiera las naciones más pequeñas, cuya producción es inexistente, quieren dependen de algún otro país latinoamericano.

En muchas otras importantes industrias —la petroquímica, las industrias de la maquinaria pesada, el hierro y el acero, la electrónica— los gobiernos están renuentes a efectuar los importantes ajustes necesarios a la integración entre las naciones. Los retiene la existencia de cuantiosas inversiones extranjeras directas, pues si la integración fuese hecha por las filiales de los inversionistas extranjeros, se llegaría por ese camino a la creación, en Latinoamérica, de las empresas multinacionales. Cuando se lograse la integración de la región, las empresas multinacionales bien podrían vincular las unidades que poseen en Latinoamérica a los grupos

más vastos al servicio de los países desarrollados; los gobiernos locales perderían el dominio —que pasaría primero a los grupos regionales y posteriormente a las empresas multinacionales—, pues las decisiones se tomarían con bases cada vez menos útiles a los intereses de los países latinoamericanos.

Las preocupaciones de los gobiernos latinoamericanos en relación con las inversiones directas del extranjero son aún mayores por lo que toca a las empresas multinacionales, pues éstas serían objeto de todas las viejas críticas a las inversiones directas, más aquellas relativas a su estrategia centralizada y a sus operaciones integradas. Sin embargo, es un medio potencialmente útil de lograr la integración industrial de la región, que tan urgentemente se necesita para apoyar el desarrollo latinoamericano.

Eficiencia y Equidad

Tanto los beneficios económicos de la integración industrial en Latinoamérica como los obstáculos que se oponen a ella pueden resumirse en dos conceptos: la eficiencia y la equidad. El pacto de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y las muchas discusiones acerca de su modificación ponen en relieve los beneficios que podrían obtenerse mediante una mayor eficiencia: cierta capacidad para disminuir los costos de los productos en la propia región y para hacer que éstos resulten más competitivos internacionalmente. También ponen de relieve el hecho de que debe existir una equitativa distribución de las utilidades entre los países participantes —una "reciprocidad"— para que el desarrollo más acelerado de los países más evolucionados de la región no se efectúe a expensas de los menos desarrollados. Pero el deseo de lograr simultáneamente la eficiencia y el equitativo equilibrio del desarrollo quizás impida alcanzar un nivel aceptable tanto en la una como en el otro. Tiene que hacerse un estudio concienzudo sobre la manera de alcanzar niveles aceptables en ambos al mismo tiempo.

Indudablemente, las empresas multinacionales pueden alcanzar altos niveles de eficiencia y ser altamente competitivas en el mercado. Aunque generalmente operan en mercados oligopólicos, pueden hacer que las naciones en que actúan sean también competitivas en el terreno internacional. Pero los objetivos políticos de autonomía y control nacionales presentan sólidos obstáculos.

El propósito de la equidad en el desarrollo económico se hará evidente si se alcanzan niveles aceptables de eficiencia en una amplia variedad de combinaciones de actividades especializadas. Los latinoamericanos no consideran la equidad tan sólo como una "justa distribución" de los beneficios del progreso industrial sino también como un aceptable reparto de la participación en el proceso del desarrollo industrial y agrícola. Tal reparto significa diversificación e índices adecuados del empleo; significa desempeñar un papel en el desarrollo y el diseño de procesos y productos industriales; significa compartir el progreso tecnológico; significa partici-

par en la toma de decisiones y, en muchos casos, significa una mínima fuga de reservas nacionales de moneda extranjera. Es decir, cada nación desea "abrirse y merecer un camino propio" mediante la producción local y el comercio internacional y no únicamente contribuyendo en proporción mínima al desarrollo económico total y recibiendo una parte de las utilidades como "dádiva" de los países desarrollados.

Volvamos una vez más a las empresas multinacionales. Constituyen un excelente mecanismo para efectuar los ajustes apropiados a la equidad entre las naciones participantes. Cierta compañía empleó varios años-hombre buscando la manera de llegar a una operación integrada en toda Latinoamérica, encontró una solución y demostró a cada gobierno cómo ambos se beneficiarían recíprocamente con la medida. La empresa multinacional habría hecho posible el intercambio de productos y capitales en la compañía; habría distribuido equitativamente las utilidades entre los diferentes países, diversificado el empleo, difundido la tecnología, etc.

Pero no pudo convencer a los gobiernos, por considerar éstos que de los beneficios derivados de una operación integrada de ese tipo, la empresa recibiría una parte igual a la de sus respectivos países, si no es que mayor. Sobre todo, desconfiaron del mecanismo de control encargado de dirigir la empresa, pues si bien es cierto que podía hacer una distribución equilibrada también podía inclinar la balanza de utilidades a su favor y, además, sería extranjero.

El problema de cómo utilizar las empresas multinacionales de manera efectiva en la integración regional de Latinoamérica sigue vigente. Puede ser un mecanismo utilísimo, pero no será utilizado a menos que de alguna manera se le adapte a los propósitos generales de los países latinoamericanos en relación con el desarrollo industrial. Hasta la fecha, las políticas industriales han sido profundamente nacionalistas, pero existen otras posibilidades que las naciones de la región deben estudiar por su propio interés, para determinar si es deseable adoptar nuevas iniciativas.

Los Distintos Accesos al Mercado

Latinoamérica puede escoger entre tres maneras fundamentales de impulsar el desarrollo industrial: una de ellas se orienta hacia el mercado nacional, la segunda hacia el mercado regional y la tercera hacia el internacional. Es claro que no todas las naciones tienen que escoger el mismo camino y que ninguna de ellas tiene que optar por la misma alternativa para todas sus industrias. En la actualidad, los países latinoamericanos se atienen por lo general a las políticas de orientación nacional, pero en ocasiones las combinan con operaciones subregionales en algunos sectores de la industria, al tiempo que en otros tratan de llegar a ser internacionalmente competitivos.

Al parecer, pocas naciones latinoamericanas cuentan con una política industrial bien estudiada que determine en qué sectores deben especializarse, cuáles deben ser estimulados o abandonados, dónde deben localizar-

se las actividades específicas y qué niveles de eficiencia han de alcanzarse. Empero, habían continuado tentando a tantas compañías para que se instalaran en el país (como en la industria del automóvil) que en algunos casos el resultado fue un exceso de capacidad, con las consecuentes ineficiencias. Posteriormente, se necesitaron nuevos esfuerzos para "racionalizar" favoreciendo las fusiones o permitiendo las quiebras; por ejemplo, en la industria automovilística argentina el número de compañías se redujo desde 22 hasta nueve y en la actualidad se tiene en perspectiva llegar a cuatro.

A pesar de lo difícil que resulta lograr la eficiencia en las industrias orientadas totalmente hacia el mercado nacional, casi todos los países siguen persiguiendo el mismo fin. México y el Brasil se han desarrollado lo suficiente en el terreno económico para sostener industrias diversificadas a niveles eficientes, pero aun ellos han debido especializarse en las industrias elegidas. No les será posible producir una línea completa en todas las principales industrias. Ambos países, junto con la Argentina y Venezuela, parecen estar decididos a adquirir cierta potencia, sin importarles el día en que se lleven a cabo las negociaciones relativas a la división regional de la actividad industrial, sea en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, sea directamente con las empresas multinacionales.

La Táctica de la "Latinoamericación"

Los países andinos —Colombia, el Ecuador, el Perú, Bolivia y Chile— han decidido que son económicamente incapaces de sostener una industria suficientemente diversificada y eficiente de orientación nacional, por lo que han convenido en abrir sus mercados entre sí. Pero la manera de asignar las actividades industriales constituye un elemento crítico en tal decisión. Como lo es también lo que debe hacerse con las filiales de propiedad extranjera que afectan a su economía.

En vez de intentar valerse de dichas filiales como medio para asignarse las actividades industriales entre sí —lo que pudo hacerse por lo menos en las industrias del automóvil, el hule y la petroquímica— han anunciado procedimientos para obligar a las compañías matrices a "latinoamericanizar" a sus filiales. Esa táctica convenida hacia las inversiones extranjeras fue propuesta por Raúl Prebisch y algunos consejeros norteamericanos a los gobiernos andinos. Pero socava directamente los mismos objetivos que Prebisch había fijado para Latinoamérica, al reducir o eliminar las contribuciones del capital y la tecnología extranjeras que, según él mismo afirma, son también necesarias para que los productos de tales países sean competitivos internacionalmente.

Además de estorbar el flujo de capital, de tecnología y procedimientos administrativos hacia los países andinos, la latinoamericación impedirá a los inversionistas extranjeros vincular las actividades de sus filiales locales con las de otros países, si desearan instalarse en alguno de ellos con ese propósito. Es decir, la latinoamericación impide verdaderamente la

formación de empresas multinacionales en toda Latinoamérica, la integración de sus operaciones entre las naciones de la región o con los países desarrollados. Ninguna empresa multinacional norteamericana o europea deseará integrar completamente a sus operaciones mundiales una filial del grupo andino que deba ser "latinoamericanizada" 15 ó 20 años después.

La latinoamericación podría inducir a los inversionistas privados a formar empresas andinas multinacionales por el hecho de que no hubiese compradores unilaterales de las compañías latinoamericanizadas. Como alternativa, los gobiernos acaso tengan que fundar compañías públicas regionales para adquirir las empresas así vendidas. Parece poco probable que las sugerencias de Hirschman y Prebisch —para que los países desarrollados establezcan una institución financiera internacional que las adquiera mientras se reúne capital local— puedan verdaderamente resolver el problema, toda vez que persistiría el problema de la dirección.

El convenio de latinoamericación establece que una filial puede ser retenida por un período mayor (y acaso indefinidamente) si exporta el 80 por ciento de su producción. Una empresa multinacional estaría más capacitada para garantizar determinado volumen de exportaciones que otros inversionistas extranjeros (salvo algunas de las industrias extractivas), puesto que podría canalizar las ventas hacia otras filiales o por medio de ellas. Así, las empresas multinacionales están capacitadas para cumplir con los requisitos de exportación, pero la posibilidad de una latinoamericación futura reduce sus deseos de vincular tal o cual filial a sus operaciones comerciales en el mundo, si existe el riesgo de que el volumen de sus exportaciones llegue a ser menor del 80 por ciento o si se prevé un cambio de leyes.

Ante la iniciativa andina, es probable que las empresas multinacionales se abstengan de participar. Entrarán en ese mercado las compañías japonesas, no imbuidas aún del concepto de empresa multinacional, así como algunas compañías europeas y norteamericanas que se interesan por las utilidades de las concesiones, los contratos administrativos o las riquezas minerales. Pero sólo ciertos tipos de compañías encajan en esa categoría y su número se ve limitado por las oportunidades existentes en otros sitios para operar por largo tiempo en sistemas económicos más estables y atractivos.

Las Empresas Multinacionales y la Integración Regional

Sin embargo, existen modos de utilizar las empresas multinacionales para alcanzar las metas de la integración regional —en vez de renunciar a ellas— tanto en el grupo andino como en toda Latinoamérica. Entre ellos se incluye el establecimiento de apropiadas reglas de conducta que obedezcan a una política industrial convenida, con un cuerpo intergubernamental que vele por el cumplimiento del convenio. La industria automovilística constituye un ejemplo de lo que puede hacerse. Podría inte-

grarse mediante la Asociación Latinoamericana para el Libre Comercio o mediante el grupo andino. En cualquier circunstancia, la integración tendría que confiar poderosamente en la empresa multinacional que dominaría la asamblea y que poseería algunas operaciones de producción en esos países.

¿Cómo podría concluirse un convenio así? El modelo estaría basado en los acuerdos de completamiento industrial, preconizados actualmente por funcionarios de la Asociación Latinoamericana para el Libre Comercio, por funcionarios de las compañías en diversas industrias y por consejeros como el doctor Prebisch. Tendría en cuenta la experiencia relacionada con acuerdos de cooperación multinacional como el proyecto Concordia, el Eurocontrol, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero y el convenio norteamericano-canadiense sobre la industria automovilística. El principio de todos esos acuerdos fue el trueque de una parte de la eficiencia del "mercado libre" por una distribución más equitativa de los beneficios y las responsabilidades.

En la industria del automóvil necesitaría crearse una nueva estructura basada en las compañías internacionales existentes, con el fin de formar una unidad integrada en los países andinos, una industria integrada en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio o una industria integrada a la industria internacional del automóvil. Tan sólo en el grupo andino, la producción podría distribuirse entre los diferentes países a fin de producir determinados componentes (o determinado modelo) en cada uno de ellos e intercambiar los productos entre sí. El volumen de la producción permitiría obtener utilidades y la ubicación de los productos sería tal que todos los países se considerarían beneficiados por igual y considerarían incólumes sus balanzas de pagos. La especialización resultante permitiría producir un automóvil mucho menos costoso que según las actuales orientaciones nacionales. Si las naciones consideran seriamente la integración, esa manera de llegar a ella pondría de manifiesto sus beneficios, asegurando al mismo tiempo su equitativa difusión, benéfica para todos.

Los Mecanismos de Control

Uno de los principales problemas sería el mecanismo de control. ¿Serían administradas las operaciones por las compañías privadas, como en el convenio norteamericano-canadiense sobre la industria del automóvil; o se requeriría una "autoridad máxima", como en la Comunidad Europea del Carbón y el Acero; o se necesitaría acaso un nuevo mecanismo de control, como alguna empresa multinacional latinoamericana, pública o privada? Dada la actual estructura de la industria automovilística, se requeriría alguna nueva forma de organización, para permitir la combinación de las compañías abastecedoras privadas y las compañías internacionales. Pero también tendrán que estar representados los intereses gubernamentales para dar fuerza y "equilibrio" a las decisiones de la autoridad

regional. Tal representación también ayudaría a evitar la aplicación de la ley norteamericana contra los monopolios.

Si la integración de la industria automovilística se realizara en toda Latinoamérica, el volumen de la producción haría factible la disminución de costos hasta el punto de poder competir en el mercado internacional. En ese terreno también habría que confiar en las compañías internacionales para que establecieran un sistema de especialización que diese lugar a un aceptable reparto de la producción. Con los mercados más vastos de México, el Brasil y la Argentina en el grupo, podría alcanzarse un mayor grado de especialización, por lo que podría subsistir un número más grande de las compañías existentes. De cuatro a seis compañías internacionales podrían alcanzar niveles de producción competitiva ante los niveles internacionales. Una vez más, el problema del control sería fundamental y se dispondría de una serie de posibilidades administrativas, que probablemente conducirían a la creación de una autoridad regional.

Si los países latinoamericanos desearan dar un paso todavía más importante hacia la reducción de sus costos de producción, podrían permitir que sus sistemas de fabricación se integraran a los de las compañías internacionales que operan en todo el mundo. Eso otorgaría a tales compañías poderes todavía mayores, que serían aceptables sólo si se garantizara el trato equitativo de las naciones latinoamericanas en lo particular y en lo general.

El Equilibrio de los Intereses

Para tal medida se requeriría un convenio sobre la industria internacional cuyo propósito tal vez sería similar al acuerdo sobre artículos que determinaría la división de la producción. También daría lugar a negociaciones sobre el precio de los productos definitivos y sus componentes. Sin tal convenio, los acuerdos sobre el reparto de la producción y las utilidades se verían seriamente afectados. Las empresas multinacionales constituyen un medio efectivo de establecer y mantener tal equilibrio, manteniendo al mismo tiempo el precio competitivo del producto final. Naturalmente, ninguna compañía aceptaría un convenio que la hiciera "no competitiva". Pero diversas compañías petroleras han firmado distintos acuerdos con el mismo gobierno sin dejar de serlo.

La medida en que los gobiernos establezcan los principios para un convenio de ese tipo dependerá de sus puntos de vista en relación con la necesidad de trocar la eficiencia por un reparto más aceptable de los beneficios y de la dirección. Sus necesidades no pueden determinarse de antemano. Pero los esfuerzos para obtener todas las ventajas con una "industria nacional" todavía no han producido compañías internacionalmente competitivas ni han logrado una substancial reducción de costos a nivel interno.

En Latinoamérica, recientemente se ha hecho un esfuerzo para integrar el funcionamiento de varias compañías de la industria electrónica —cuyo

volumen de operaciones venía siendo inadecuado— a un complejo regional que procura cierta especialización y que logra mayor disminución de precios. Empero, el convencer a los elementos particulares de que se combinaran implicó una cuidadosa consideración de los intereses existentes y futuros de los países y las compañías, para que estuvieran seguros de que su parte era equitativa y de que lo seguiría siendo. Para garantizar la futura distribución se necesitó una nueva estructura administrativa. Al darse cuenta del problema, la iniciativa privada misma buscará una solución, tanto para la eficiencia como para la equidad.

Las soluciones anteriores no son aplicables a todas las relaciones comerciales entre países. Una considerable proporción del intercambio comercial puede efectuarse todavía sobre las bases del "mercado libre". Pero, al parecer, las soluciones equitativas se multiplicarán cada vez más, especialmente en las zonas en que operen las empresas multinacionales, los mercados oligopólicos para productos de avanzada tecnología o para aquellos que requieren una mercadotecnia intensiva. Si bien es cierto que tales soluciones pueden parecer demasiado costosas, los países desarrollados acaso encuentren ventajas compensatorias en el fomento del libre comercio y el estímulo de tipos de cambio más estables.

Si entre los países desarrollados y las naciones en desarrollo existiesen unidades de producción especializadas, habría una mayor interdependencia general en vez del considerable grado de dependencia actual de los países menos desarrollados ante los más altamente industrializados. Pero si tal resultado puede ser deseable al sur del Ecuador, no es seguro que el hemisferio norte esté listo para colaborar de la misma manera con sus vecinos del sur. Si esa distribución fuese aceptable, las empresas multinacionales serían un medio efectivo para alcanzar elevados niveles de eficiencia y equidad. En consecuencia, en muchos países de Latinoamérica, las empresas pasarían de la posición de "huésped indeseable" a la de "socio bienvenido".

EL SURGIMIENTO DE LAS EMPRESAS MULTINACIONALES

Por Robert L. Heilbroner

La empresa multinacional se ha convertido en importante factor de la vida económica internacional. En números anteriores de *Facetas* hemos presentado toda una gama de opiniones sobre los significados de esta nueva corriente para las naciones desarrolladas ("El Desafío Americano", de J.-J. Servan-Schreiber) y las naciones en desarrollo (artículos de Raymond Vernon y Neil Jacoby). En el siguiente artículo, abreviado, con autorización, del que apareció en *The New York Review of Books,* el profesor Heilbroner examina el posible conflicto entre los objetivos de eficiencia y lucro de la empresa multinacional, y las preocupaciones políticas e internas de la nación-estado.

Robert L. Heilbroner es catedrático de economía en la Escuela Nueva de Investigación Social. Su especial interés por los países en desarrollo se refleja en *The Great Ascent* (El Gran Ascenso) y muchos artículos aparecidos en periódicos norteamericanos. Entre sus libros se incluye *The Worldly Philosophers* (Los Filósofos Mundanos) (introducción a las grandes figuras del pensamiento económico), *The Limits of American Capitalism* (Los límites del Capitalismo Norteamericano), y *The Future as History* (El Futuro como Historia).

El surgimiento de la empresa multinacional caracteriza una nueva era en las relaciones económicas internacionales, era en que los envíos internacionales de artículos producidos dentro de un país están cediendo en una época en que las naciones se afectan entre sí al producir directamente artículos "extranjeros" dentro de las economías de otra.

Acaso la mejor manera de ilustrar la naturaleza del cambio sea examinar la operación multinacional en acción. Permítaseme empezar con una descripción de su propia compañía hecha por Donald M. Kendall, presidente de la PepsiCo:

> La PepsiCo [opera] en 114 países. Su producto más conocido se embotella en 512 plantas fuera de los Estados Unidos. Las instalaciones de producción y distribución en casi todos los países son propiedad de nacionales de esos países. Los administradores regionales pueden llegar del área en cuestión —o de alguna otra parte del mundo: franceses, ingleses o latinoamericanos— no necesariamente de los Estados Uni-

Copyright © 1971 por Robert Heilbroner.

dos. En las Filipinas, donde la PepsiCo es el decimosegundo contribuyente de impuestos, toda la operación sólo tiene dos personas de la casa matriz. La compañía es multinacional por lo que concierne a empleo, operaciones, manufactura y mercadeo, y una buena parte de la administración y propiedad de las plantas en el extranjero también es multinacional.

Y precisamente esta misma internacionalización de la producción puede encontrarse en la IBM, la General Motors, la Ford, la Standard Oil, etc., y así, bajando por la escala jerárquica de la empresa norteamericana. No quiero dar a entender que todas las grandes compañías son multinacionales. Pero sí sabemos que 62 de las 100 principales firmas tienen instalaciones de producción por lo menos en seis países extranjeros, y Kenneth Simmonds ha demostrado que 71 de las 126 empresas más grandes (de las cuales pudo obtener datos) tenían cerca de la tercera parte de su personal en el exterior.

Mientras tanto, en un marco más amplio, no hay mucha duda de la importancia que la producción internacional norteamericana ha cobrado en conjunto. En 1966 (el último año en que pudimos obtener todos los datos necesarios), los Estados Unidos exportaron 43 mil millones de dólares en bienes y servicios a varias partes del mundo. Ese mismo año, el valor de la producción de los Estados Unidos para el extranjero —es decir, de bienes y servicios creados por fábricas o establecimientos de propiedad norteamericana en el exterior— llegaron a los 110 mil millones de dólares, o sea dos veces y media lo anterior.

Más Allá del "Desafío Americano"

La expansión de la producción norteamericana en el exterior, especialmente en Europa, ha hecho surgir una conciencia general del "Desafío Americano" perfectamente expresada en el libro de tal nombre, de Servan-Schreiber. Pero, como lo han señalado los economistas Stephen Hymer y Robert Rowthorn, lo que a los europeos les parece un desafío americano puede verse, desde otro punto de vista, como un desafío *a* las empresas americanas, pues las empresas europeas han estado aumentando su producción total en Europa y en el exterior, tan rápidamente, o más rápidamente que el aumento de las ventas *totales* (en el interior o fuera) de los gigantes norteamericanos. Así, en tanto que los Estados Unidos desafían a Europa en Europa, los europeos desafían a los norteamericanos en el resto del mundo, incluso dentro de las fronteras norteamericanas (piénsese en la invasión del mercado automovilístico norteamericano por modelos europeos).

El punto crítico de Hymer y Rowthorn es que el cambio de las relaciones económicas internacionales no constituye un fenómeno norteamericano, sino uno verdaderamente multinacional. Por ejemplo, si tomamos en conjunto las 10 principales naciones exportadoras de capitales, veremos que en 1967 sus exportaciones sumadas llegaron a más de 130 mil millo-

nes de dólares, en tanto que su combinada producción para el extranjero subía, por lo menos, a 240 mil millones de dólares. Cálculos hechos por varios economistas indican que la tasa de fuga de capitales para las naciones europeas industrializadas y para Japón guarda aproximadamente la misma proporción con su Producto Nacional Bruto, que en los Estados Unidos.

Sobre la base de tales datos, podemos calcular que el valor de la producción internacional, de toda índole, es aproximadamente igual a una cuarta parte de la producción mundial de los artículos producidos, y que si la tasa de expansión de la producción en el exterior sigue como en el pasado reciente, la producción internacional sumará la mitad o más de la producción industrial mundial para el año 2000.

Es evidente que el surgimiento de las empresas multinacionales nos plantea toda una desconcertante serie de preguntas. ¿Por qué surgieron? ¿Cuál será el probable resultado de la lucha entre ellas? ¿Cómo afecta el surgimiento de una gran compañía internacional a las naciones subdesarrolladas? ¿Cómo puede una empresa subsistir, con las leyes y la política a menudo hostiles de una docena de países? ¿Es la empresa multinacional una nueva fuente de potenciales fricciones internacionales, o una forma embriónica de un nuevo orden mundial?

Planteamos tales preguntas más para introducir cierta apariencia de orden en un creciente problema, que con la esperanza de lograr respuestas profundas. Como veremos, mucho de lo que afecta al futuro de las empresas multinacionales sigue siendo oscuro e impredecible.

Los Orígenes de la Empresa Multinacional

Podemos, al menos, empezar con algunos actos, pues gracias a la obra de Mira Wilkins —*The Emergence of Multinational Enterprise* (El Surgimiento de la Empresa Multinacional), estudio de la inversión directa norteamericana en el extranjero hasta 1914— contamos hoy con un cuadro del empuje hacia el exterior de las empresas, comparable con su evolución doméstica desde las firmas de una sola planta y un solo producto, hasta las empresas multidivisionales. La razón por la cual una firma debe *producir* en el exterior, no es evidente. Resulta costoso para una empresa mantener instalaciones en el extranjero. Inevitablemente conduce a la clase de fricciones económicas y políticas que sugiere nuestra serie de preguntas. Si la sed de ganancias es la fuerza motora de la expansión de la empresa, como nos dicen muchos economistas y hombres de negocios, debemos explicar por qué en cierta etapa, una empresa se muestra perfectamente satisfecha con exportar sus mercancías, y, en otro punto, con autorizar su producción en el extranjero, y finalmente con asumir toda la responsabilidad de su verdadera producción en el exterior.

Como indica Mira Wilkins, la participación de la empresa norteamericana en la producción extranjera tiene una historia ya considerable. Samuel Colt, el inventor y exitoso productor de pistolas automáticas con

una base de "líneas de ensambles" en los Estados Unidos, trasladó su equipo y sus principales hombres a Londres a mediados de la década de 1850, y pronto quebró. En cambio, en esos mismos años un grupo de capitalistas e ingenieros norteamericanos hicieron avanzar el primer ferrocarril a través del istmo de Panamá, y para la década de 1870, la máquina de coser Singer se estaba produciendo con todo éxito en el exterior (en Escocia) y vendiendo la mitad de su producción total en el exterior.

La obra de Mira Wilkins nos permite ver cierta lógica organizativa detrás de los saltos cuantitativos al extranjero. Se encuentra (si se me permite sacar ciertas conclusiones de su obra) en la existencia de etapas críticas de dimensiones, saturación del mercado doméstico y tecnología, etapas que pueden diferir de una industria a la otra, pero que establecen para cada una, en algún momento de su desarrollo, un punto en el cual es "natural" (es decir, más fructífero) dar el salto.

(Es interesante observar que el grado de la producción internacional —en contraste con las exportaciones— varía mucho de una industria a otra. Hay una cantidad considerable de producción internacional de vidrio, y muy poca de acero; una enorme cantidad de computadoras, pero virtualmente ninguna de útiles de maquinaria; una enorme cantidad de automóviles, pero no, según creo, de astilleros. Las razones de esta variación no están absolutamente claras. La respuesta puede hallarse en hechos específicos que afectan la tecnología de diferentes industrias, o en las características de los mercados a los que sirven, o simplemente en su "apariencia", pues creo que hay una perceptible variación en el "carácter" de las industrias, en gran parte, como el de las naciones.)

Las Etapas de la Tecnología

Entonces, ¿qué es lo que caracteriza el reciente surgimiento de las inversiones internacionales? Si mis especulaciones están justificadas, la respuesta debe hallarse en la llegada de cada vez más industrias a sus nuevas etapas críticas, poderosamente ayudadas en nuestros días por el desarrollo de una nueva tecnología para transferir la información, que hace que no sea mucho más difícil supervisar una planta de Hong Kong que otra de Indianápolis. De una manera general, podemos seguir la influencia de esta mejor tecnología de la supervisión observando los cambios, a largo plazo, de las inversiones, que se apartan de la "puerta de junto" hacia zonas más distantes. En 1857, el 56 por ciento de la directa inversión de los Estados Unidos en el extranjero se efectuaba en Canadá y en México; en 1914, se había reducido al 46 por ciento; en 1968, al 32 por ciento.

Una segunda parte de las diferencias puede seguirse a partir del gradual cambio de los intereses de las empresas hacia la "alta tecnología", en contraste con los grandes capitales, productos y actividades. En 1897, el 59 por ciento de la inversión directa norteamericana en el extranje-

ro era en la agricultura (plantaciones), la minería o los ferrocarriles. Para 1969, esta cifra había disminuido hasta el 11 por ciento. Y, a la inversa, en 1897, tan sólo el 15 por ciento de la inversión directa norteamericana era en la manufactura. Esta ha saltado hoy a más del 40 por ciento.

Este cambio a la alta tecnología ha dirigido la concentración del mercadeo de la inversión directa internacional. En 1897, el 54 por ciento de la inversión directa norteamericana del extranjero era en las partes subdesarrolladas del mundo, y el resto en las zonas desarrolladas europeas y canadienses. Hoy, el peso está del otro lado. El 64 por ciento de la inversión directa norteamericana en el exterior se encuentra en Canadá, Europa y Oceanía, y sólo el 36 por ciento en Asia, Africa y la América Latina. Más notable aún es el hecho de que del aumento de la inversión directa norteamericana en el extranjero durante la última década, casi las tres cuartas partes se hallan localizadas en el mundo desarrollado.

Así, detrás de las redes, que se intercruzan e interpenetran, de la producción en el extranjero, hay cierta lógica de la tecnología y la organización, lógica que sin duda se aplica de la misma manera a la expansión de la inversión europea o japonesa. La "saturación" gradual de los mercados nacionales (que ocurrió, huelga decirlo, antes en las pequeñas naciones europeas que en la enorme nación continental de los Estados Unidos) dio el estímulo inicial para un cambio de una producción simplemente orientada hacia la exportación, a una verdaderamente internacional, y explica el hecho de que en 1914 las inversiones extranjeras de Europa (directas o por poder) eran diez veces mayores que las norteamericanas, en tanto que en 1966 las inversiones directas norteamericanas en el extranjero eran un 30 por ciento mayor que las europeas.

Simultáneamente, la irrupción de la gran tecnología alteró enormemente el carácter de la empresa internacional en una dirección favorable a las industrias dominadas por norteamericanos: tan sólo la tasa de desarrollo anual de la IBM en el interior o en el exterior durante la década pasada ha sido lo suficientemente grande para que, si continúa ininterrumpida durante otra generación, la IBM llegue a ser la entidad económica mayor del mundo, incluyendo las entidades de las naciones-estado. Esta proliferación de la alta tecnología, a su vez, ha re-dirigido las zonas en que eran productivas las inversiones internacionales, apártandolas de las selvas plataneras de Honduras, cuyo mercado era de un desarrollo relativamente lento, hacia el mundo desarrollado, donde la demanda de productos de alta tecnología aumentaba con extraordinaria rapidez.

Los Controles Nacionales

¿Cuál será, probablemente, el resultado de este cambio en la naturaleza de las relaciones económicas internacionales? Nos apartamos aquí del dominio de los hechos, por oscuros que sean, para entrar en el de los descubrimientos, por especulativos que sean. Aplacemos hasta el final los

más imprecisos de éstos, y tratemos, inicialmente, de algunas pocas cosas que conocemos.

La primera de estas es que —a pesar de lo que afirma, en nombre de la PepsiCo, el Sr. Kendall— los grandes productores internacionales no son "verdaderamente" multinacionales. Con muy pocas excepciones (estamos pensando en Unilever o Shell, cuya propiedad realmente está dividida entre los intereses de diversas naciones), la mayoría de las empresas múltiples, incluso la PepsiCo son, esencialmente, extensiones de empresas nacionales, controladas por un solo centro nacional, por lo que respecta a la localización de las inversiones y (más importante aún) a la remisión internacional de las utilidades.

Desde luego, las empresas multinacionales han aprendido a apartarse de lo que el profesor Howard Perlmutter llama una actitud etnocéntrica, hacia una perspectiva más "policéntrica" y aun geocéntrica (de orientación mundial). Más aún, ya son visibles algunos precursores del verdadero internacionalismo: un canadiense como presidente de la Standard Oil de Nueva Jersey, un venezolano en su consejo directivo, y un francés como presidente de la Corporación de Comercio Mundial de la IBM.

Pero, creo que puede decirse con certeza, tales son excepciones a la regla general de una absoluta conservación del control nacional sobre las operaciones de la empresa internacional. Como ha dicho Kenneth Simmonds, los extranjeros constituían tan sólo el 1,6 por ciento de los 1851 administradores de las compañías norteamericanas con considerable personal en el exterior. Simmonds no ha comparado su descubrimiento con estudios similares de empresas belgas, inglesas, suizas, suecas, japonesas, etc., pero tenemos la fuerte sospecha de que darían una conclusión similar.

Tratos con la Nación-Estado

Esto nos plantea la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las relaciones entre estas empresas que, sean cuales fueren sus "nacionalidades", están organizadas con fines privados, y la nación estado, dentro de cuyos territorios operan? Empezamos a llegar aquí al crítico terreno en que coinciden o chocan la política con la economía, y en que la "lógica" de esta nueva clase de relaciones económicas internacionales debe ponerse en paz con la "lógica" de los intereses nacionales tal como hoy existe.

En este complejo problema tenemos, por una parte, el hecho de que las empresas multinacionales a menudo se encuentran al tratar con los gobiernos, en la misma posición en que se encontraban los constructores de vías férreas en el oeste de los Estados Unidos al tratar con las diversas municipalidades que luchaban por sus servicios. Existe una considerable competencia entre las naciones europeas por obtener inversiones de alta tecnología dentro de sus fronteras nacionales, competencia que toma la forma de concesiones de capital, privilegios de impuesto, y, no hay que olvidarlo, un "asentimiento" a una creciente presencia norteamericana.

Así, en 1962 el gobierno francés se negó a permitir a la General Electric comprar el 20 por ciento de las propiedades de Machines Bull, gran fabricante de computadoras y otros productos electrónicos. Para 1964, incapaz de hallar otro comprador, y dolorosamente consciente de que Machines Bull no podía empezar a desarrollar las investigaciones y el desarrollo necesarios para mantenerse en su campo, el gobierno aceptó un 50 por ciento de propiedad de la General Electric.

Hasta un grado mayor aún, las empresas multinacionales pueden dictar sus condiciones a los gobiernos de las naciones subdesarrolladas. A pesar de todo lo que se dice (y de la realidad) del dominio imperialista, la mayoría de las naciones en desarrollo desean inversiones extranjeras, sean europeas o norteamericanas, por muchas razones. Las empresas multinacionales pagan salarios más altos, llevan sus libros con mayor honradez, pagan más impuestos y aportan más conocimientos administrativos y preparación que las empresas locales. Más aún: habitualmente dan mejores servicios sociales a sus trabajadores, y ciertamente dan excelentes oportunidades de hacer carrera a unos cuantos de la élite afortunada. Además de todo, son un importante canal por el cual la tecnología, desarrollada en el Occidente, puede llegar a las naciones atrasadas. Desde luego, las empresas generalmente mandan a su país más ganancias que el capital que originalmente introdujeron en el país "huésped". Pero, mientras tanto, tal capital aumenta, creando puestos, mejorando la productividad y a menudo contribuyendo a las ganancias de exportación.

Equilibrio de la Economía y el Nacionalismo

A pesar de todo, ésta es sólo una parte de la historia: la parte que subraya la capacidad de las empresas multinacionales para ganar en enconados regateos, obtener posiciones geográficas estratégicas, y tener una voz sonora en la política económica de los países en que se dignan operar. Pero también hay otro lado. Si bien las empresas multinacionales constituyen bases para ejercitar el poder económico, *son también rehenes* dentro de las naciones en que se han establecido. En las naciones atrasadas, la amenaza —y, cada vez más, la práctica— de la nacionalización pende sobre las cabezas de las empresas multinacionales, en parte como acto de venganza contra una historia pasada, a menudo, de burda explotación, pero, con cada vez mayor frecuencia, simplemente porque los países que están empezando a planear su desarrollo no pueden permitir que cierta decisiva capacidad de tomar decisiones se escape de su dominio. Tal como con toda sinceridad lo dijo George Ball, ex-subsecretario de estado norteamericano, en un ensayo en que mostraba gran simpatía a las "empresas cósmicas": "¿Cómo puede un gobierno nacional hacer un plan económico con alguna confianza si una junta de directores que se reúne a cinco mil millas de ellí, con sólo alterar sus normas de compra y producción, puede afectar de manera decisiva la vida económica del país?"

Ball y otros piensan que la respuesta está en una gradual "desnacionali-

zación" de la compañía internacional, opinión que volveremos a estudiar al final de este ensayo. Pero antes permítaseme subayar que el equilibrio del poder entre la capacidad de la empresa para colocar a sus expertos técnicos y su producción, y la capacidad de la nación para forzar a una empresa, una vez localizada, a ceder a su voluntad, está lejos de ser unilateral en Europa o en las zonas desarrolladas, así como no lo es en los países subdesarrollados. También aquí las ganancias económicas aportadas por el capital extranjero, a menudo son insignificantes ante los sentimientos de nacionalismo a los que, simplemente, no se aplican los más y menos de la hoja de balance. Por lo tanto, en Canadá, Francia y otras partes, las empresas multinacionales se enfrentan a una legislación, presente o futura, que limite el grado hasta el cual pueden invadir o dominar la economía doméstica.

En esta tensión entre el impulso de la empresa hacia una coherencia de las inversiones y el impulso nacional hacia la independencia económica, el papel "adecuado" de la empresa multinacional está lejos de ser claro. Aun si suponemos que la administración está compuesta por un consejo multinacional "neutral", ¿cuál habrá de ser su política con respecto a la localización internacional de la investigación y las plantas de desarrollo, la expansión o contracción de la producción en plantas localizadas en diferentes países, el envío de las utilidades de una unidad a otra? No basta con decir que debe imponerse la regla del mayor provecho, pues obedeciendo a tal regla las empresas multinacionales también estarán afectando las tasas de crecimiento, el empleo y los problemas de la balanza de pagos de las naciones-estado que colocan *su* bienestar nacional muy por encima de las ganancias de cualquier empresa internacional.

Ni en hecho ni en teoría hay respuesta para tales preguntas, pues plantean problemas que están fuera de los presentes acuerdos legales o jurídicos de las naciones-estado y las organizaciones internacionales. Henry de Vries ha hecho notar, por ejemplo, que no podrán inventarse unas normas coherentes para decidir una cuestión tan básica como dónde queda la "oficina central" de una empresa. En los Estados Unidos y en el Reino Unido, es el lugar de la incorporación. En Marruecos, es la localización de la oficina central registrada. En Francia, Bélgica y Alemania, es el centro de la administración. En Italia y en Egipto, es el centro de la principal actividad comercial. Estos y otros muchos problemas legales obstaculizan el paso de la producción internacional y están muy lejos de hallarse siquiera cerca de una solución.

Se Necesita una Nueva Teoría

¿Cuáles son, entonces, las repercusiones últimas de esta nueva forma de relaciones económicas internacionales? Si la pregunta nos deja perplejos, la razón de ello se encuentra en el hecho de que aún no hemos imaginado siquiera un cuadro coherente —un "modelo"— con el cual tratar de organizar las confusiones y conflictos introducidos por el surgimiento de la

compañía multinacional. En otras palabras, carecemos de una teoría de la producción internacional (así fuera una teoría errónea) que pudiera introducir en la desorganización de los hechos la posibilidad de un análisis sistemático que, en una época anterior, nos dio la teoría del libre cambio.

A pesar de todo, ya podemos ver algunos de los elementos que habrá de tomar en cuenta tal modelo. En primer lugar, una teoría de la producción internacional debe explicar si la interpenetración de los territorios nacionales por los productores extranjeros habrá de conducir, o no, a una estable "división del mercado". Si, como han imaginado algunos economistas, el núcleo industrial de la producción mundial y el comercio está desplazándose en dirección de una oligópolis global, ¿será el resultado de una coexistencia, más o menos pacífica, de gigantes, tal como vemos en las industrias automovilísticas norteamericanas, o de equipos de acero o eléctricos, o la clase de pugna que caracterizó la enconada competencia de fines del siglo XIX?

Las respuestas a estas preguntas se hallan, parcialmente, en los hábitos y actitudes de los empresarios, hoy principalmente acostumbrados a la "competencia", sin bajar precios, de dispositivos y estilos. Pero también recibirá una poderosa influencia de los elementos nacionales que están inextricablemente entremezclados con los económicos. Es decir, el grado de ferocidad y efectividad de la respuesta europea al "Desafío Americano" depende en gran parte de si los gobiernos europeos podrán superar sus estrechos nacionalismos lo suficiente para hacer posible la formación de verdaderas empresas pan-europeas, cuya potencia y poder de penetración podrán entonces enfrentarse con la empresa norteamericana en suelo norteamericano.

Así, a diferencia de la teoría del comercio internacional que se basaba solamente en las consecuencias económicas de la división del trabajo, no hay teoría de la "división del mercado", a menos que introduzcamos variaciones políticas en el cuadro. A falta de un conocimiento de este elemento político, aún no podemos colocar límites al grado de interpenetración que se manifestará, o a la probabilidad de un "equilibrio" que se alcance en la escala mundial.

¿Precursor del Orden Mundial?

En segundo lugar, surge la pregunta de si el surgimiento de la producción internacional puede considerarse como una fuerza de la integración y la mejora mundiales, o de la división y el trastorno del mundo. La teoría clásica del comercio internacional prometía que la división internacional del trabajo, de hecho, uniría al mundo, tanto en lo que respecta al nivel de vida como (implícitamente) en la estabilidad política, por causa de la mayor interdependencia de las naciones-estado. Tan noble imagen resultó engañosa. Pero, ¿qué imagen nos proyecta el surgimiento de la producción internacional?

Generalmente se proponen dos opiniones. Una, propuesta por George Ball y otros, ven en el surgimiento de la "desnacionalizada" empresa multinacional la primera aparición de un orden mundial supranacional, orden en el cual la terrible y violenta regla del nacionalismo en competencia gradualmente sería sustituida por una organización internacional de la producción, regulada por las impersonales leyes de la ganancia (que aun los países socialistas admiten como el mejor indicador de la eficiencia). Lo que se trata de ver es una "paz del hombre de negocios" en que el pragmatismo y la producción tomen la delantera sobre el orgullo nacional y la vanagloria.

Los defensores de esta opinión tienen pocas dificultades para demostrar que las empresas multinacionales están mucho menos interesadas en la guerra fría que los miembros de las élites políticas; que la "co-producción" entre los países capitalistas y los socialistas ya existe; y que, pese a todos los clisés y estereotipos, los hombres de negocios generalmente han preferido comerciar con los gobiernos, aun con los gobiernos revolucionarios, que pedir la intervención de los infantes de marina.

Indudablemente, esta opinión contiene un elemento de verdad: pensemos en Henry Ford tratando de edificar fábricas de tractores para los soviéticos; en el reciente contrato de la Fiat para construir autos rusos; en la ira de las compañías norteamericanas ante el Departamento de Estado por obligarlas a invertir en países comunistas, etc. Sin embargo, una cosa es señalar la disposición, presumiblemente poco belicosa de los hombres de negocios (punto que fue señalado por primera vez por Herbert Spencer), y otra preguntar qué clase de "orden mundial" podrían crear las empresas multinacionales.

¿...O Causa de Nuevos Conflictos?

La opinión de Ball presupone que la internacionalización de la producción crearía un mundo más racional que aquel en que hoy vivimos. Pero tal opinión comete una petición de principio, al suponer que un orden mundial que resulta racional para la empresa multinacional también será, necesariamente, racional para un país atrasado que trate de romper las cadenas de su herencia. La suposición de que la compañía multinacional puede llegar a ser un vehículo importante para el desarrollo pasa por alto un aspecto principal del propio subdesarrollo: la laguna entre las metrópolis "occidentales" del mundo atrasado y sus campos, de estilo "oriental". Es esta una laguna que la presencia de las empresas multinacionales más probablemente ensanchará que colmará. La opinión de Ball también pasa por alto la seguridad de que las empresas multinacionales se opondrán con todas sus fuerzas a la clase de levantamientos revolucionarios que en muchas zonas atrasadas probablemente sean requisito esencial de una genuina modernización.

Este conflicto entre las demandas de la nación-estado y las de las empresas forman el núcleo mismo de la opinión Hymer-Rowthorn, que se

opone a la de Ball y sus internacionalistas, que como él piensan en los negocios. Hymer y Rowthorn —en su artículo, incluido en *The International Corporation* (La Empresa Internacional), editado por Charles Kindleberger— no dudan de que el impulso que apoya la internacionalización de las empresas es muy poderoso, pero creen que conducirá a una exacerbación de los conflictos mundiales, antes que una resolución de ellos. No ven ellos que el imperativo económico se afirme fácilmente sobre el de la entidad nacional, ni en el mundo desarrollado ni en las regiones atrasadas.

En mi opinión, la tesis de Hymer-Rowthorn contiene serios inconvenientes. Hay algunas cosas que las naciones-estado pueden hacer, y que no pueden hacer las empresas internacionales, pero hay otras cosas, de creciente importancia, en que la empresa es el instrumento más efectivo de la acción social. Así, lo que parecemos estar contemplando por el momento es un conflicto entre dos modos de organizar los conflictos humanos: un modo "vertical" que encuentra su última expresión en el flujo trans-nacional de la producción de las gigantescas empresas internacionales, y un modo "horizontal" que se expresa en las fronteras, celosamente vigiladas, de la nación-estado.

Estados y Empresas

Hymer y Rowthorn dividen este conflicto en dos "tipos ideales": un tipo ideal capitalista en el cual la producción global de un solo artículo está organizada bajo la influencia unificadora de una sola empresa, y un tipo ideal socialista, en que la producción de todos los artículos en un solo estado está organizada bajo el control de una sola dependencia planeadora. En resumen, ven la corriente del capitalismo hacia la vertical unificación de la producción, y la corriente del socialismo hacia su unificación horizontal. En este conflicto de ideales, indudablemente creen que el modo socialista de organización, al final, resultará el más aplicable y duradero.

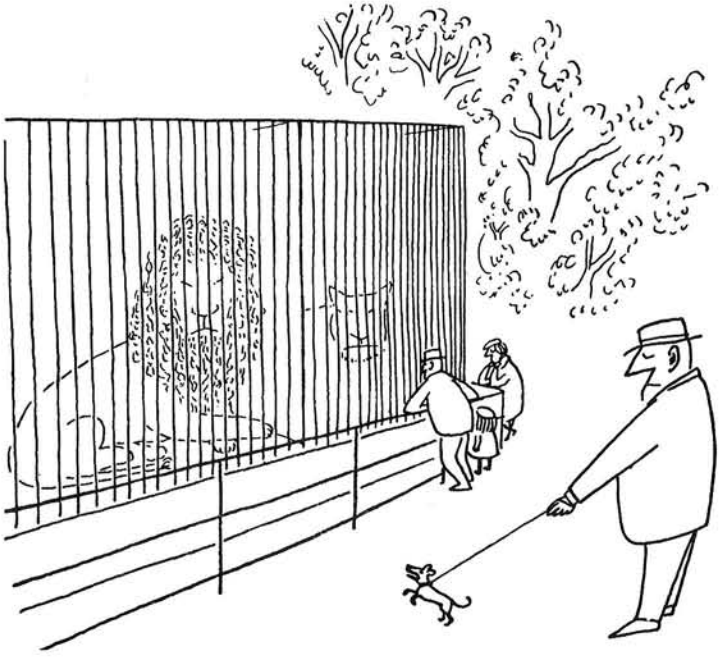
Quizás. Y quizás no. Al menos en mi opinión, su dicotomía subestima la capacidad de adaptación de ambos sistemas. Hymer y Rowthorn no preguntan cuál puede ser el papel de una organización vertical de la producción entre estados socialistas; si, por ejemplo, un ministro ruso de computadoras no desempeñará el mismo papel, dentro del bloque de economías planeadas, que la IBM puede desempeñar dentro del bloque de economías capitalistas. Tampoco investigan las posibilidades de que las economías capitalistas adopten modos "socialistas" de control por medio de las dependencias de empresas conglomeradas.

De hecho, en mi opinión, el concepto de un conflicto "fundamental" entre los tipos ideales de planeamiento socialista y capitalista es precisamente la manera más errónea de tratar de comprender el problema de la nación-estado y la empresa multinacional. Tanto las naciones-estados cuanto las empresas son burdos instrumentos por los cuales tratamos con el estado de la humanidad de hoy. Los gobiernos, por socialistas que sean,

aún dependen del patriotismo, que sigue siendo el último refugio de los pillos. Y las empresas internacionales, por muy purificadas que estén de manchas nacionales, aún se gobiernan por motivos que glorifican las inclinaciones egoístas de la humanidad que, cuando mucho, debían ser apenas toleradas. Ambas formas son inapropiadas para el desarrollo, a largo plazo, de las sociedades humanistas. Es tan sólo porque ignoramos cómo organizar de otra manera a grandes masas del pueblo para que efectúen las tareas esenciales para la sociedad, por lo que tenemos que depender de la nación-estado con sus fuerzas mal encaminadas y su vergonzosa irracionalidad, y de la empresa con sus jerarquías burocráticas y su dependencia de la avaricia y una insatisfacción cuidadosamente inculcada.

Subrayamos que no estamos afirmando que no existan otros medios de organización. A partir del estudio de las sociedades primitivas sabemos que la gente puede ordenar sus vidas sin las órdenes e incentivos de la sociedad moderna, haciéndolas seguir el gran principio básico de la tradición. Lo que no hemos aprendido es cómo re-introducir este modo de organización social en una civilización dedicada a recabar conocimientos, al experimento, al cambio, y a la acumulación. Acaso sea imposible, por lo menos hasta que haya llegado a su fin el período de acumulación.

En nuestro actual conflicto entre las capacidades de organización del estado y las de la empresa, es difícil afirmar con certidumbre de qué lado se halla el "progreso", cuando ambos modos de control social poseen la capacidad de la degradación humana y aun de la destrucción. Todo lo que puede decirse es que, en este momento de la historia, ambos parecen necesarios.



UN ESCULTOR DE LA VIDA DIARIA

Por Frank Getlein

Milton Hebald en su estudio

Las figuras de bronce de Milton Hebald, arraigadas en la tradición barroca, pero que responden vívidamente a los temas contemporáneos, trazan una orientación original en alto grado para la escultura norteamericana. Para un distinguido crítico de arte, Hebald es un agudo observador "de los personajes no heroicos que se encuentran en los lugares públicos".

Frank Getlein ha escrito sobre arte para *The New Republic* y *The Washington Star,* donde escribe como crítico de teatro y de cine. Entre sus obras se cuentan *The Bite of Print* (La Mordedura de la Impresión), *Christianity in Modern Art* (El Cristianismo en el Arte Moderno) y *Milton Hebald,* estudio ilustrado del escultor y de su obra.

En las artes plásticas, Milton Hebald, escultor norteamericano que vive en Roma, es una rareza: un escultor que pertenece al medio antiguo y clásico del bronce colado, y que toma como temas al mundo que lo rodea, la gente que ve en las calles, en los parques, en las playas y demás lugares públicos. Traslada al bronce las posturas y los gestos casuales de gente que se dirige al mercado, descansa sobre la arena o flota en el agua; y lo hace con evidente amor a sus modelos y su medio, con ingenio, con la alegría de vivir y con ocasionales revelaciones de la dignidad, y hasta de la grandeza, que sus sujetos de la vida diaria guardan en su interior.

El bronce es un metal noble y, a través de los siglos, y aun de los milenios, en que ha sido una de las dos formas de escultura más perdurables, se le ha usado más que nada para temas nobles: santos y ángeles, dioses y héroes, papas y príncipes, capitanes y reyes. La piedra esculpida ha sido utilizada en igual forma, mientras que para representar el gesto o el movimiento fugaz y efímero del transeúnte ocasional sólo se ha utilizado la terracota. Más recientemente, las esculturas de conjunto de artistas

norteamericanos, tales como los conjuntos móviles de Alexander Calder, o las obras de chatarra de Richard Stankiewicz, han representado obras de ingenio y de humor. El bronce sigue siendo digno y grave; ha sido ocasional en el sentido de ser apropiado para alguna ocasión importante, con frecuencia una u otra forma de canonización del sujeto.

Eso no pasa con Hebald. Casi en cualquier momento de su carrera, de cerca de cuarenta años, se pueden encontrar obras en que está incorporada la observación concienzuda y graciosa de la vida de personajes carentes de heroísmo de los lugares públicos. Tales figuras tampoco son expresiones individuales del descanso personal de un escultor entre los aspectos más serios de su obra. Las figuras de Hebald tienen tendencia a presentarse en grupos, pues él es un artista de ese tipo, que descubre un tema y lo explora a conciencia y en diferentes escalas antes de pasar a otro. Y esa misma observación íntima, afectuosa y aguda de la figura, del rostro y del espíritu humano es también la base de las obras de Hebald sobre temas más tradicionales, como su invocación de las deidades clásicas y de los héroes de la literatura.

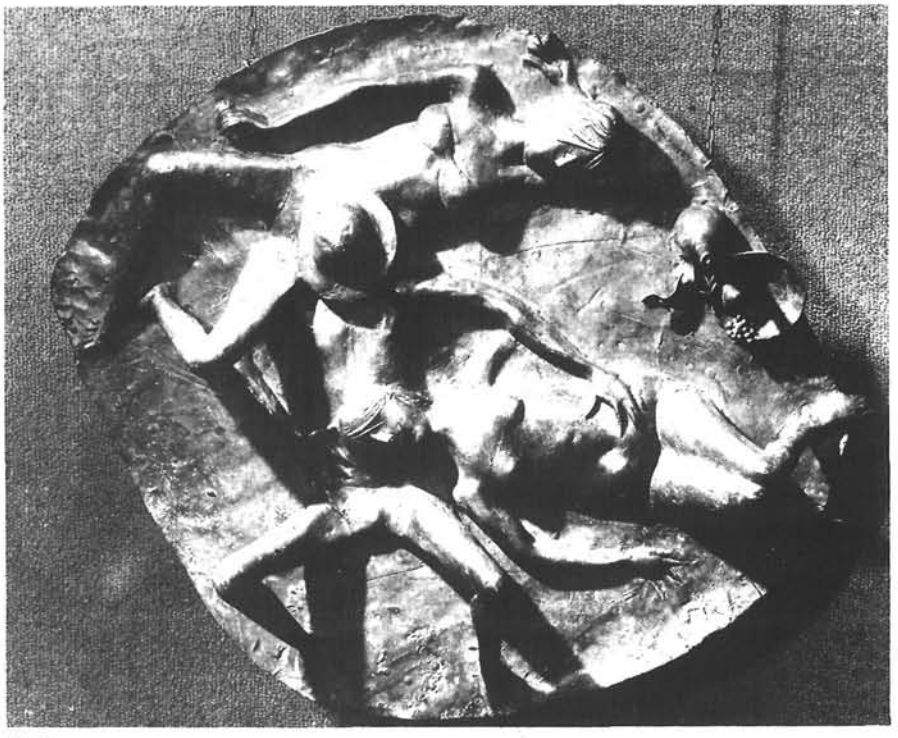
Escenas de Playa

Durante los últimos años, Hebald ha esculpido una serie memorable de figuras en las playas y en el agua, lo que, hasta donde yo sé, no tiene precedente temático alguno aun cuando existe una relación técnica en el arte de los sasánidas en Persia, hace muchos siglos.

La Siesta, una de las más bellas, es un grupo de tres figuras, un hombre y dos mujeres, vistos desde arriba, tendidos en la playa. Sus cuerpos están semi-hundidos en la arena, con lo que aparecen de medio relieve pero con algún miembro o parte de éste, así como la naturaleza muerta en pleno relieve. Las tres figuras están entrelazadas: la cabeza del hombre, cubierta con un sombrero de playa que le tapa el rostro, descansa sobre la parte inferior del abdomen de una de las mujeres, cuya cabeza reposa sobre su propio brazo doblado. La otra mujer tiene la cabeza apoyada en el vientre del hombre, mientras que su mano izquierda se extiende para descansar en su cadera izquierda. El perezoso dinamismo de las tres figuras se mantiene en equilibrio por medio de la pequeña naturaleza muerta: una botella de vino, un plátano a medio comer y una vasija con una manzana y uvas, encima de la superficie de arena plana.

Esculpidos casi al mismo tiempo, en *La Playa de Bracciano* aparecen juntos un chico sentado y encogido con una chica extendida, sobre cuyo torso el chico vierte arena, de manera que su figura está cubierta en parte, y expresada parcialmente sólo por líneas y en parte completa, con los brazos alzados, libres, redondos y al aire.

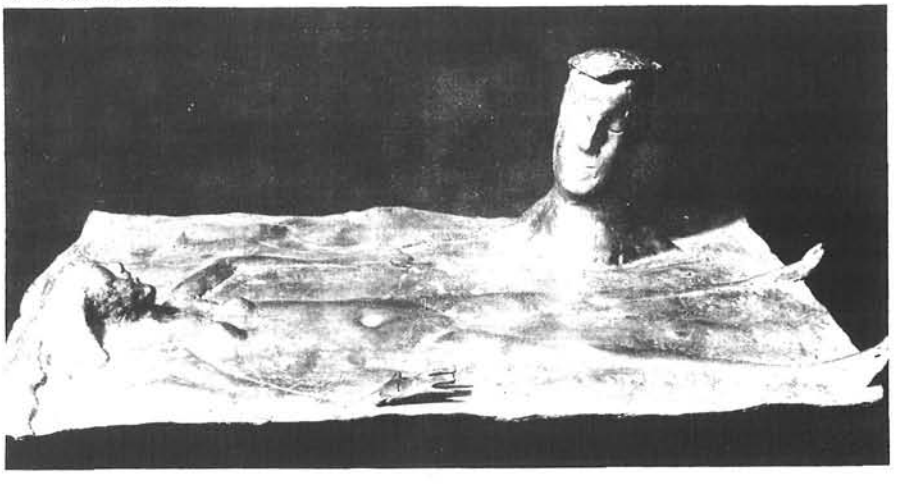
Otra variación, hecha también en la misma época, es *La Cabeza Saliente.* El lugar es la superficie del agua. Una joven flota, apenas ligeramente sumergida, de modo que se ven sus pechos, su abdomen, sus rodillas y sus pies, mientras la mayor parte de sus brazos está bajo el agua,



Siesta

aun cuando una de las manos está lo suficientemente libre para proyectar una sombra. Al lado suyo se encuentra el tema del título, el gran bulto de la cabeza de un hombre que surge del agua y causa, como en el conjunto anterior un fuerte contraste y una elegante variación del tema de figuras y superficies.

La Cabeza Saliente



En una serie completa de tales figuras en la playa, sumergidas bajo la superficie de la arena o del agua como en una serie anterior de bañistas en tinas de interiores, Hebald juntó los cuatro niveles de la redondez escultural: la redonda plena, el alto relieve, el bajo relieve y el simple tallado. Esa misma técnica, o mezcla de técnicas, se puede advertir en algunas esculturas ilusionistas del período barroco (la era favorita de Hebald y una de las cosas por las que le gusta en particular vivir en Roma), y en especial en la obra de Bernini (el escultor favorito de Hebald). Y la Galería Freer, de Washington, tiene un par de medallones de hoja de plata de la Persia sasánica que muestran al rey durante una cacería, y cuya representación pasa con facilidad de las líneas grabadas a los bajorrelieves de las ancas de los animales, a los altorrelieves de las cabezas de las bestias salvajes, a la plena redondez de la cabeza del rey y de sus manos que sostienen las armas.

El Espejo de Shakespeare

Hebald usó la misma combinación de técnicas, perfeccionadas en sus estudios de playas y baños ocasionales, en un obsesionante medallón del poeta que más admira, *El Espejo de Shakespeare,* en que la gran cabeza redondeada del bardo, su cuello y sus manos, una de las cuales acaricia su barba y la otra sostiene el espejo, están hechos en redondo y todo lo

Cabezas Gigantes

demás en uno u otro grado de relieve, o simplemente delineado en la superficie plana.

Aquella cabeza que emerge de las aguas del Lago Bracciano también ha servido como punto de partida para una serie posterior del escultor, sus *Cabezas Gigantes* (1970-71), que son exactamente lo que dice el título: cabezas de 91.4 centímetros de altura,de la generación "Hippy", con pelo largo, barbas y anteojos para el sol. Un ejemplo singular nos da la cabeza de una chica, que tiene más de 1.37 m de alto con los ubicuos anteojos para el sol,con el pelo largo y lacio formando pliegues barrocos alrededor de su rostro, la boca abierta, los ojos invisibles tras los anteojos que le dan aspecto de insecto, y que lleva por título, de conformidad con el estilo enigmático y ligeramente irreverente de Hebald, *Monumento a los Caídos en Vassar,* la famosa escuela superior norteamericana para chicas, de la parte superior del estado de Nueva York.

Las "Separables" y la Cultura Popular

De la misma subcultura contemporánea Hebald ha sacado las figuras de *Multitud que Pasa,* grupo de figuras de 51 cm de alto a las que llama "separables", pues las figuras están montadas por separado, y se les puede agregar y sustraer. En sus figuras de largas piernas, con faldas y trajes, o barbadas, Hebald ha plasmado a la gente de la calle de la última década de la vida de la juventud norteamericana. Pero esa obra no fue la primera serie del escultor de "separables" o "variables" ni, con mucho, su primer homenaje a la cultura popular. Casi su primera obra después del servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial, como pequeña celebración de la alegría de la paz, fue *Gimnasio de la Selva,* un arreglo de barras horizontales y verticales con cinco figuras de niños hechas de manera que se pudiesen mover. El arreglo queda a cargo del espectador.

Pocos años después, en 1950, empleó el principio de la variabilidad en otras dos obras. *¡Entrale al Toro!,* una de varias versiones del tema ejecutadas por Hebald, consiste en un vaquero removible sentado sobre los lomos de un robusto toro. El vaquero puede estar sentado, o asiendo los cuernos de la bestia, cabeza abajo, en posición normal o en diversas posiciones laterales, pero en todas ellas, gracias a la perfección de Hebald, el vaquero parece estar en una posición apropiada en relación con el toro. Y a propósito, mientras el jinete es de tipo definidamente norteamericano y no hispánico, con sombrero Stetson, chaqueta corta y chaparreras, el toro, con sus cuernos cortos y cuello grueso, parece estar emparentado menos con el ganado de larga cornamenta de los pastizales norteamericanos que con los antiquísimos y míticos animales mediterráneos que habían trillado las oscuras tierras desde Creta hasta Madrid a lo largo de los siglos. Dicha combinación resultó profética ya que el maduro genio de Hebald constituye una mezcla singular y personal de informalidad norteamericana en tono menor, que llega hasta la chanza —ese rasgo ultranorteamericano— con el puro balanceo y la grandeza natural de lo barroco.

¡Entrale al Toro!

La Evolución de un Escultor

El arraigo norteamericano del arte de Hebald se remonta a su niñez. Descubrió que tenía talento para modelar cuando era un chico de ocho años en la Ciudad de Nueva York y le dieron una caja de arcilla para modelar. En las escuelas primaria y secundaria acaparó todos los premios que ofrecían y fue aceptado en la Liga de Estudiantes de Arte como su estudiante más joven de todos los tiempos. Mientras asistía a la escuela secundaria, también estudiaba en la Academia Nacional de Dibujo y en el Instituto de Bellas Artes. El tiempo que le sobraba lo dedicaba a ir a la Biblioteca Pública de Nueva York para copiar las reproducciones de los dibujos de los viejos maestros o visitar el Museo Metropolitano de Arte, cerca de su casa, o asistir a las clases de disección en un hospital del vecindario. Decidió que la escuela robaba demasiado tiempo a sus estudios de arte y, en consecuencia, la abandonó. Antes de que la Segunda Guerra Mundial interrumpiese su carrera, había sido distinguido y aceptado como miembro, a pesar de su corta edad, del escenario artístico de Nueva York, al que regresó después de la guerra.

Los Hebald han vivido en Roma desde 1955, cuando llegaron allá por

primera vez para una residencia de dos años en la Academia Norteamericana después de que Milton conquistó el Premio de Roma. Desde entonces han vivido en un último piso en el Trastevere, que es con mucho el barrio más alegre de la ciudad y el menos "turístico", como dicen los italianos en inglés.

Claro está que hay en Italia una considerable colonia de escultores norteamericanos que residen allá todo el año o parte de él. Viven allá por la misma razón que artistas de todos los países han ido a Italia, en donde algunos se han quedado, desde hace aproximadamente siete siglos. Hay en Italia una atracción especial para los escultores: en Italia es mucho más fácil encontrar un auxiliar adiestrado para el estudio que en cualquier otra parte y en cualquier parte de la península se pueden encontrar fundiciones que se especializan en colar el bronce, la mayoría operadas por miembros de familias que han estado en el negocio durante muchas generaciones.

Como todos los escultores extranjeros que están en Italia, Hebald saca provecho de tales ventajas. Y, también como ellos, goza sobremanera de la calidad de la vida italiana, de la vida pública en las calles, en las plazas y en los mercados, de la vida privada en los palacios y en los apartamientos. Su goce se refleja en muchas de las pequeñas esculturas que ha hecho, por ejemplo, de mujeres que ha visto en las calles del Trastevere, o en el maravilloso *Ratto d'Italia,* concepción cargada de alusiones históricas y artísticas —las series de "violaciones" de Júpiter en la pintura clásica y, por supuesto, el rapto de las sabinas que dio vida a Roma— pero que, para los ojos y oídos de Hebald, representa una joven pareja romana sobre la forma de la ubicua e inicua motoneta *Lambretta,* que fue el primer vehículo que llevó la edad de los motores a toda Italia y arruinó o "violó" muchas de las cualidades del país.

Pero, además de todas esas cualidades de la vida de Roma, Hebald descubrió una especial. Roma, aun cuando en la historia es el centro del más grande de los antiguos imperios, del papado medieval y del florecimiento final del Renacimiento, es en forma aún más enfática, la ciudad del barroco, ese estilo lleno de adornos y a veces llamativo que dominó el arte y la arquitectura entre los siglos XVI y XVIII. Durante ese período más o menos idéntico a la Contra-Reforma de la Iglesia Romana, Roma adquirió gran parte, quizás la mayoría, de la apariencia que aún conserva la

Ratto d'Italia

ciudad. Se diseñaron o terminaron las principales plazas e iglesias, se construyeron palacios y oficinas, se construyeron puentes a través del Tíber, o se volvieron a construir. Se colocaron series de estatuas monumentales a lo largo de las fachadas o como grupos separados como centro de atracción de plazas y escalinatas públicas. También en aquella época, las fuentes de Roma dieron, por fin, a los antiguos acueductos su expresión artística definitiva.

Bernini y el Barroco

El maestro supremo de aquel período fue Bernini y es a él a quien Hebald, extranjero llegado siglos después, se ha mantenido siempre fiel.

Claro está que hay diferencias. El barroco de Bernini fue la última y abrumadora expresión de la voluntad de poderío del pontificado del siglo XVII. Este esfuerzo terminó en gran parte en un fracaso. Europa permaneció dividida de conformidad con los lineamientos católicos y protestantes trazados antes del comienzo de la Contra-Reforma y su expresión artística en el barroco. El mismo pontificado, agotado por aquella lucha inútil, declinó y degeneró hasta un grado tal que Pío VII, durante un breve período, fue, a los ojos de Europa, el capellán de Napoleón, y aún más al grado que Pío IX presidió la entrega de la propia ciudad al reino de Italia reciente y unido.

Pero la arquitectura, la planificación de la ciudad y la escultura pública perduran mucho tiempo después que ha cambiado y desaparecido el impulso político que las ordenó. La Roma de Bernini sigue siendo suya en forma brillante, siglos después de que los grandes personajes que le dieron empleo han pasado al olvido. En esa Roma barroca, Hebald encontró un nuevo lenguaje escultural que se podía apropiar.

Además de las evidentes diferencias de personalidad y situación histórica, Hebald trasladó a la franqueza, la ingeniosidad y jovialidad de las formas barrocas cierto tipo de humor norteamericano autocrítico desconocido para Bernini. Gran parte del dinamismo y del vigor de la escultura de Hebald se deriva de la contradicción de las formas barrocas altamente estilizadas que adora y de la informalidad norteamericana, que es una herencia de la que no puede escapar. En el arte tanto como en la vida, la contradicción puede tener un efecto paralizador, pero el artista capaz de mantener en un equilibrio viable los términos opuestos de una contradicción filosófica puede alcanzar resultados que no podría lograr de ninguna otra manera, lo que puede ser la razón de que las cacareadas "contradicciones internas" de la democracia occidental, vistas a través del análisis dialéctico, no hayan llevado dichas naciones al fracaso.

En todas partes son evidentes los ejemplos de los elementos contradictorios en la escultura de Hebald. Véase *Cancán,* una de sus obras principales, esculturas de tamaño natural de un grupo de cinco chicas que bailan. Los elementos barrocos son bastante claros: Hebald utiliza los diez brazos y las diez piernas como arcos que encierran espacios, con otros

Cancán

espacios que aparecen entre los torsos de las jóvenes que están de pie, levantan los pies y giran sobre ellos. No hay nada que se parezca a la rígida simetría del cancán tal como aparece en las pinturas de Toulouse-Lautrec o la música de Offenbach. Las jóvenes actúan bastante independientemente, y se mantienen unidas por el ritmo de la danza más bien que por sus pasos y figuras memorizados y ensayados. Por ejemplo, las dos chicas de la izquierda se sostienen sobre la pierna izquierda a la vez que alzan la derecha formando un arco en el aire. Las dos que siguen en la línea, invierten dicha relación, mientras la de la derecha adopta la misma posición que las dos de la izquierda, pero presentando un ángulo diferente hacia el centro. Las cinco ofrecen variaciones altamente individuales del paso que ejecutan y vuelven la cabeza hacia un lado y otro, con el resultado de que las figuras crean innumerables variaciones del tema de espacios abiertos y cerrados, de esferas y semiesferas de distintos tamaños, de brazos y piernas que forman arcos en el espacio, y todo ello presidido por rostros sonrientes y de buen humor.

Unos dos años antes, en 1967, otra de sus esculturas con figuras múltiples, *Frug Groups,* en una escala mucho más chica de pulgadas para las figuras más altas, producía el mismo deleite con arcos y espacios abiertos. Como es usual en las figuras más chicas de Hebald, los detalles se desvanecen en las formas. Pero las evoluciones y los gestos de la danza de los años 60 están trasladados sin sombra de duda en un sistema barroco de formas y espacio y se les ha infundido mayor énfasis gracias a que las figuras, a diferencia de las de *Cancán,* son todas independientes y se pueden disponer de acuerdo con la imaginación del espectador. De cual-

quier manera que se las disponga, las relaciones resultan viables, agradables, humorísticas e innegablemente barrocas.

Homenaje a James Joyce

La notable capacidad de Hebald para combinar el pasado heroico con el presente plebeyo se elevó a su máxima altura en su obra sobre la gran novela de James Joyce, *Ulises.* Las personas cuya lengua materna no es el inglés tienen ideas muy limitadas acerca de la importancia de Joyce para el desarrollo del idioma en este siglo. No es extravagante comparar lo que hizo Joyce y la influencia que ha ejercido con los logros y el efecto de Dante sobre el italiano. Desde que Chaucer escribió los *Canterbury Tales* en el siglo XIV, no ha habido otro autor en inglés que manejase el idioma con manos amorosas pero independientes para imprimirle tan profunda expansión de sus posibilidades.

Hebald siempre ha tenido gran afinidad con la literatura. Quizá por haber abandonado la escuela antes de graduarse, para entregarse a lo que sabía que sería su vida en la escultura, se ha entregado a la literatura mundial al igual que a la música. Según dice, siempre tiene música en la cabeza mientras trabaja, y dos de sus compositores favoritos son Debussy y Bach. De igual manera, ha leído con amplitud y profundidad la literatura clásica y contemporánea y, de manera típica, sus excelentes bustos son más a menudo de novelistas, poetas y críticos que de sus compañeros escultores o pintores. Ha hecho cabezas en bronce del novelista italiano Alberto Moravia, del poeta norteamericano Archibald MacLeish, y de una veintena de personajes literarios y de su familia. Hebald no es un escultor retratista; hace bustos en bronce sólo sobre pedido y solamente si tiene alguna afinidad con el sujeto. Es significativo que la mayoría de los sujetos de sus retratos haya sido literatos.

James Joyce

Indudablemente el tema más conocido de su amplia serie de esculturas relacionadas con Joyce es el propio Joyce. El novelista había sido enterrado en el campo de alfareros de un cementerio de Zurich. Su cadáver estaba a punto de ser exhumado hasta de tan modesto refugio —las costumbres de Suiza requieren que esto se efectúe cada 25 años— cuando, en 1963, lo su-

pieron Hebald y su agente, Lee Nordness de Nueva York. Contribuyeron juntos para ofrecer la magnífica figura sentada de Joyce, de tamaño natural, que ahora distingue la sepultura permanente del escritor en Zurich. La figura al punto alcanzó fama mundial gracias a una maravillosa fotografía tomada por Horst Tappe, en que aparece Joyce en bronce, sentado, en pleno vigor, eterno, inclinado a un lado (habiendo dejado el libro que lee) hacia la frágil figura del ya anciano Ezra Pound en una visita piadosa y de antigua amistad.

La Joven Molly

Pero esa figura conmemorativa es apenas el remate de una extensa e ininterrumpida serie de esculturas que Hebald ha hecho en relación con Joyce. Así como Rodin dedicó gran cantidad de años, energía y reflexión para crear en bronce las figuras del Infierno de Dante, así también Hebald se ha dedicado con la misma entrega a la creación en bronce de las figuras del Dublín de Joyce, las que, a su vez, representan la interpretación y homenaje del novelista irlandés para el padre de la poesía del mundo occidental: Homero.

Al igual que Joyce, Hebald incursiona por el Dublín de principios de siglo, tomando sus títulos de Homero... si bien es cierto que el título principal de Joyce, el de la propia novela, ha sido tomado de las adaptaciones romanas de *La Odisea,* lo que constituye en sí una interesante prueba de que el novelista, al igual que el escultor posterior, se sentía implicado en la traducción. La obra *Sirenas* representa una pareja de damas de la noche de Dublín que entretienen a Leopold Bloom, el Ulises de Joyce, en su regreso a casa, donde lo espera su esposa Molly —o Penélope— quien es en sí sujeto de varias de las principales obras de la serie, la más seductora de las cuales es *Molly Durmiendo,* que parece tomada del final mismo de la novela, cuando la soñolienta Molly rememora su apasionado romance de la adolescencia —"Me interrogó con los ojos, Sí, y con las manos, Sí, y Sí, y contesté Sí, quiero, Sí".

Pasado y Presente

Hay también grupos de figuras tomadas del día entero que abarca la novela: Bloom mientras se inclina para dar al gato un platillo con leche en *Calypso,* una escena en un burdel de *Circe,* látigo en mano, monta-

da en la figura sumisa de Bloom-Ulises, la forma aterradora y ciega del *Cíclope*. En los detalles y en el trazo general, la recreación de Hebald de la recreación de Joyce de la recreación romana de Homero constituye un milagro en la relación entre esas figuras recientes con sus arquetipos eternos. Como en Joyce, la gloria y la desesperanza del pasado eterno se encuentran mezcladas en forma inextricable con lo efímero, fugaz y cómico del reciente presente.

Hoy, cuando tiene ya más de cincuenta años, Hebald ha dejado atrás una fructífera carrera, un *record* de ejecuciones, una promesa de futuros logros que habrán de profundizar y ampliar sus relaciones contradictorias entre lo casual, la informalidad y el humor norteamericanos, con la jovialidad solemne, y hasta sonora, del barroco romano.

El arte norteamericano de nuestros tiempos, al igual que gran parte del arte europeo, se ha visto envuelto en una inquieta y finalmente imposible búsqueda en pos de la originalidad en todo momento y a toda costa. En contraste con dicho objetivo, a muchos artistas y observadores les ha parecido que no queda más que el objetivo opuesto, es decir la interminable y estéril imitación del pasado, de lo que en forma denigrante se llama "académico". Milton Hebald ha señalado el camino, no tanto para librarse de esos peligros opuestos —al igual que Ulises trazando el camino entre Escila y Caribdis— como para tomar de cada uno lo que puede ser útil para su arte y combinarlo con inspiraciones originales, técnicas originales, con la obra totalmente original que introduce una nueva perspectiva del arte y de la vida en la escultura norteamericana.

¿ES "UTIL" LA EDUCACION SUPERIOR?

Por Adolph Lowe

Lo que es "inútil" de la universidad no es tanto su tendencia a separar lo académico del activismo político sino su anticuada forma de considerar a la sociedad como algo relativamente estático, dice el autor. Opina que como el hombre gobierna y transforma la sociedad en muy alto grado, los científicos sociales necesitan nuevas técnicas para estudiar la relación entre medios y fines. El artículo del Profesor Lowe es un resumen del que presentara durante un seminario en la Universidad de Columbia sobre "La Naturaleza del Hombre", y fue tomado de la revista trimestral *Social Research.*

Adolph Lowe ha sido profesor de economía en universidades de Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Es miembro de la facultad de estudios para graduados de la Nueva Escuela de Investigación Social de Nueva York y anteriormente fue director de investigaciones del Instituto de Asuntos Mundiales. Entre sus libros se cuentan *Economics and Sociology* (La Economía y la Sociología), *The Universities in Transformation* (Las Universidades en Transformación), *On Economic Knowledge* (Acerca del Conocimiento Económico) y *The Economic Theory of Growth* (La Teoría Económica del Crecimiento), que se proyecta publicar en 1973.

En todos los países, ciertamente en el nuestro, oímos a los estudiantes tachar de "inútil" el trabajo académico. Con esto quieren decir que en lugar de enfrentarse a los urgentes problemas actuales —el racismo, el imperialismo, la pobreza— sus profesores de ciencias sociales se dedican a las esotéricas tareas de construir modelos y cosas por el estilo, refugiándose en ejercicios teóricos cuando la época demanda que entren en la arena de la práctica. En una palabra, cuando los estudiantes califican de inútiles las labores académicas, atacan por un lado su *abstracción* y por el otro su *lejanía de la acción.*

Quizá haya cierta verdad en estos reproches. Podría decirse que a la mente académica le atrae abstraer detalles, y que en el carácter del erudito hay un elemento que con frecuencia le impide traducir sus creencias en actos políticos. Empero, me gustaría subrayar que estas críticas de la universidad no tocan lo que en última instancia yo consideraría la cuestión de su "utilidad".

© 1971 por the New School for Social Research.

De hecho, al poner en duda el valor de la naturaleza abstracta y distante de la acción del trabajo académico y de la vida universitaria, antes que esclarecer, los estudiantes han hecho más confuso el asunto. Todo progreso intelectual es, por su naturaleza, un esfuerzo de abstracción. La vida en la universidad depende a fin de cuentas de la existencia de una isla de aislamiento, lejos de los continentes políticos. Déjese a los miembros de la universidad dedicar su energía mental a problemas de importancia inmediata, así como a asuntos más recónditos y, por favor, permítaseles cruzar el puente que los llevará a participar como ciudadanos en la actividad política del continente, pero no se ponga en duda el valor de la abstracción y la isla. No está allí el problema.

Todo esto se ha dicho muchas veces. Si lo repito aquí es porque la evidente falta de consideración de estas simples verdades de parte de estudiantes que protestan, nos tienta fácilmente a desoír sus quejas. Sin embargo, en mi opinión hacerlo sería un gran error. Aun si al descargar su enojo los estudiantes se equivocan de objetivo, sus protestas tienen cierta legitimidad. Algo anda mal en la universidad, o quizá debiera decir que, mirando el asunto desde un punto completamente diferente del de los estudiantes, convengo con ellos en que las ciencias sociales, como se enseñan actualmente, no tienen gran utilidad y que la renuencia de la universidad a dedicarse a asuntos prácticos cada vez contraría más su genuino deber. Trataré ahora de explicar en qué se funda mi preocupación.

Fin del Fatalismo Social

Debo empezar por aclarar lo que quiero decir con educación superior "útil", especialmente en lo que respecta a las ciencias sociales. Mi definición es simple: uso el término para describir todo tipo de enseñanza o de investigación que ayude tanto al estudiante como al profesor a comprender mejor la naturaleza de la realidad social que nos rodea. Por supuesto, debemos comprender también el pasado del que nos derivamos y el futuro hacia el que creemos avanzar, y en ese espectro de pasado a futuro, la enseñanza y la investigación, desde luego, también deben tomar en cuenta los métodos con que tratamos de dominar los problemas del momento.

Es la aplicación de esta norma lo que me hace dudar de la utilidad de la mayor parte de las labores académicas contemporáneas. Esta duda no surge de las obvias limitaciones de nuestros logros o de la multitud de cuestiones por resolver que hay a nuestro derredor. El problema es aún más profundo. Lo que considero cada vez más inútil es el marco de referencia tradicional que utilizamos, porque la realidad social a la que aplicamos nuestros métodos de investigación y nuestra facultad de explicar para instruir cambia rápidamente. Por decirlo de otra manera, me inquieta la transformación del objeto de nuestras investigaciones, transformación que no sólo es de profunda importancia en sí misma, sino que también

invalida la forma tradicional de estudio con la cual hemos tratado de comprender y explicar el mundo social.

Este cambio en la naturaleza de la realidad social puede describirse tanto en lo subjetivo como en lo objetivo. Objetivamente, es el cambio de un mundo social en que las cosas simplemente "sucedían" a otro en el que cada vez más se "hace" que las cosas sucedan. Se podría decir que este cambio es un alejamiento de los procesos sociales impersonales y anónimos a sucesos de "ingeniería social" cada vez más organizados. Subjetivamente, yo describiría este cambio con la frase "el fin del fatalismo social". Con ello quiero decir la rápida desaparición de un estado mental que prevalecía cuando yo era joven, de que los procesos sociales eran el resultado de fuerzas impersonales o "leyes" que podían observarse e interpretarse, *pero no alterarse.* Hoy día, se cree cada vez más que la realidad social y su evolución están bajo nuestro control, por muy pobremente que lo usemos. Por tanto, en lugar del fatalismo, lo que se observa por doquier es un estado mental orientado hacia la *intervención.*

Abundan los ejemplos de la transformación del "objeto de estudio" de la ciencia social. Permítaseme mencionar dos casos. En el reino de la biología humana se encuentra quizá el caso más espectacular del cambio de un mundo de procesos a uno de sucesos regulados. Ya avanzado el siglo XIX, las leyes biológicas gobernaban aún las tasas de nacimientos, y los jinetes maltusianos —la guerra, el hambre y la peste—, las tasas de muertes. De ahí que en todo el mundo se considerara al crecimiento de la población como un "parámetro" acerca del cual podían hacerse interesantes observaciones, pero sobre el cual tenía poca o ninguna influencia el hombre. Actualmente, por el contrario, el problema del control de la población ocupa uno de los primeros lugares en las listas de todos los gobiernos nacionales. Ciertamente aún es un asunto extremadamente difícil de traducir a la acción, pero no cabe duda que tanto las técnicas para regular las tasas de nacimiento como (en menor grado) las tasas de muertes, y la voluntad de hacerlo han transformado radicalmente la naturaleza objetiva y subjetiva de este crítico aspecto de la realidad social.

Las Técnicas del Control

Hablaré ahora de lo que respecta a mi propio campo, el económico. La generación actual difícilmente puede imaginar que hace apenas unos años en general se daba por sentado que todas las sociedades industriales (con la posible excepción de los sistemas socialistas, de los cuales sólo había uno) estaban inalterablemente sujetas a un ritmo de auge y depresión al que no podía oponerse ningún control efectivo. Como el hombre se resignaba al tamaño de la familia y a la duración de la vida que los dioses le imponían, también se resignaba a los "buenos" o "malos" tiempos que un destino igualmente inescrutable deparaba. Hoy día todo mundo sabe que existen técnicas para reparar el mal funcionamiento económico, y espera que se apliquen.

No puedo dar aquí una lista completa de progresos similares en otros campos. Voy a referirme brevemente a unos cuantos. Empezando por el nivel biológico, hemos llegado a la era del control genético. En el nivel psicológico, hemos penetrado hasta las esferas del inconsciente y manipulamos la mente con técnicas químicas y electrónicas. Las técnicas parecidas con que se influye sobre la opinión pública afectan profundamente los procesos del gobierno, tanto en los países democráticos como en los totalitarios. Las nuevas formas de instrucción ofrecen la posibilidad de una socialización planeada del individuo y bajo todos esos cambios se encuentra la fuerza más grande de todas, la expansión progresiva que expone al pensamiento racional mucho de lo que antes se consideraba místico y que ha introducido la curiosidad impaciente donde antes había resignación.

Un Salto Cuántico

Por supuesto, me doy buena cuenta de que ese proceso de transformación se inició hace mucho tiempo, pero pocos podrían negar que en este siglo ha dado un salto cuántico; por lo tanto, no es sorprendente que esta transformación de la realidad social que ha puesto fin al fatalismo social sea objeto de evaluaciones diametralmente opuestas. Para muchos, el precipitado avance del conocimiento y los controles que ese conocimiento crea, es la causa de la progresiva disolución de los vínculos sociales que nos han sostenido en el pasado y su resultado final sólo puede ser la autodestrucción ocasionada por una guerra atómica o una catástrofe ecológica, o como el castigo final, la locura del desequilibrio universal. Para otros, la misma proliferación del conocimiento es el principio de la largamente esperada emancipación del hombre del tiránico dominio de la cruenta naturaleza, de sus aún más cruentos amos humanos y de las deidades implacables.

No puede descartarse a la ligera ninguna de estas dos opiniones. Al contrario, son prueba de la "dialéctica" del presente estado de cosas, pues la transformación de la realidad social de la que hablo puede, sin lugar a dudas, avanzar en diferentes direcciones. Los enormes progresos de la ciencia ofrecen, simultáneamente, posibilidades de destrucción y mejoramiento en masa. De la misma manera, los avances lentos, pero de todas formas vastos, en el campo del control social, llevan en sí posibilidades tanto de regimentación como de liberación.

No necesito insistir en esta gran controversia de nuestro tiempo. El punto focal se encuentra en otra parte. Para bien o para mal, no nos queda sino enfrentarnos a lo que nos traiga la nueva era. Hemos comido del árbol del conocimiento y ahora sus frutos nos alimentarán o envenenarán. Lo que era incomprensible ahora se entiende, o cuando menos parece comprensible. Cada vez en mayor grado, lo que antes "sucedía" ahora se hace suceder, o se evita que suceda. Frente al tremendo crecimiento de la capacidad humana no hay posibilidad de dar marcha atrás. Aun el no hacer

nada o impedir el mayor progreso de nuestro potencial sería un acto de intervención tan grande como la máxima explotación de nuestras recién halladas capacidades. El cambio que marca al "objeto de las investigaciones" de las ciencias sociales es irreversible y las cuestiones que presenta son el verdadero criterio con el cual debemos juzgar su "utilidad" actual.

Si se obliga a la decisión humana a reemplazar al destino, se ponen en relieve dos problemas. Primero, sobre *qué bases del conocimiento* vamos a decidir qué intervenciones hacer, y, segundo, *según qué criterio* vamos a guiarnos al decidir entre varias alternativas de intervención.

Hablaré primero de los campos del conocimiento que informarán nuestra acción. La opinión más generalizada es que las respuestas a las nuevas cuestiones se encuentran esencialmente en los campos de la ciencia y la tecnología. Después de todo, fue allí donde se originaron los poderes que ahora dominamos. Esta consideración me parece peligrosamente equivocada. Creo que en última instancia los problemas que tenemos enfrente no son ni científicos ni tecnológicos sino *sociales, políticos y culturales.*

El Ejemplo de la Ecología

Para ilustrar lo que quiero decir voy a hablar un momento del tema del día: la crisis ecológica que nos amenaza. Los principales problemas ecológicos de nuestros tiempos son tres: la explosión demográfica, el progresivo agotamiento de riquezas esenciales y el deterioro del ambiente, o en lenguaje popular, la "contaminación". Lo que quiero demostrar es que desde el punto de vista científico y tecnológico, todos los problemas básicos de la cuestión ecológica se han resuelto o están por resolverse. Como he mencionado antes, ya se conocen medios de regular el crecimiento de la población y en los laboratorios hay medios aún más efectivos. La química sintética da pasos gigantescos para substituir los escasos recursos de la naturaleza por productos artificiales, y las técnicas para la re-utilización de materiales añaden aún mayores posibilidades de economizar en los materiales necesarios para la vida económica. Además, difícilmente puede encontrarse algún tipo de contaminación, incluyendo la radiactiva, para el que no exista o no pueda imaginarse una solución tecnológica.

¿Qué es, entonces, lo que impide resolver la crisis ecológica, si los obstáculos no están en la ciencia ni en la tecnología? ¿Por qué nuestra renuencia a hacer en el presente los pequeños sacrificios que se requieren para asegurarnos un futuro mejor? En parte, la respuesta es que sabemos que el crecimiento económico, aunque desperdicie recursos y hasta llegue a ser ecológicamente destructivo, ha servido para aliviar las fricciones sociales y que cualquier baja de nuestro nivel de vida exacerbaría la lucha por los recursos que se enmascara o acalla cuando el consumo aumenta progresivamente.

Otra de las razones es que la crisis ecológica es gradual e insidiosa, y no rápida y espectacular; le falta el estímulo para liberarnos de la costumbre de sobreestimar el presente y subestimar el futuro, especialmente

cuando el sacrificio es inmediato y los resultados, si acaso, graduales. Una tercera razón es que nuestra crisis económica doméstica forma parte inextricable de una crisis ecológica global, y es extraordinariamente difícil pensar en ella supranacionalmente. En otras palabras, el horizonte de nuestra capacidad de preocupación es tan estrecho como nuestro horizonte temporal.

Pero si no podemos depender de la respuesta espontánea individual, ¿no podríamos hacerlo de los procesos políticos tradicionales mediante los cuales las democracias resuelven sus problemas comunales urgentes? Con esto tocaré una cuestión que quizás sea la más inquietante de todas. ¿Son compatibles nuestras instituciones políticas con los requisitos de la nueva era? Por ejemplo, ¿qué podría hacer un gobierno democrático frente a un electorado indiferente? Formulado para funcionar en un clima de conformidad básica de intereses, con sólo pequeños y lentos cambios, ¿cómo habrá de enfrentarse a crecientes crisis sobre la oposición de una mayoría silenciosa? ¿Debemos esperar a tener la catástrofe sobre nosotros y confiar en que el choque nos despierte?

Nuevas Estructuras de Autoridad

He hablado tan ampliamente sobre el problema ecológico porque ilustra dos aspectos de la transformación social que en la presente controversia no parecen percibirse. El primero es la costumbre de tratar como científicos y tecnológicos problemas que en realidad son culturales y sociales. La ecología es sólo un ejemplo. Otros son la carrera armamentista, el desarrollo económico, y la tendencia mundial a la centralización política y económica. Aunque originados por nuestras nuevas capacidades científicas y técnicas, estos problemas sólo podrán resolverse al nivel de la organización social, la dirección política y las normas culturales.

El segundo aspecto no reconocido del problema es que estas dificultades sólo podrán resolverse desde arriba, con un planeamiento y dirección de gran alcance. Es obvio que el control social tendrá que ir mucho más allá de los mecanismos espontáneos de la "democracia de participación". Un planeamiento y una dirección tales —de gran alcance y larga duración, como por fuerza deben ser— hacen necesarias nuevas estructuras de autoridad.

Pero, ¿en quién habrá de investirse tal autoridad? Es en este punto donde las opiniones "optimistas" y "pesimistas" acerca de la conquista del fatalismo difieren radicalmente. Al romper nuestras viejas cadenas, ¿nos dirigimos hacia la emancipación? Quien eso cree, anticipa los beneficios que una sensata administración de sus nuevas potencias traerá al hombre. Pero, pregunta el pesimista: ¿Somos capaces de tal sabiduría? Y además, ¿quién será el que nos dirija? ¿No será antes que un hombre una abstracción tras la que se esconda una élite de poderosos burócratas y expertos esotéricos para dominar a todos los otros hombres como antes lo hacían las fuerzas impersonales?

No es mi intención dedicarme aquí a discutir esos graves problemas, mucho menos proponerles soluciones. Sólo me interesa hacer a la gente darse cuenta de la verdadera naturaleza de los peligros y posibilidades que nos presenta una cambiante realidad social. Y es esto lo que me lleva de nuevo a mi tema de la utilidad. Porque, ¿me equivoco cuando digo que pocas de las cuestiones que he mencionado forman parte importante de los cursos académicos actuales? ¿Me equivoco cuando declaro que se presta muy poca atención a los cambios irreversibles que ocurren en el "objeto investigado", que se da muy poca importancia a los obstáculos políticos, sociales y culturales que impiden el remedio científico y tecnológico de problemas contemporáneos, que virtualmente no se ha dicho nada acerca de los nuevos imperativos de organización, autoridad y control que la naturaleza misma de los cambios nos impone? Son las descorazonadoras respuestas a estas preguntas las que me hacen decir que gran parte de la educación superior actual es inútil.

El Papel de la Universidad

El problema es qué hacer. Hay quienes creen que para enfrentarnos a los cambios se requiere una reestructuración fundamental de la universidad. Al darse cuenta de la importancia técnica y de las consecuencias políticas del nuevo orden social, urgirían a la universidad a retirarse de este ambiente de corrupción a fin de mantener su pureza.

Yo me declaro absolutamente contra esa opinión. Si hay una cosa clara es que el conocimiento de la nueva realidad y los medios para manejarla sólo pueden generarse dentro de la universidad. Cuanto más en serio tomemos el potencial conflicto entre la libertad y la autoridad, o la liberación y el aprisionamiento, tanto más firmemente debemos insistir en la preparación universitaria de los profesionales en cuyas manos estarán tanto la ciencia como el dominio político de ella. Sería un desastre si la universidad decidiera transformarse en una torre de marfil de la contemplación, y si la educación profesional fuera a relegarse a las escuelas de oficios. Nuestras mismas libertades pueden depender del nivel al que logremos imbuir en los funcionarios administrativos del futuro el espíritu humanista que sólo puede encontrarse en la universidad.

¿Sería entonces la solución mantener a la universidad como es y sólo añadir a su programa más materias "útiles"? Ciertamente, eso sería parte de la respuesta. Los estudiantes tienen razón, como dije antes, cuando nos atacan porque no enseñamos asuntos de importancia crítica. Para ilustrar este punto permítaseme preguntar cuántas universidades ofrecían cursos sobre derechos civiles *antes* del movimiento pro derechos civiles, o cursos de ecología *antes* del movimiento de los consumidores o cursos sobre discriminación sexual *antes* del movimiento de liberación femenina, o cursos sobre imperialismo *antes* de las explosiones en el Asia del Sudeste y la América del Sur. Hoy día, ¿cuántas ofrecen cursos sobre el vasto

espectro de técnicas del planeamiento económico, sobre los problemas sociales de la selección genética o la maquinaria de la manipulación política?

Pero mi recomendación final va más allá de la expansión de nuestro programa, ya que a la par de nuestra inquietud ante las repercusiones de la cambiante realidad social sentimos cierta renuencia a admitir la necesidad de una nueva forma de estudiar las ciencias sociales mismas. Empero, y aunque use una palabra que a pocos gusta, lo que se requiere para dar utilidad a las ciencias sociales es una nueva metodología capaz de trabajar con el cambiado marco de referencia que el mundo nos presenta como objeto de investigación, pues un universo social caracterizado por sus procesos regulados y dirigidos hacia algún objetivo determinado, simplemente no se presta al mismo método de investigación científica que un universo social en el que la volición centralizada tenía un papel de muy poca importancia.

Una Nueva Metodología

Por lo tanto, debemos reconocer que hay dos métodos científicos válidos y además, que no se enderezan a diferentes campos de la investigación —la naturaleza y la sociedad— sino a diferencias en la forma en que pueden tratarse los objetos de investigación para los que fueron creados.

El método hipotético-deductivo, ya se aplique a la naturaleza o a la sociedad, considera a un objeto de investigación como "dado", es decir, determinado desde el principio de una vez por todas. De la observación o especulación sobre el comportamiento de los elementos de este proceso impersonal, y de la generalización de sus observaciones, el científico deriva patrones de interdependencia entre los elementos, patrones que después resume en "leyes", el método final de explicación y predicción en las ciencias naturales. Voy a subrayar de nuevo que el método era tan bueno y válido para las ciencias sociales como para las ciencias naturales, mientras los elementos del proceso social pudieron considerarse como autónomos, independientes y fuera del control humano. Particularmente en el campo económico, mientras las fuerzas del medio ambiente impusieron a los actores económicos una actitud de fatalismo social, fue enteramente correcto considerar que el proceso económico era de un tipo similar al del movimiento de los objetos celestiales impelidos en sus caminos por fuerzas sobre las que no tenían ningún control.

Pero también se sigue de mi argumento que esta metodología no podía continuar dando buenos resultados —y de hecho, que el método mismo dejaba de ser válido— al cambiar los procesos en la forma que he descrito. La creciente riqueza, la acumulación de la tecnología, la intervención gubernamental y sobre todo la adquisición de mayores y más profundos conocimientos de la realidad social, han dado a los elementos que constituyen el sistema social una nueva "libertad", es decir, una capacidad de determinar por sí mismos cuáles serán sus patrones de comportamiento, sus reacciones a estímulos, y sus metas.

Tan alterada realidad objetiva exige un método de investigación modificado. Y resulta interesante que, sin mucho ruido (y sin completa conciencia de sus radicales consecuencias), de hecho, en años recientes ya ha podido notarse tal cambio. Bajo varios nombres como Programación, Investigación de Operaciones, Teoría de la Decisión y Análisis Instrumental, ha surgido una nueva orientación de la teoría económica, lo que también ha tenido paralelos, aunque menos evidentes, en el trabajo de sociólogos como Alvin Gouldner y algunos expertos en ciencias políticas. El factor común de todos estos esfuerzos es el reconocimiento más o menos explícito de que el patrón que actualmente rige cualquier sociedad no es el de la relación causa-efecto, sino el de la relación *medios y fines.*

Para describir brevemente el nuevo procedimiento, se podría decir que el método tradicional hipotético-deductivo trata de derivar un estado terminal no determinado del conocimiento del estado inicial y —el punto central— de las leyes del movimiento de las "partículas". En contraste, el método medios-fines además de observar el estado inicial estipula desde el principio un estado terminal, pero no presupone ningún conocimiento de las leyes del movimiento que habrán de ligar a los dos estados. Su objetivo es, más bien, establecer uno o dos caminos que aseguren el avance del sistema examinado hacia la meta estipulada.

El Problema del Criterio

Es fácil anticipar las objeciones que se pueden hacer a esta técnica. Dada la multiplicidad de variables interrelacionadas, los estrechos límites de experimentación y sobre todo, la espontaneidad de los actores humanos cada vez más "libres", la elección de caminos y de restricciones con las que se logrará el comportamiento adecuado forzosamente habrá de impartir a los hallazgos de la investigación social un nivel más bajo de probabilidad que el que puede hallarse en las ciencias sociales. Pero hay un obstáculo mucho más importante para el tratamiento científico de los nuevos problemas. Es la cuestión del criterio según el cual elegimos entre diferentes alternativas de acción. Como ya he indicado antes, por su naturaleza, una investigación social orientada hacia una meta, en una situación dada puede seguir más de un camino para llegar al objetivo estipulado, puede hallar más de un medio para alcanzar el fin deseado. Además, los objetivos que debemos alcanzar pueden estar en conflicto, pueden representar normas irreconciliables y sistemas de valores opuestos.

¿Cómo pueden justificarse científicamente las decisiones hechas en tales circunstancias?

En mi opinión, este grave problema tiene dos aspectos. Uno de ellos concierne a la naturaleza "científica" de la búsqueda de medios. Aquí el problema de los valores no entra en absoluto. Así como el ingeniero aconseja cómo combinar de una manera científica los elementos del mundo físico, ya sea que el producto final sea una bomba o una bicicleta, así

el experto en ciencias sociales puede describir con total objetividad (y exponerse igualmente a la falsificación por la prueba empírica) diferentes medios para alcanzar metas sociales determinadas. Todo lo que se le pide es que describa todas las posibilidades sin juzgar ninguna de ellas. (Debería subrayarse, empero, que las técnicas de establecer los medios, ya sea en la ingeniería física o en la social, difieren radicalmente de las que se utilizan para establecer causas en las ciencias físicas).

Pero hay otro aspecto de la cuestión que no puede resolverse tan fácilmente: el acto de establecer los objetivos, una dimensión del conocimiento sin paralelo en el conocimiento científico tradicional. Esto no quiere decir que la ciencia tradicional no haya dado forma concreta con gran habilidad a algunos juicios de valores que se expresan en actos como la elección de proyectos para investigaciones, o el camino que ha de seguir la ciencia. No obstante, es el filósofo de la ciencia, antes que el científico en su trabajo diario, quien se ha preocupado por estas desviaciones del ideal libre de valores.

Todo esto cambia radicalmente en una investigación con un objetivo determinado. En este caso, el científico social no puede evitar comprometerse en el proceso de tomar decisiones basadas en valores. Pero, ¿cómo decide qué criterio habrá de seguir al hacer su elección cuando la observación de la realidad sólo le muestra el conflicto de grupos sociales con aspiraciones en conflicto?

Una respuesta podría ser que el científico social es sólo el sirviente de una sociedad que mediante los mecanismos del proceso político debe reconciliar estos conflictos, estableciendo al mismo tiempo las normas para la investigación social. Esta pragmática solución podría servir en épocas de tranquilidad, pero decididamente no tendría ningún éxito en una era de transición como la nuestra, en que ni la opinión pública ni los órganos políticos conocen a fondo lo que la hora pide.

La Universidad y la Búsqueda de Valores

Así, el experto en ciencias científicas se vuelve a su misma comunidad para que ponga en claro sus valores. Pero, se pregunta, ¿tiene la educación superior alguna utilidad en la búsqueda de objetivos finales? Sería "idealismo" barato esperar que los miembros de la academia purificaran el clima moral pontificando en el salón de clases. Empero, creo que la universidad de nuestros días tiene el deber de entrar en la arena del conflicto de valores con dos papeles importantes, en realidad papeles tradicionales, pero que necesitan desempeñarse mucho mejor.

Primero, las diferencias en las afirmaciones de ideologías rivales imponen a la universidad la obligación de defenderse contra cualquier intento de transformarla en una iglesia, sometida a cualquier exclusivo sistema de valores.

Segundo, la tolerancia de todas las ideas intelectuales y morales no se opone al estudio intensivo del significado y función de valores y normas.

Para nuestra sorpresa, quizá hasta lleguemos a descubrir la existencia de una moralidad básica común en la que se fundan muchas creencias que aparentemente están en conflicto. A este respecto me gustaría recomendar la fascinante compilación de actitudes morales concordantes en la filosofía greco-romana, la ética judeo-cristiana y la sabiduría chino-hindú en *The Abolition of Man* (La Abolición del Hombre) de G. S. Lewis. Explorar el terreno de esa asombrosa congruencia me parece una tarea muy adecuada para la filosofía social de nuestros días.

Un Principio Guía

Pero cuando todo esto se ha dicho, ¿necesitamos en realidad —como expertos en ciencias sociales— estar completamente de acuerdo en una jerarquía de valores o en un sistema ético a fin de encontrar nuestra posición en la situación actual? ¿No hay, después de todo, un principio guía de una simplicidad tan completa que nos una fácilmente en nuestros estudios?

Aunque la dividan los antagonismos políticos y las diferencias materiales, la gente común de todo el mundo se relaciona entre sí y da una asombrosa estabilidad a los fastidiosos procesos que verdaderamente constituyen su vida diaria. Cuando se le pide que explique el sistema de valores en que se basa su comportamiento, un hombre cualquiera puede sentirse paralizado. Quizá al responder se disculpe con la trivial confesión de que, después de todo, hay que vivir.

Ahora, quizá su ingenua forma de recurrir al imperativo de conservación de la humanidad sirva de poco al debatir la estrategia de la radical transformación política y social. Pero no es tal estrategia la que ocupa el primer lugar en la lista para la acción colectiva. Ese lugar lo ocupan graves emergencias —militares, económicas, ecológicas— que verdaderamente ponen en peligro nuestra subsistencia. Como dije antes, quizá sólo una catástrofe nos despierte y nos haga ocuparnos de nuestras tareas inmediatas. Pero si el experto en ciencias sociales acepta la obligación de ayudar a evitar la catástrofe al buscar los medios adecuados para resolver nuestros problemas, no deberá preocuparse por la legitimidad moral de sus fines. Aun si intelectualmente debatimos, de corazón estamos de acuerdo. Quizá esto no sea suficiente para construir un sistema ético, pero basta para darnos la resolución de actuar, de la cual debe partir una útil educación superior.

LA NOVELA Y LA VISION POLITICA

Por Roger D. Spegele

Según el autor, algunas de las más reveladoras interpretaciones del comportamiento político moderno se hallan no en tratados formales sino en novelas de nuestra época como *1984,* de George Orwell, *Darkness at Noon* (Oscuridad al Medio Día) de Arthur Koestler, *All the King's Men* (Decepción) de Robert Penn Warren y *El Primer Círculo* de Alexandr Solzhenitsyn. El Profesor Spegele, catedrático de ciencias políticas de la Universidad Wesleyan en Middleton, Connecticut, examina estas y otras obras de imaginación literaria por su capacidad de ilustrar realidades sociales y políticas. Este artículo es una adaptación del más extenso ensayo aparecido en la revista *Social Research* en el número de primavera de 1971.

Por lo general, los expertos en ciencias políticas se olvidan de anotar a la novela entre las fuentes de la sabiduría política. Cierto que por lo común las novelas son desordenadas, subjetivas y particulares, en contraste con los sistemáticos tratados de la filosofía política clásica. Pero en mi opinión, y sin menospreciar el gran valor de la teoría política formal, los mejores novelistas "políticos" han enriquecido grandemente nuestro conocimiento de las ideas e impulsos que determinan el comportamiento político. El eminente filósofo político británico Isaiah Berlin ilustra bien este punto:

> A menos que lleguemos a comprender (mediante un esfuerzo de percepción imaginativa como la que el novelista posee en más alto grado que los expertos en lógica) qué nociones de la naturaleza humana (o falta de ellas) forman parte de . . . las perspectivas políticas, no podremos entender ni a nuestra sociedad ni a ninguna otra sociedad humana.

En las páginas siguientes me gustaría considerar cuatro usos de la novela para lograr una "percepción imaginativa" de la vida política y social. El primero es *crítico,* es decir, el examen analítico y generalmente realista de las pretensiones y prácticas de una sociedad. El segundo es *ético;* un esfuerzo por poner en claro los valores morales implícitos en ideas y formas de comportamiento particulares. El tercero es *terapéutico,* en el sentido fisiológico de lograr un más alto nivel de auto-conocimiento, y el

cuarto es *conceptual,* el uso de la novela en la construcción de un modelo hipotético del que forman parte algunas ideas generales sobre la sociedad y la política.

Entre estas categorías no hay divisiones definidas; varían, se sobreponen y se entremezclan. Pero no hay que disculparse si no se logra trazar fronteras exactas. Muchas cosas que decimos son vagas, inexactas o indefinidas y no por ello denotan ignorancia. Los conceptos de "bordes borrosos" pueden utilizarse; en ocasiones aún mejor que lo más exactos.

La Novela como Crítica

La crítica en la novela toma toda una variedad de formas. Puede exponer la crueldad e inhumanidad de una extendida institución social, como la esclavitud en *La Cabaña del Tío Tom* de Harriet Beecher Stowe; o una práctica reprobable dentro de una sociedad como el procesamiento insalubre de la carne en *La Selva* de Upton Sinclair. O puede hacer un inexorable análisis de la ideología de una sociedad entera como la obra del escritor soviético Alexandr I. Solzhenitsyn, cuya novela autobiográfica sobre un campo de trabajos forzados, *Un día en la Vida de Iván Denisovitch,* es el único de sus libros publicado hasta ahora en la Unión Soviética.

En *El Primer Círculo* de Solzhenitsyn, los internos de un campo "especial" de prisioneros de la postguerra llevan a cabo investigaciones científicas ordenadas por la policía federal del estado. Los prisioneros son mucho más afortunados que los de los campos de trabajos "ordinarios": tienen suficiente comida, no se les golpea ni condena a celdas solitarias; están, en palabras de Solzhenitsyn, en "el más alto, el mejor, el primer círculo del infierno". Sin embargo sigue siendo "infierno" porque se les obliga a trabajar en proyectos que de tener éxito acrecentarían aún más el poder del estado y disminuirían la libertad individual. En realidad, sus privilegios son sobornos que, se sobreentiende, perderán si no terminan los proyectos que se les han asignado. Pero la novela ataca a un mal más profundo que el soborno material: los esfuerzos del régimen por corromper la mente e inducir a los hombres a cometer y excusar actos inmorales, al identificar el progreso social con las demandas del estado. Para Solzhenitsyn, los crímenes del régimen no son simplemente el producto de las aberraciones de un cruel dictador; también son el resultado lógico de las ideas políticas que justifican la supresión de la conciencia individual en nombre de las inmutables "leyes de la historia".

El novelista que critica las ideas políticas fundamentales de una sociedad no es un propagandista. Antes bien, su tarea es demostrar cómo el funcionamiento de un sistema político afecta los conceptos que el individuo tiene de sí mismo y de su posición en la sociedad, y trazar conexiones detalladas entre el pensamiento y la acción.

Porque se da cuenta de la complejidad de las relaciones públicas y privadas, el novelista político generalmente se guarda de tratar de deducir

el conocimiento de la conducta humana de un conjunto de doctrinas abstractas. En la novela *Pan y Vino* de Ignazio Silone, por ejemplo, un dirigente revolucionario regresa a la Italia fascista después de 15 años de exilio y descubre que los viejos lemas políticos ya no tienen ningún significado para los campesinos de su región natal. Llega a creer que la forma en que uno vive es más importante que las ideas que uno profesa. De igual manera, el personaje principal de la novela *Under Western Eyes,* de Joseph Conrad, descubre también que tras la radical y elevada ideología de los revolucionarios se esconde la corrupción del poder y el desprecio del individuo. En *La Peste,* de Albert Camus, el Dr. Rieux lucha contra la enfermedad porque hace sufrir al hombre. No trata de hallar o imponer un significado abstracto a la vida humana, basta con aliviar los sufrimientos del hombre.

Acciones e Ideas

¿Por qué es importante la crítica del novelista de las ideas abstractas? Quizá porque el hombre tiene la tendencia de buscar principios fundamentales sin los que no cree tener esperanzas de conducirse de manera racional y de determinar sus propias acciones. Nos inclinamos a buscar la piedra filosofal que nos dé la clave de los misterios del universo o algún principio fundamental que nos salve del escepticismo paralizador. Por otro lado, el novelista nos recuerda una y otra vez que hay maneras alternativas de observar al mundo, que constantemente reordenamos nuestras suposiciones sobre la apariencia y la realidad y que podemos criticar objetivamente al hombre y a la sociedad sin adoptar un sistema de ideas preciso. Los novelistas nos recuerdan que no nos hacen falta doctrinas generales o universales para vivir racional y provechosamente.

Lo que necesitamos, lo que de hecho nos es indispensable es dar su verdadero valor a las explicaciones sensatas de los actos o el comporta-

Alexandr Solzhenitsyn

Albert Camus

Arthur Koestler

miento humanos. El novelista nos invita a considerar la legitimidad de lo particular, lo concreto y lo *ad hoc*. Como dijera el filósofo Gilbert Ryle, los novelistas explican los "motivos, pensamientos, perturbaciones y hábitos del individuo mediante la descripción de sus muecas, sus gestos, los tonos de su voz". Esa concentración del novelista en las acciones y pensamientos del individuo y en las normas de la sociedad anima a sus lectores a poner en tela de juicio la autoridad y fuerza de las ideas remotas. Nos permite resistir la atracción del pensamiento ideológico al impedir que una determinada descripción o conjunto de ideas llegue a volverse incuestionable ortodoxia. En medio de ideas abstractas, el novelista reafirma el carácter práctico de nuestras vidas diarias.

La Novela como Etica

Los científicos sociales han comenzado a aceptar que para comprender el comportamiento humano es necesario tomar en serio a la ética (las ideas que la gente tiene sobre lo bueno, lo malo, lo moral y lo inmoral). Pero hasta ahora los conceptos éticos no se han examinado científicamente. Por otra parte, algunas de las más perceptivas exploraciones de cuestiones éticas pueden hallarse en novelas. Por ejemplo, en *Oscuridad al Medio Día,* Arthur Koestler muestra con ejemplos concretos lo que nos jugamos al aceptar una forma extrema de utilitarismo. El viejo bolchevique Ivanov, el Inquisidor dice a Rubashov, su prisionero:

> Sólo existen dos conceptos de la ética humana, y se encuentran en polos opuestos. Uno de ellos es cristiano y humanitario, declara sacrosanto al individuo y afirma que las reglas de la aritmética no son aplicables a las unidades humanas. El otro parte del principio básico de que el propósito colectivo justifica todos los medios, y no sólo permite sino exige que en toda forma el individuo se subordine y sacrifique a la comunidad, que puede disponer de él como conejillo de indias o cordero pascual.

Huelga decir cuál concepto acepta Ivanov:

> Quiero decir esto: No podemos considerar al mundo como una especie de burdel metafísico para las emociones, ese es nuestro primer mandamiento. La simpatía, la conciencia, el disgusto, la desesperación, el arrepentimiento y la expiación son para nosotros perversiones repelentes.

Rubashov, por el contrario, condena este principio:

> Todos pensamos que se podría experimentar con la historia como se experimenta con la física. La diferencia está en que el experimento de la física puede repetirse mil veces; el de la historia se hace sólo una. Sólo una vez podemos mandar a Danton y a Saint-Just al cadalso...

En la novela es importante no sólo la discusión de las ideas; también su dramatización en el relato de la historia. El autor trata con ironía las posiciones de Ivanov y Rubashov. Ivanov, el utilitario extremo, va a la muerte sin hacer una confesión pública, aunque ello hubiera estado de

acuerdo con su creencia en la moralidad colectiva antes que individual, en tanto que Rubashov sirve al principio que él mismo rechaza, al participar en un juicio de "exhibición". Aprendemos entonces que para la moralidad no sólo es importante lo que el hombre dice sino también lo que hace. Comprendemos lo que significa la moralidad porque se nos muestra la reacción de un personaje a través de una serie de colisiones, enredos y dificultades en su mayoría impredecibles. Vemos cómo la gente reacciona ante los cambios que afectan sus alternativas morales. Como lectores que tenemos que tomar nuestras propias decisiones morales, nos vemos forzados a juzgar qué conjunto de reglas morales se aplica a nuestra propia situación.

La literatura ayuda a mostrarnos cómo reaccionan en situaciones particulares los individuos con obligaciones y deberes en conflicto. Nos ayuda a determinar las reglas de nuestra propia vida o nuestro código personal de manera que podamos elegir entre diferentes cursos de acción. Al elaborar tal código contamos no sólo con nuestra limitada experiencia sino con la de los individuos imaginarios que llenan las páginas de la literatura, y no es irrazonable suponer que nuestras propias reflexiones sobre tales experiencias nos capacitarán para enfrentarnos mejor a los dilemas morales que no llegamos a prever. Agudizarán nuestro sentido de lo posible y nos harán darnos cuenta de las consecuencias no premeditadas de la elección política y moral.

La Novela como Terapia

Huelga decir que el concepto de la ficción como terapia no es una idea nueva. Se le halla en la "catarsis" de Aristóteles, donde la fuerza del drama trágico purga y libera las emociones del espectador. No obstante, la terapia a la que me refiero tiene el más amplio sentido del autoconocimiento. Es la diferencia entre lo que al principio Freud consideraba terapia psicoanalítica como catarsis emocional y su subsecuente teoría de que la terapia requiere que el paciente reconstruya memorias reprimidas u olvidadas. En otras palabras, el objeto de la terapia es "hacer salir algo".

El psiquiatra norteamericano Harry Stack Sullivan describió la idea de la terapia como auto-conocimiento al hablar del analista que descubre en el sujeto del análisis, el paciente o el cliente "*patrones de vida característicos* que considera particularmente perturbadores o especialmente valiosos, y revela de cuáles espera derivar *beneficios*". En este sentido, la terapia es un esfuerzo por colocar los hechos familiares en patrones antes no reconocidos, por promover un conocimiento más profundo del propio ser. Es lo que Wittgenstein considerara como la tarea de la filosofía, donde "los problemas se resuelven no mediante nueva información sino mediante el arreglo de lo que siempre se ha sabido".

Yo afirmo que un importante método para curar los males de la filosofía política y para lograr el auto-conocimiento es prestar atención a lo

profundamente serio en nuestras mejores novelas. Si como se ha dicho a menudo un problema central de la vida política es la inconmensurabilidad del principio y la necesidad política —la incapacidad de juzgar ideales y actos con las mismas normas— los literatos pueden ayudar a eliminar el problema. Considérese, por ejemplo, *Decepción,* de Robert Penn Warren, donde se dramatiza la tensión entre el "hombre de ideas" (Adam Stanton, un físico idealista) y el "hombre de hechos" (Willie Stark, un político pragmático y demagogo).

El Agente y el Hecho

Adam Stanton tiene elevados ideales de moralidad privada y pública que chocan con importantes dimensiones de la experiencia humana. Aunque lo único que quiere es "hacer el bien" su puro idealismo le lleva a asesinar al gobernador Stark, acto de violencia política tan subversivo del buen gobierno como la demagogia de su víctima.

Aunque al principio era un ingenuo idealista, Willie Stark tiene toda la habilidad política de un príncipe maquiavélico. Aunque también quiere "hacer el bien" cree que eso sólo puede "hacerse sobre la marcha". Sus ideas políticas subrayan "el precio" que hay que pagar para conseguir algunas cosas que se consideran deseables. El narrador resume su actitud:

> La teoría de los costos históricos, podría decirse. Todo cambio cuesta algo. Hay que deducir los costos de las ganancias. Quizá en nuestro estado el cambio sólo era posible en las condiciones en que ocurría, y de veras hacía falta. La teoría de la neutralidad moral de la historia, podría llamársele. El proceso como proceso no es ni moralmente bueno ni moralmente malo. Se pueden juzgar los resultados, pero no los procesos. El agente moralmente bueno puede llevar a cabo el acto malo; el agente moralmente malo puede llevar a cabo el acto bueno... Quizá sólo un genio pudo comprenderlo. Comprenderlo de verás. Quizá sólo un héroe pudo hacer algo al respecto.

En último análisis, tanto los conceptos políticos de Adam Stanton como los de Willie Stark —aunque captan importantes dimensiones de la vida política— son deformes y engañosos. Jack Burden, joven periodista que trabaja para Stark pero también admira a Stanton, lucha por descubrir qué posición es justa, y sus esfuerzos por lograr una comprensión más profunda forman la base intelectual de la novela. Su primera experiencia sobre la ambigüedad de los motivos políticos ocurre durante la investigación de un respetado juez. Burden no sólo descubre que el juez se dejaba sobornar, sino (lo que es más importante aún), que hasta las personas que sinceramente abrazan ideales y principios pueden caer en la corrupción; así, finalmente Burden llega a ver la política no como una simple cuestión de tener buenos principios o de calcular pérdidas y ganancias. Antes bien, acaba por considerarla una inestable tensión entre lo bueno y lo efectivo; una tensión que no puede resolverse porque el hombre, como criatura histórica, no puede trascender el tiempo. Para comprender la

política no basta el conocimiento de las realidades objetivas; también es necesario, como llega a reconocer Jack Burden, una clase más profunda de auto-conocimiento.

También el lector atento y reflexivo obtiene del libro cierto grado de auto-conocimiento. Al observar la lucha de los personajes, al "ver" los esfuerzos de Jack Burden por comprender la importancia de los acontecimientos de los que es testigo, se aclara, al menos en parte, su propia confusión. Se le ha movido a examinar y a poner en un orden más adecuado lo que siempre ha sabido. O, como dice Wittgenstein: "Lo que hay que aceptar, lo dado, es —podría decirse— formas de vida". Robert Penn Warren nos muestra la forma política de vida como una especie de auto-comprensión.

La Novela como Concepto

Entre las fuentes del comportamiento social y político se cuentan los conceptos e ideas generales que obligan al individuo a actuar de determinadas maneras. Entender los conceptos no es sólo cuestión de saber a qué se refieren las palabras (algunas palabras no se *refieren* a nada), sino de percibir las relaciones entre estas construcciones mentales y la realidad. Dicho de otra manera, existe una relación interna entre los conceptos y la conducta humana. En la vida política, los conceptos particularmente importantes —la libertad, la autoridad, la obligación— pueden definirse mediante la construcción de modelos de su uso. Cuando entendemos los modelos y las condiciones en que se aplican, legítimamente podemos decir que conocemos los usos de los conceptos y, por extensión, algo sobre la vida política y social. En la novela se presentan con frecuencia tales usos paradigmáticos de los conceptos políticos.

Un ejemplo fascinante de la novela como examen paradigmático es *1984,* de George Orwell. La acción de la novela transcurre en la hipotética sociedad de Oceanía, un estado de totalitarismo absoluto gobernado por el Partido mediante el control del pensamiento, la gran mentira y la histeria colectiva. El personaje principal, Winston Smith, es un común trabajador del Partido, quien con el apoyo de su novia Julia trata de conseguirse un poco de vida privada y de libertad. Tiempo después conoce a O'Brien, uno de los principales dirigentes del Partido, quien le asegura que una conspiración encabezada por un tal Mr. Goldstein llegará a derrocar al Partido y a su jefe, el Gran Hermano. La policía del pensamiento detiene a Smith, quien se da cuenta de que la famosa conjuración era un invento del Partido para atrapar a potenciales disidentes. Después de torturarlos y lavarles el cerebro, O'Brien devuelve a Winston Smith y a Julia a la sociedad, como verdaderos creyentes. En Oceanía no hay escape del completo totalitarismo.

Lo que hace tan penetrante a esta novela y lo que casi siempre escapa a quienes la discuten es la explicación de Orwell de dos conceptos centrales: el lenguaje y la libertad. Orwell hace una distinción entre Vieja-

lengua y Nuevalengua. Viejalengua es el inglés común de todos los días, que sin embargo es considerado "herético" y poco a poco habrá de ser reemplazado por Nuevalengua, el "lenguaje oficial de Oceanía". El concepto principal de Nuevalengua es el "doblepensamiento". Como lo describe Goldstein:

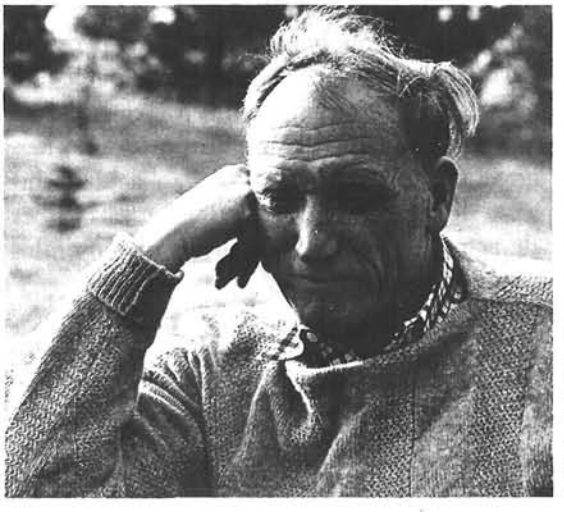
> Doblepensamiento es el poder de retener y aceptar dos creencias contradictorias simultáneamente... El proceso ha de ser consciente o no podría ponerse en práctica con la precisión necesaria, pero también tiene que ser inconsciente, o traería consigo un sentimiento de falsedad, y por tanto de culpa.

El Lenguaje y el Pensamiento

Se nos informa que "en el año *1984* aún no había quien usara Nuevalengua como único medio de comunicación hablada o escrita". La "mezcla" de estos dos lenguajes supuestamente está conectada con la imperfección del régimen totalitario, ya que aún se requieren la policía del pensamiento y las cámaras de tortura para obligar a obedecer a los "disidentes" como Winston Smith y Julia. Esas imperfecciones deben haberse remediado con la completa eliminación de Viejalengua hacia el año 2050. "El propósito de Nuevalengua era no sólo proporcionar un medio de expresión para la perspectiva mundial y los hábitos mentales aprobados, sino hacer imposible cualquier otra forma de pensamiento".

Según esta opinión, el pensamiento y el lenguaje están en tal forma conectados entre sí, que sin la existencia de ciertas palabras los conceptos asociados a ellas son inexpresables; literalmente, imposibles de pensar. Sin el lenguaje para conceptualizarla, la revuelta contra cualquier cosa, como reconoce O'Brien, es imposible. No se puede actuar de determinadas maneras cuando no se tiene un concepto mediante el cual sea posible articular el significado de la acción y tampoco puede haber concepto sin

Robert Penn Warren



George Orwell

el lenguaje apropiado. En la novela, el etimólogo Syme encabeza el departamento que destruye cientos de palabras al día. "Estamos pelando el lenguaje hasta los huesos", dice Syme a Smith. "Al final haremos imposibles los delitos de pensamiento, porque no habrá palabras con que expresarlos".

Smith tiene una opinión diferente y errónea del lenguaje. Cree que el lenguaje es exterior al mundo y que para comprender la realidad basta con imaginar lo que es descriptivamente cierto del mundo. Es como si el lenguaje estuviera amarrado con hilos entre la mente y el mundo. O'Brien, su inquisidor lo desengaña: "Te digo, Winston, que la realidad no es externa. La realidad existe en la mente humana y nada más".

En el "perfeccionado" régimen de Oceanía, el término "libertad" no tendrá aplicación posible, porque el concepto sólo puede tener aplicación donde exista la posibilidad de elegir y para ello también es necesario poder conocer las características de las posibles alternativas, y esto es precisamente lo que la imposición de Nuevalengua trata de hacer imposible.

1984 no es ni una predicción ni una profecía de lo que pasará sino una versión de lo que *podría* pasar si nuestro concepto de libertad, nuestra capacidad para considerar alternativas se limitara radicalmente. La misma capacidad del hombre para entender futuras alternativas que hoy día no conoce depende de lo que elija aquí y ahora en lo concerniente al lenguaje que ha heredado del pasado.

Una Perspectiva Diferente

Ha sido mi intención demostrar que la labor del novelista (aun el de más profunda conciencia "política") no es proponer teorías, descubrir hechos o pasar información. Antes bien, se dedica a la tarea todavía más importante de ayudar al lector a reflexionar sobre su mundo y sobre sus posibles mundos futuros y a interpretarlos y colocarlos en una perspectiva diferente, al recalcar algunos de sus aspectos. El mundo imaginativo del novelista no es ni una mentira ni una fantasía; es una invitación al lector a acrecentar su conciencia de los símbolos sociales y políticos que guían sus actividades diarias. Al estudiar lo que descubre el novelista, y también aquello en que se recrea, logramos ver con mayor claridad las posibilidades de la actividad humana, dentro de los límites de la necesidad política. Los mejores novelistas políticos nos ayudan a elevarnos por encima de las convenciones y dogmatismos que limitan nuestra libertad de pensar críticamente y de actuar según nuestros principios morales.

TECNOLOGIA Y POLITICA MUNDIAL

Por Eugene B. Skolnikoff

Las nuevas tecnologías, capaces de modificar nuestro medio ambiente físico, poner al alcance de la humanidad los recursos del mar y enviar satélites artificiales al espacio, hacen imperativo que los gobiernos y los hombres de ciencia ideen nuevas formas de control internacional. Además de apoyar su tesis con vivos ejemplos, el profesor Skolnikoff analiza algunas de las inferencias políticas de la tecnología mundial.

Eugene B. Skolnikoff, que funge actualmente como presidente del departamento de ciencias políticas del Instituto Tecnológico de Massachusetts, ostenta grados en economía, filosofía e ingeniería eléctrica. Fue consejero de los gobiernos de Eisenhower y Kennedy en asuntos científicos y de política exterior. Tiene particular interés en el efecto de la nueva tecnología sobre los países en desarrollo, y ha sido consultor, en ese terreno, de la Agencia de los EE.UU. para el Desarrollo Internacional. Es autor de *The International Imperatives of Technology* (Los Imperativos Internacionales de la Tecnología). Los temas que toca en el presente ensayo se encuentran desarrollados con mayor amplitud en su obra *Science, Technology, and American Foreign Policy* (La Ciencia, la Tecnología y la Política Exterior Norteamericana), así como en un artículo aparecido en la edición de junio de 1971 de *Technology Review.*

Con frecuencia cada vez mayor, aparecen nuevas tecnologías que exigen la participación o la cooperación de muchos países, o cuyos efectos no pueden restringirse al territorio de un país determinado. Tenemos muchos ejemplos de tales tecnologías de aplicación mundial; asimismo, se pueden anticipar con seguridad muchos otros casos. Uno de ellos, sumamente ilustrativo, es el de los satélites de comunicaciones y los artefactos espaciales para otros usos. Lo es también el probable desarrollo en un futuro cercano de métodos de control de los fenómenos meteorológicos, así como la ya promisoria tecnología de la detección y extracción de minerales del fondo del mar. Todos estos avances tecnológicos exigirán (o exigen ya) la colaboración y el control internacionales, para llevar sus beneficios a la humanidad.

Pero no son las nuevas tecnologías las únicas que tienen alcances internacionales. Los tienen también otras tecnologías bien conocidas, al aplicarse en mayor escala o intensidad. Un buen ejemplo de esto es la peli-

grosa acumulación de bióxido de carbono en la atmósfera, resultante de la combustión de sustancias fósiles, que puede llegar a alterar la temperatura de la superficie terrestre. Otro es el uso creciente de insecticidas y herbicidas potencialmente dañinos para las plantas, los peces y en última instancia el propio ser humano. Un tercer ejemplo es el acelerado avance de la tecnología pesquera, que implica la amenaza de agotamiento de los recursos alimentarios marinos.

La aplicación cada vez mayor de tecnologías cuyos efectos trascienden las fronteras nacionales tiene importantes consecuencias a largo plazo para la política exterior de todos los países del globo. Dichas consecuencias merecen, por lo tanto, un reconocimiento explícito y un concienzudo análisis.

Límites a los Actos Nacionales

Una de tales consecuencias es la constante disminución de la libertad que goza cada país para aplicar la ciencia y la tecnología a su conveniencia, en algunos casos hasta en su propio territorio. En su esencia, esta restricción es semejante a las limitaciones, mejor reconocidas, que sufren los países debido a la creciente interdependencia de las economías y sociedades nacionales. Empero, las restricciones a la aplicación de la tecnología introducen un elemento físico que da a la interdependencia una nueva e imponente dimensión. Este factor material hace más tangible la interdependencia y puede representar un poderoso medio de unificar a la opinión pública, ya que algunos de los efectos de alcance mundial de la tecnología pueden ser irreversibles.

A la pérdida gradual de la libertad de acción de las naciones se suma la exigencia de establecer órganos internacionales que administren la tecnología, regulen su aplicación en el mundo y se erijan en tribunales para ventilar las disputas. Así, la tecnología de aplicación mundial tiende a retirar la adopción de decisiones del nivel de los gobiernos nacionales, para concentrarla en mecanismos de índole internacional.

Por otra parte, también está creciendo el desequilibrio entre las exigencias de la tecnología y los recursos de las naciones. Hoy día, la mayoría de los países pequeños están imposibilitados para utilizar todas o muchas de las tecnologías modernas, debido a su escasez de medios. Las propias naciones ricas y poderosas de Europa Occidental ya encuentran imposible llevar a la práctica programas verdaderamente trascendentes en forma individual, en todos los nuevos campos importantes de la técnica. Incluso los Estados Unidos y la Unión Soviética tienen que hacer grandes esfuerzos para mantenerse a la cabeza en ciertos programas de gran envergadura.

Ya existen actualmente sociedades o consorcios de naciones, integrados para responder a los imperativos de la nueva tecnología. Por ejemplo, los miembros del Mercado Común realizan tareas conjuntas en materia de energía atómica; asimismo, un buen número de países europeos trabajan

unidos en programas espaciales. Indudablemente, esta tendencia a la acción conjunta se acelerará en el futuro, conforme vaya extendiéndose la convicción de que los esfuerzos en cooperación son indispensables para alcanzar los beneficios y afrontar los peligros inherentes a las nuevas tecnologías de alcances mundiales.

Por último, cabe hacer la observación de que los avances tecnológicos probablemente serán más espectaculares en los años venideros de lo que han sido en los últimos tiempos. Es casi seguro que en el futuro inmediato el hombre seguirá modificando su medio deliberadamente —y muchas veces también por accidente— a medida que la tecnología vaya dándole el poder necesario para realizar los "mejoramientos" que desea. Y estos "mejoramientos", si los emprende una sola nación, pueden hacerse sentir fuera de su territorio, lo cual no siempre merecerá la aprobación de los países vecinos.

Permítaseme citar ejemplos de avances tecnológicos ya logrados o próximos a lograrse, que tienen notables consecuencias internacionales.

Modificación del Tiempo y del Clima

El viejo anhelo humano de controlar el clima está abandonando por fin el reino de la fantasía. Los resultados obtenidos con el "cargado" experimental de nubes parecen indicar que se puede incrementar en un 5 a 20 por ciento la precipitación pluvial en una región. No se necesita una imaginación desbordada para prever los conflictos que seguramente surgirán entre países vecinos y aun dentro de cada uno de ellos por la distribución de las lluvias. Al correr el tiempo, el problema estará en el reparto equitativo del recurso natural limitado que será el agua contenida por las nubes.

En 10 ó 20 años más, muy probablemente el hombre habrá desarrollado ya medios de modificar las tormentas y tendrá posibilidades mucho mayores de alterar el curso de los ciclones del Atlántico y acaso de disolverlos. La capacidad de modificar grandes tormentas parece muy conveniente, por supuesto, dados los graves daños que ocasionan, pero plantea también varios problemas técnicos y de índole internacional. Por ejemplo, las tormentas tropicales que se originan en el Caribe constituyen una importante fuente de aprovisionamiento de agua para algunas zonas de los Estados Unidos y de la región caribeña; en consecuencia, la supresión de dichas tormentas tendría un alto precio. Y si se sospechara siquiera que la modificación (o sea la reducción de la fuerza) de una tormenta por medios artificiales había alterado también su *curso,* tal vez habría que hacer frente a demandas judiciales por daños o por privación de agua. Además, las actividades encaminadas a modificar los huracanes tendrían que realizarse en regiones internacionales y algunas veces sobre el territorio mismo de varias naciones.

La posibilidad de modificar artificialmente el clima en gran escala parece todavía demasiado lejana para someterla a planeación. Ya se vis-

lumbran, empero, audaces planes para fundir la masa helada del Artico, con el propósito de hacer más húmedas las dilatadas extensiones esteparias de Canadá y Siberia. Los científicos no concuerdan en cuanto a las consecuencias que traerá la remoción de una parte del casquete polar; algunos de ellos predicen que tendrá efectos catastróficos sobre el planeta. Es preciso darse cuenta de que tal vez alguna de las potencias tenga ya los recursos suficientes para emprender dicha tarea por sí sola (una de las formas que se han sugerido, la construcción de una presa en el Estrecho de Behring, tendría un costo semejante al de algunas grandes presas construidas en tierra firme). Más aún, los incentivos para hacerlo podrían ser enormes. ¿Y con qué órgano internacional cuenta el mundo para impedir la realización de un proyecto como éste?

No es remota la posibilidad de que la acelerada alteración de la superficie terrestre y la acumulación de toda clase de desperdicios en la atmósfera lleguen a modificar el clima del globo. En términos generales, el fenómeno más trascendente en cuanto al clima del planeta es la alteración del equilibrio de las radiaciones. Los conocimientos que se tienen al presente permiten colegir que el mundo bien puede estar en vísperas de una gran catástrofe; sin embargo, no se sabe a ciencia cierta lo que está sucediendo ni se conoce profundamente el medio ambiente. El punto crítico puede alcanzarse a fines del siglo actual o al menos estar a la vista para entonces.

Contaminación

Las necesidades y los desperdicios de la humanidad crecen en progresión geométrica. Se calcula que para 1985 la población mundial será aproximadamente de cinco mil millones de personas; se necesitará entonces un 40 por ciento más de alimentos, energía y explotación de los recursos naturales sólo para mantener al género humano en su actual situación económica, que es muy poco satisfactoria para una gran parte de sus integrantes. En realidad, tales exigencias crecerán aún mucho más debido al progreso económico de todos los países, que vendrá necesariamente acompañado de un fuerte incremento de la industrialización. Para cubrir tales necesidades, será preciso emplear enormes cantidades de fertilizantes e insecticidas, transportar y quemar mayores volúmenes de combustibles, deshacerse de más desperdicios agrícolas e industriales, utilizar más tierra cultivable para construir casas y caminos, talar más bosques, hallar nuevas fuentes de agua potable, etc.

Lejos de ser un problema sencillo, la eliminación de los desperdicios constituye una red muy compleja de dificultades. No es posible considerar adecuadamente los efectos de un cambio en alguno de sus aspectos, sin tomar en cuenta al resto.

Así, necesitamos emplear DDT para la salud pública y la alimentación, pero esta sustancia puede tener efectos catastróficos sobre la vida animal; necesitamos fertilizantes para producir cantidades adecuadas de

alimentos, pero al usarlos estamos contaminando las aguas; el crecimiento de la industria aumenta la contaminación atmosférica; el transporte de carburantes en grandes buques-tanque implica fuertes derramamientos de estas sustancias en las aguas marinas; el funcionamiento de las plantas de energía nuclear origina radiaciones y problemas de seguridad y de eliminación de los desechos; y así sucesivamente.

Gran parte de la tarea de controlar la contaminación corresponderá a los países, individualmente, pero cada día será más grande la necesidad de adoptar medidas internacionales. Es preciso, al menos, establecer normas internacionales para el control de los contaminantes de efecto mundial, para la eliminación de desechos sólidos, para la navegación de los barcos petroleros, para las acciones subsecuentes a un accidente marítimo, etc. Esta necesidad de normas internacionales será más patente —y por lo mismo más fácil de suplir— cuando los contaminantes rebasen ostensiblemente las fronteras nacionales.

En los casos en que la contaminación sea menos evidente pero exija la aplicación de medidas internas desusadas en ciertos campos, los problemas políticos resultantes serán más complejos. Esto ocurrirá, por ejemplo, al establecer límites legales a la descarga anual de ciertos contaminantes o si llega a ser preciso aminorar o aun prohibir el uso de determinadas técnicas.

De igual manera, el costo del control de algunos desechos industriales dará lugar a conflictos. ¿Quién deberá cubrirlo? ¿El productor, el consumidor o las naciones más afectadas por un contaminante dado? Una nación puede verse gravemente perjudicada en cuanto a su posición competitiva en el comercio internacional, por las medidas que deba tomar. Por lo tanto, el control deberá ser internacional hasta cierto punto, simplemente para que la competición comercial sea justa. Pero, ¿qué se puede considerar "justo"?

Los Océanos

Los océanos, motivo de los primeros intentos de codificar las leyes internacionales, son, asimismo, una de las principales áreas de aplicación de las nuevas tecnologías; esto último ocasiona constantes revisiones y reformas de la legislación internacional. (Se proyecta efectuar en 1973 una conferencia internacional sobre regímenes legales para los océanos). Para ilustrar la cuestión, basta con mencionar en pocas palabras dos de los asuntos principales que se deben abordar: los recursos del lecho marino y los recursos vivientes de las aguas oceánicas.

Se piensa que los mayores depósitos de combustibles fósiles se encuentran bajo el lecho del mar y sobre todo debajo de la cuesta continental (la última sección de tierra continental, antes de llegar al fondo del mar, que generalmente tiene más de 3,000 metros de profundidad). El lecho marino tiene otras riquezas dignas de atención, como yacimientos de manganeso, níquel, cobre, azufre, oro, estaño y platino, así como mi-

nerales "detríticos" (arena y grava). En la actualidad, y con la excepción marginal de la arena y la grava, los yacimientos de estos minerales en tierra firme todavía parecen suficientes para excluir la posibilidad de una explotación inmediata de los depósitos submarinos; no sucede lo mismo con el petróleo y el gas.

Por supuesto, los mayores problemas internacionales a este respecto giran alrededor de una interrogante: ¿Quién tiene derecho a estos recursos y, consecuentemente, á sus beneficios? La Conferencia sobre la Plataforma Continental, celebrada en 1958, otorgó a los estados costaneros derechos soberanos para la exploración y explotación de su porción de plataforma. Esta quedó definida como "el lecho marino y su subsuelo... hasta una profundidad de 200 metros o, más allá de este límite, en los lugares de dicha zona en que la profundidad de las aguas permita todavía la explotación de los recursos naturales..." En otras palabras, si se tienen los medios tecnológicos para ir más hondo el lugar es de uno.

Ya sea que los acuerdos de la citada convención sigan vigentes o que se les hagan algunas modificaciones (los Estados Unidos han propuesto que más allá de los 200 metros el lecho marino sea del dominio internacional), se pueden elaborar algunas hipótesis acerca del tipo de funciones internacionales de control que probablemente se tendrán que desarrollar para que las entidades públicas o privadas que acometan la explotación de los yacimientos submarinos cuenten con una relativa protección para sus inversiones, y también para satisfacer las demandas de una distribución equitativa de los recursos.

Medularmente, la cuestión fundamental es de nueva cuenta el reparto de los recursos y de los beneficios consecuentes. Suponiendo que se adoptara una resolución sobre los límites de la soberanía que no fuera el simple reparto de los océanos entre los estados costaneros (la cual es muy improbable, dado que no respondería a la realidad política actual: Rusia, por ejemplo, recibiría poco; Inglaterra tendría un nuevo tipo de imperio, gracias a la cantidad de islas que posee), se tendría que establecer algún régimen para las zonas no asignadas. Este régimen debería contar no sólo con un medio de decidir qué país tendría acceso a determinadas zonas del lecho marino, sino también con un sistema de distribución de los beneficios obtenidos.

El Futuro de la Pesca

La mayor preocupación de los especialistas en relación con los recursos vivientes del mar, es la tendencia que siguen la tecnología y los métodos pesqueros hacia la captura en la mayor escala posible. Si bien existen diversas opiniones conflictivas al respecto, algunos científicos calculan que el rendimiento potencial del mar no es mucho mayor que el actual, cuyo volumen asciende aproximadamente a 60 millones de toneladas métricas por año. Las posibilidads reales de aumentar esta cifra dependerán no sólo de una mejor tecnología sino también —de manera di-

recta— de un mayor conocimiento en materia de ecología, de mejores sistemas de pesca, de la competición controlada y de la conservación de las especies. De hecho, la aplicación de una tecnología avanzada y la intensificación de la pesca sin un control adecuado provocarían el agotamiento de la fauna marina. Es casi seguro que en la década de 1980 se tendrán que fijar límites a la captura de la gran mayoría de las especies de importancia comercial (tal como se ha hecho ya con algunas de ellas, según el acuerdo logrado dentro de las importantes Comisiones Pesqueras).

Así, para el control de la pesca se advierten las mismas necesidades básicas que para la explotación de las riquezas del lecho marino. Para obtener las proteínas que la población mundial necesita y evitar a la vez el agotamiento de las especies amenazadas por la pesca excesiva, puede ser imperativa la limitación de los derechos de pesca en mar abierto para sentar con ello las bases de la distribución racional de un recurso escaso.

El Espacio Exterior

Pronto se pondrán en marcha dos programas internacionales de estudio de la atmósfera, de grandes alcances: el Programa de Observación Mundial del Estado del Tiempo y el Programa Mundial de Investigación Atmosférica. En ambos se utilizarán, además de otros elementos, satélites meteorológicos. Estos programas y los programas que los sucederán tendrán dos implicaciones inmediatas en relación con la disponibilidad de recursos: acrecentarán la demanda de radio-frecuencias y requerirán "espacio orbital", que puede escasear en caso de necesitarse órbitas geoestacionarias.

Mayor importancia a largo plazo tiene el hecho de que el perfeccionamiento de los sistemas de predicción del tiempo hará que los pronósticos meteorológicos sean cada vez más necesarios, hasta llegar a convertirse en un factor indispensable en muchas actividades humanas, particularmente en el renglón agrícola. La parte espacial del sistema mundial de observación meteorológica que llegue a establecerse, incuestionablemente será un componente fundamental del mismo. Conforme aumente la importancia de los pronósticos, los países irán mostrándose cada vez más reacios a depender de sistemas controlados por una sola nación. Será inevitable entonces la internacionalización.

Los retransmisores orbitales tendrán capacidad para una mucho mayor cantidad de canales, seguramente aumentará también su complejidad, cubrirán zonas bien definidas, contarán con más potencia y tendrán funciones altamente especializadas. Y se repetirá la situación: la demanda de frecuencias agudizará enormemente el problema de repartir el espectro. Por otra parte, la mayoría de los satélites de comunicaciones se colocarán en órbitas geoestacionarias (para reducir los costos correspondientes a las estaciones de tierra), por lo que se multiplicará la demanda de espacio en esa angosta banda espacial localizada sobre la línea ecuatorial

a 35.900 kilómetros de altura. También aquí, la creciente importancia de los sistemas de satélites de comunicaciones fomentará la oposición a su control por parte de naciones aisladas.

Por razones de espacio, me he referido sólo a unos pocos asuntos: la alteración del medio ambiente, los recursos del mar y el espacio exterior. Se podrían añadir la administración de los recursos naturales, el crecimiento de la población, el procesamiento de información, la ingeniería genética y, por supuesto, la tecnología militar, como campos en los que ya es igualmente evidente la necesidad de algún mecanismo regulador de carácter internacional.

Las Consecuencias Políticas

Así, ciencia y tecnología están conduciendo a todas las naciones hacia una internacionalización física que, bien o mal comprendida en la actualidad, ocasionará tal vez trascendentales cambios en la estructura del sistema político internacional en los años venideros. En el peor de los casos, dicha tendencia originará sin duda nuevas tensiones y presiones políticas que muy probablemente acelerarán la marcha de la evolución política.

Algo es patente: la dirección de los futuros avances científicos y tecnológicos seguramente se definirá en el terreno *político* más que en el de la ciencia y la técnica, debido a los recursos que demandan; por lo tanto, sería conveniente que los funcionarios encargados de la política exterior se unieran *ahora* a los hombres de ciencia y a los ingenieros en la búsqueda y el estudio de iniciativas políticas que pudieran dar lugar al control del desarrollo de la tecnología mundial. Este último punto, un tanto herético, merece un tratamiento más amplio.

Todo intento de limitar la ciencia pura sería desatinado e inútil. Desatinado por el alto precio que representa el control intelectual que se requeriría; desatinado porque no sería posible lograr la estricta observancia de los acuerdos establecidos con otras naciones para evitar el peligro de las grandes sorpresas científicas, a menos que se pudiera mantener un control intelectual realmente inalcanzable; y desatinado porque una prohibición de esta naturaleza significaría renunciar a muchas aplicaciones tecnológicas convenientes —entre ellas algunas que podrían perfeccionar la tecnología—, que se derivan de los descubrimientos científicos. Por otro lado, todo intento de limitar la ciencia pura sería inútil, debido a que no habría manera de saber anticipadamente y con plena certidumbre qué especialidades proscribir para impedir el avance en una dirección presuntamente inconveniente. Una vez emprendida la marcha hacia el control de la ciencia, ya no se le podrían fijar límites razonables en cuanto a sus alcances y su carácter.

Hay elementos suficientes para arribar fácilmente a la conclusión de que es poco atinado e impráctico obstaculizar el progreso de la ciencia

pura; sin embargo, puede ser posible adoptar medidas de control más asequibles para impedir las aplicaciones inconvenientes de los descubrimientos científicos.

La Internacionalización de la Ciencia

Una de las mayores preocupaciones que existen en relación con el desarrollo de nuevas tecnologías de grandes alcances es la posibilidad de su empleo incontrolado con fines nacionales. ¿Sería prudente entonces empezar a dar respaldo a determinadas ciencias —o a todas— por medio de organismos tanto internacionales como nacionales? El patrocinio internacional de las ciencias no eliminaría totalmente el peligro de que los conocimientos logrados fueran aprovechados por naciones individuales, pero podría servir para crear la presunción de que sería conveniente su control por parte de órganos internacionales. Más aún, dicho patrocinio podría ayudar a reducir el temor a las sorpresas científicas o tecnológicas, dado que los nuevos conocimientos serían accesibles a todas las naciones.

Es incuestionable que en el futuro el mundo verá crecer la necesidad de controlar o proscribir algunas ramas de la tecnología a causa de algunos descubrimientos acaso más aterradores aún que las mismas armas nucleares por su poder de modificar el medio ambiente terráqueo o de afectar a la especie humana. La cuestión exige mayor atención y más estudio, para que no se repita la historia de la proliferación nuclear. Y bien puede ser tiempo ya de considerar más seriamente la internacionalización del patrocinio de la ciencia como medio de aumentar las posibilidades de establecer un mecanismo de control para las tecnologías peligrosas.

Está haciéndose más patente —y más complejo— un aspecto completamente diferente de la revolución científica, en cuanto a sus implicaciones internacionales. Por primera vez en la historia es posible afirmar que la carencia de conocimientos técnicos ha dejado de ser un obstáculo para la solución de los problemas materiales del hombre. Esto no significa, desde luego, que se tengan ya al alcance de la mano los conocimientos necesarios para resolver todas las dificultades existentes en materia de agricultura, energía, explotación de las aguas y los recursos minerales, contaminación y sobrepoblación. Unicamente quiere decir que el hombre cuenta ya con los útiles apropiados para buscar y encontrar solución a los problemas citados y que ya ha demostrado que es factible resolver cada uno de ellos.

Este hecho hace pensar que las naciones más avanzadas en el campo científico tiene el deber moral de dedicar en mayor medida su acervo científico a la solución de los problemas de los países menos desarrollados. Asimismo, plantea una pragmática interrogante: ¿Cómo orientar la tecnología más directamente y con mejores probabilidades de éxito hacia la resolución de los problemas materiales que determinan en buena parte la tensión internacional?

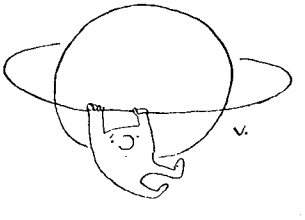
Un Nuevo Ambiente para los Asuntos Internacionales

Las nuevas tendencias hacia una tecnología con repercusión mundial no sólo alteran el medio ambiente en que debe desenvolverse la política. También ponen en entredicho a algunas de las muy apreciadas tradiciones nacionalistas, a las suposiciones relacionadas con la actual organización del sistema político internacional y a los conceptos que tradicionalmente se han ligado con la ciencia y la tecnología. Se puede decir que la revolución científica ha modificado en alto grado las ideas del siglo pasado sobre las fuerzas y las relaciones subyacentes en las que descansa la política internacional.

No obstante, las políticas internas y externas siguen llevándose casi en la misma forma que antes; sólo esporádicamente se reconoce que el control territorial se ha convertido en un concepto incierto y ambiguo, que la libertad de acción de las naciones y la inviolabilidad de las fronteras perdieron hace mucho tiempo su proverbial significado, que los recursos de la mayoría de las naciones son insuficientes para suplir las exigencias de la tecnología moderna y que los organismos internacionales no pueden seguir siendo simples amplificadores de las metas de las grandes potencias.

Y no se debe olvidar que el acelerado avance de la ciencia y la tecnología hasta hoy no es sino el preludio de la remodelación aún más rápida que hará el hombre de su medio ambiente en el futuro. La tecnología se extenderá, aumentará la interdependencia de las naciones, originará relaciones internacionales enteramente nuevas, dará mayor magnitud a la cooperación y a los conflictos, levantará nuevas amenazas a la estabilidad internacional y planteará mayores problemas relacionados con la sobrepoblación y la contaminación ambiental.

Aunque no es posible describir tales situaciones detalladamente por anticipado, tampoco se les puede considerar impredecibles. Más aún, es probable que exijan o promuevan la realización de cambios adicionales, importantes y quizás fundamentales en cuanto a la actitud nacional hacia los asuntos internos e internacionales. De igual manera, se requerirá un mayor esfuerzo por comprender la naturaleza de los futuros acontecimientos y sobre todo por entender su significado en cuanto a las relaciones entre los pueblos de la Tierra.



NUEVOS PRINCIPIOS PARA LOS NEGOCIOS NORTEAMERICANOS

Por Michel Crozier

El tradicional criterio de los negocios norteamericanos, basado fundamentalmente en la producción es ya inadecuado, dice el autor. Como las compañías de los Estados Unidos cada día se internacionalizan más y en su país se dedican en mayor medida a la prestación de servicios a la comunidad, agrega, se verán en la necesidad de conceder una creciente atención a la innovación social y a las relaciones humanas. El presente artículo es un extracto del aparecido en *Daedalus.*

El destacado sociólogo francés Michel Crozier ha sido catedrático de la Universidad de París-Nanterre y de la Universidad de Harvard. Es autor de las obras *The Bureaucratic Society* (La Sociedad Burocrática) y *La Société Bloquée* (La Sociedad Estancada), editadas ambas en 1970. Sus ideas se advierten en *El Desafío Americano,* de Jean-Jacques Servan-Schreiber, y han sido incorporadas a los recientes planes de modernización y descentralización del gobierno francés.

La gran empresa creada por el hombre de negocios norteamericano es, según parece, un instrumento singularmente poderoso para acelerar la actividad económica. Esta clase de organización paulatinamente ha llegado a albergar un racionalismo colectivo (o sea la eficiencia y la planeación basadas en principios administrativos científicos) para todas las sociedades industriales y post-industriales. Sean cuales fueren sus defectos, no se puede poner en duda la efectividad de su patrón básico de funcionamiento dentro de la actual estructura socioeconómica.

La superioridad de las compañías norteamericanas no reside en sus recursos, por enormes que éstos puedan ser, sino en su capacidad de idear y desarrollar organizaciones eficientes con rapidez, de localizar y contratar personal capaz en cualquier lugar, de competir y al mismo tiempo de cooperar para que cada empresa pueda utilizar sus talentos de manera constructiva. Esto es lo que resulta atractivo para los inversionistas europeos de las empresas norteamericanas que desean introducirse en los mercados de Europa.

Consecuentemente, los más perspicaces empresarios europeos estudian ahora la descentralización de líneas de productos, las técnicas de medición, los sistemas gubernamentales y el racionalismo básico de las compañías norteamericanas, tratando de hallar el secreto del éxito de los EE. UU. Por su parte, los especialistas en economía de la Europa Orien-

Copyright © por the American Academy of Arts and Sciences.

tal recorren el mundo occidental analizando los motivos por los que se ha alcanzado y se mantiene un grado tan alto de racionalismo en los países capitalistas. En Europa la administración de negocios se ha convertido en una profesión, y por doquier surgen nuevas escuelas dedicadas a su enseñanza.

Pero el modelo actual de empresa norteamericana —con sus métodos de organización, su estructura social y su racionalismo intelectual— no es la forma definitiva, en materia de organización, para los negocios norteamericanos o europeos. Los empresarios europeos deberán invertir una cantidad considerable de energía creadora para reconstruir el modelo norteamericano y adaptarlo al medio ambiente europeo; por su parte, los norteamericanos deberán afrontar nuevos desafíos en lugar de dormirse en sus laureles. Tales desafíos existen ya y llegarán a adquirir tanta importancia que tendrán efectos profundos sobre las instituciones básicas de la vida comercial norteamericana. Acaso estemos ya en vísperas de una nueva oleada de cambios que, sin ser espectaculares, indudablemente afectarán los principios fundamentales de los negocios de tipo tradicional.

Las Responsabilidades Sociales de los Negocios

Durante décadas, acaso durante siglos, la humanidad ha vivido con la idea de que los negocios constituyen una profesión separada y circunscrita a determinado tipo de actividades. Se ha pensado también que en los negocios el interés primordial es ganar dinero "aquí y ahora", sin participar absolutamente en la edificación del futuro. Por último, la mayoría de la gente ha llegado a considerar que los negocios son una actividad limitada al ámbito nacional, regulada y bien definida, cuyas relaciones con el exterior deben subordinarse a los intereses del país.

Cada día crece la duda en cuanto a estas verdades. Los negocios van introduciéndose gradualmente en terrenos hasta hoy vedados a sus métodos y principios. Incluso ya se puede colegir cuál será el papel que tendrán que desempeñar junto con los gobiernos estatales y locales en materia de planeación a largo plazo. Más aún, sus operaciones internacionales están creciendo con tal rapidez que pronto serán un importante venero de actividades e ideas nuevas. Los retos principales para las empresas norteamericanas en las próximas dos o tres décadas tendrán su origen en los nuevos campos, las nuevas responsabilidades sociales y los nuevos ambientes culturales. Estos factores serán su nueva frontera, su fuente primaria de renovación.

Una generación atrás, actividades tales como la enseñanza, el cuidado de los enfermos, la ayuda a los pobres, la investigación científica o la prestación de servicios gubernamentales a la comunidad podían atraer a personas talentosas. Contaban con el apoyo de los hombres de negocios y en algunos casos hasta empleaban métodos similares a los de ellos. Pero más allá de ciertos límites, los métodos del negociante eran consi-

derados absolutamente inéticos; la mera insinuación de que las actividades antes citadas pudieran caer en el terreno de los negocios habría levantado airadas protestas.

Hoy día encontramos que muchas empresas moralmente solventes tienen por actividad principal la educación, la salud y el bienestar públicos, la revitalización de las comunidades, la reahabilitación social y cultural por zonas y la realización de grandes programas científicos. Según parece, estas especialidades atraen a mucha gente talentosa del medio de los negocios. Incluso un buen número de personas sostiene que la rapidez de los cambios en la moderna sociedad post-industrial genera problemas sociales que las instituciones públicas de tipo tradicional no pueden resolver.

Haciendo un análisis más detenido, se descubre que dichos problemas son básicamente de organización: hacer que los medios sean adecuados a los fines y los fines a los medios, medir las actividades y controlar los resultados, programar y presupuestar, y buscar las alternativas. En todas estas especialidades la empresa comercial es el mejor medio de organización para identificar el problema fundamental, experimentar con programas piloto y preparar la aplicación a gran escala. Sea cual fuere su ignorancia (o acaso en virtud de ella), el medio de los negocios está en posibilidad de llevar ideas revolucionarias a los terrenos en que se les necesita con más urgencia.

Transposición de las Técnicas Administrativas

Es importante hacer notar que esta transposición de métodos intelectuales y conocimientos de organización ha sido posible gracias a que las técnicas administrativas se disocian cada vez más de la naturaleza de las actividades en que se les emplea. Han sido intelectualizadas a tal grado que hoy día se pueden aplicar en forma abstracta. La introducción de las técnicas administrativas a nuevos campos en que no existen los fenómenos del mercado, es prueba del gran progreso logrado en esta dirección.

Sería erróneo pensar que lo anterior dará por resultado una mera duplicación de los métodos administrativos en otras especialidades. Para realizar la transferencia se necesitarán muchas innovaciones y una buena dosis de ingenio, pero durante el proceso de transformación se adquirirán inapreciables conocimientos, tanto en lo intelectual como en lo social. Al hacer frente a problemas urbanos, sociales y educativos, el mundo de los negocios entrará en un contacto más estrecho con los factores psicológicos, culturales y políticos. Y, a mi juicio, ya está preparado para aceptar el desafío, o por lo menos lo están algunos de sus elementos más avanzados y complejos.

La presión misma de los cambios exige que avancemos sobre la senda de la planeación. Pero la planeación ha sido terreno prohibido para la

tradición comercial norteamericana, por lo menos en aquellos casos en que ha tenido implicaciones socialistas o burocráticas perceptibles. Es incuestionable que no se puede progresar en materia de planeación si los negocios tienen que someterse al sistema centralizado y maquinal de una economía dirigida. Empero, esta etapa del proceso evolutivo de la planeación económica según parece ha terminado. La planeación moderna y eficaz consiste ante todo en prever las consecuencias de una determinada acción social y dar el conocimiento así obtenido a los responsables de las decisiones. Muchas empresas han progresado ya grandemente en ese sentido. En cierta forma, el sector de los negocios modernos de los Estados Unidos desarrolla la labor de planeación con mayor eficiencia y amplitud que las empresas de las naciones de Europa Occidental, que tan devotas son de la ideología de la planeación. El verdadero desafío para los Estados Unidos, sin embargo, reside en el paso de la planeación por empresas individuales a una planeación pública que reduzca a su mínima expresión las crisis estructurales y cíclicas.

Un Nuevo Idioma

Será éste un gran desafío para la sociedad, el gobierno y los negocios de los Estados Unidos. Los nuevos métodos científicos ideados para preparar las decisiones gubernamentales (análisis de costos y beneficios, y sistemas de planeación, programación y elaboración de presupuestos), esencialmente son sustitutivos, para una economía sin mercado, de los complejos sistemas racionales de cálculo desarrollados en el medio de los negocios. Su empleo ha ayudado ya a los funcionarios del gobierno y a los ejecutivos de las empresas privadas a encontrar un nuevo idioma común, hecho que ha acrecentado enormemente la capacidad de ambos grupos para cooperar sobre una base realista.

Sin embargo, para el progreso de la planeación moderna no basta con un idioma común; hacen falta también un nuevo tipo de expertos y profundos cambios en los procedimientos de los administradores de negocios. La misma tendencia que ha permitido superar la rigidez dentro de las tradicionales y jerárquicas burocracias privadas, tiene que duplicarse fuera de ellas. Será necesario elaborar complicados sistemas para canalizar la adopción de decisiones de tal manera, que sea posible manejar aquellas decisiones que entrañen consecuencias para la comunidad en general sin menoscabar la capacidad de las empresas individuales de llevar a la práctica sus propias iniciativas y de competir entre sí.

En términos generales, uno de los problemas básicos de la sociedad post-industrial es el de mantener estrictas mediciones de los resultados dentro de una red de sistemas cada vez más intrincados. Será necesario afrontar este reto si se pretende mantener el índice de crecimiento sin pagar un precio social y humano inaceptable. El éxito en este aspecto se reflejará en las prácticas y principios de la empresa mercantil, capacitán-

dola para poner en movimiento mayores recursos humanos por medio de elaborados sistemas de adopción de decisiones.

Los Negocios en un Medio Ambiente Mundial

Constantemente se multiplican las ramificaciones internacionales de las empresas norteamericanas. Y este fenómeno tiende a acelerarse debido a que la forma de organización empresarial norteamericana es la más adecuada para resolver los problemas económicos de las sociedades post-industriales. Pero aunque esta expansión de las operaciones internacionales se suele analizar solamente con criterio económico, y a pesar de que las dificultades se discuten en términos políticos, en el mejor de los casos, los problemas que entraña son más trascendentales. La cuestión es, en realidad, si las grandes compañías norteamericanas que tienden a dominar los mercados del mundo se convertirán en organizaciones verdaderamente internacionales o si seguirán estando fundamentalmente orientadas hacia su propio país, dando lugar al resentimiento y la oposición en todo el planeta. Para que las empresas norteamericanas se vuelvan realmente internacionales, tendrán que disociar sus métodos administrativos —técnicas de organización, prácticas de medición, evaluación de puestos, etc.— de sus antecedentes culturales.

Las prácticas económicas y de organización de los norteamericanos son más universales que las de los países de Europa Occidental, pero todavía están atadas a su cultura en muchas formas sutiles. Lo antedicho podría explicar en parte la gran cantidad de fracasos fuera de los Estados Unidos. Es necesario aprovechar esas experiencias para distinguir lo verdaderamente racional, y por lo mismo necesario, de lo que no es sino un legado cultural entre una pila ya de suyo gigantesca de principios y prácticas.

La cooperación entre gente de cultura distinta en un medio ambiente mundial hará crecer también la capacidad de movilizar los recursos y manejar sistemas opuestos. Aquella organización que sepa integrar eficientes equipos internacionales indudablemente tendrá una mayor capacidad para la resolución de problemas que una organización atada a su origen cultural. Independientemente de su idiosincrasia, cada cultura posee una gama de ideas originales que bien pueden enriquecer el acervo intelectual y mejorar el funcionamiento de una organización. Si las compañías norteamericanas no pueden absorber tales aportaciones, corren el riesgo de despertar el antagonismo de las élites y de las clases medias de los países en que se establezcan.

Relaciones Humanas y Racionalismo Económico

Las clases sobre comportamiento en la organización que se imparten en las escuelas de negocios de las universidades norteamericanas revelan una singular dicotomía. Por una parte, la adopción de decisiones se estu-

dia de acuerdo con un tipo riguroso de racionalismo económico y, por la otra, el comportamiento humano se analiza siguiendo un concepto que se podría denominar "racionalismo de las relaciones humanas". Con esta duplicidad de criterios se pasa por alto el hecho de que quienes deciden están, asimismo, bajo la influencia de los factores humanos y que los funcionarios situados en todos los niveles de la jerarquía toman decisiones limitados por las restricciones del racionalismo económico y de organización.

En consecuencia, las consideraciones referentes a las relaciones humanas siempre han estado subordinadas a las consideraciones económicas. Lo que se ha aprendido al estudiar las relaciones humanas se ha utilizado no para modificar las estructuras, sino más bien para ayudar a la gente a adaptarse a ellas. Esto puede ser conveniente en la medida en que la presión sumada del medio ambiente y de la competencia hace difícil gobernar a la gente y obliga a la administración a transar, pero es esencialmente inadecuado y conduce a la "rutinización" de sectores completos de empresas cuyo funcionamiento en otros aspectos es eficiente.

Un arreglo tan incómodo como ése pierde todo valor en terrenos tales como la educación, el bienestar social y la rehabilitación, donde las relaciones humanas son la sustancia de la actuación y no uno de sus medios. Para tener éxito en dichas especialidades, las empresas tendrán que afrontar los problemas básicos inherentes a la integración de las necesidades técnicas y las necesidades humanas. En cuanto los principios administrativos queden divorciados de las prácticas burocráticas tradicionales, la administración moderna podrá integrar diferentes tipos de racionalismo y abandonar las estrechas síntesis que han sido necesarias para lograr mediciones precisas de procesos y actuación. Esto determinará sistemas más abiertos y permitirá la libre negociación entre más agentes sin poner en peligro el necesario racionalismo del resultado. Tal avance ensanchará gradualmente el panorama del sentido de los negocios.

Participación e Innovación

Enormes recursos humanos se desperdician a resultas de nuestra incapacidad de organizar sistemas sociales que permitan a la gente madurar, expresarse y participar. Esta incapacidad se convertirá en *el* problema principal si las empresas mercantiles incursionan en terrenos tan humanos como la educación, el bienestar social y la rehabilitación, pues en ellos fracasará o triunfará el medio de los negocios. Será preciso elaborar nuevas fórmulas; en realidad ya se han elaborado y se puede confiar en que no quedarán limitadas a su marco original. Es de esperar una rápida y amplia difusión de tales técnicas y prácticas, tan pronto como se analicen las experiencias en medida suficiente. Existen todas las herramientas humanas e intelectuales; sólo faltan la confianza y la experiencia.

Estos elementos serán especialmente importantes para ayudar a la gen-

te a adaptarse a los cambios. Aunque las empresas han desarrollado el sentido y los métodos necesarios para institucionalizar los cambios, éstos se manejan todavía de manera harto rígida, fomentando la adaptación pasiva en lugar de la participación activa. El potencial de innovación y progreso aumentará enormemente si podemos aprender, a partir de experiencias en áreas que tradicionalmente no han estado bajo la férula de los negocios, la manera de motivar a la gente dentro de una organización formal y dentro de estructuras menos rígidas para que pueda mostrar su capacidad de innovación en mayor grado; y también la manera de introducir en el tradicional juego del cálculo mercantil los costos humanos de todos los cambios proyectados.

Para dirigir eficientemente actividades colectivas, el hombre siempre se ha visto obligado a valerse de valores contradictorios y a ordenarlos de acuerdo con algún ambiguo racionalismo. Sea cual fuere el grado de adelanto y el orden peculiar de una sociedad, no puede haber actividad colectiva eficiente sin un mínimo de competencia que motive a la gente para actuar, y sin un mínimo de cooperación que haga posible mantener el orden necesario para la supervivencia de cualquier tipo de sistema.

Los Valores Nuevos

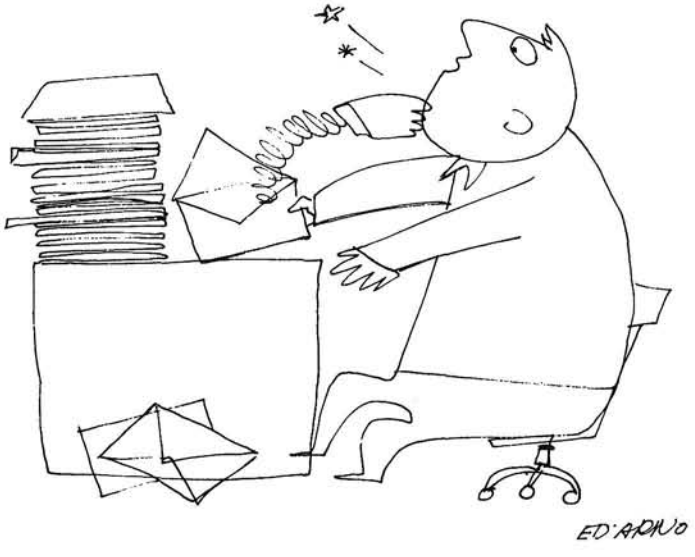
Los valores tradicionales de los negocios norteamericanos han sido de carácter competitivo e individualista; subrayan el derecho fundamental de todo individuo de entrar al mercado en condiciones de igualdad y libertad. Pero no se debe interpretar este credo como un rechazo de los valores cooperativos. La capacidad de cooperación de las compañías norteamericanas, aun en su período tradicional, bien puede haber sido superior a la de Europa. Pero en los Estados Unidos se consideró la cooperación como un hecho consumado y no se le puso en relieve. El obvio racionalismo de los negocios norteamericanos en aquella época se basaba en las ganancias y la libre empresa, y su héroe era el empresario constructor de imperios. Entre los años treinta y los cincuenta los negocios norteamericanos pasaron de los valores competitivos a los cooperativos y de la libre empresa a la organización. Las ganancias siguieron siendo una parte inamovible de su sistema, pero el organizador reemplazó al constructor de imperios.

En las últimas dos décadas ha surgido un nuevo y más complejo tipo de héroe, con menos características de organizador y más de experto en arreglos racionales. De manera extraña, el racionalismo de los negocios norteamericanos cada día ha ido más allá de los negocios para volverse racionalismo puro. Las ganancias, aunque siguen siendo indispensables, se han convertido en un modo de medir el éxito o el fracaso más que representar un fin en sí mismas. El atractivo de los nuevos campos que conformarán a los negocios en las próximas dos décadas acentuará esta tendencia hacia el racionalismo.

A mi juicio, este proceso entrañará importantes consecuencias en relación con el lugar de los negocios dentro de la sociedad norteamericana, así como para la cultura de los Estados Unidos. En primer lugar, representará una ampliación considerable de las perspectivas y aplicaciones de los negocios. Estos abandonarán el *ghetto* en que, hasta cierto punto, se encuentran recluidos. Ya no pretenderán dirigir y orientar a la sociedad, como según parece han hecho algunas veces, pero estarán atentos a los problemas sociales de una manera más simple y modesta. Como resultado, disminuirá el antagonismo entre las empresas y el resto de la sociedad; los negocios estarán mejor integrados a la corriente principal de la vida norteamericana. Las fronteras entre los negocios y otras actividades se harán muy imprecisas.

En segundo término, el medio de los negocios será el abanderado de la nueva marcha hacia un mayor racionalismo. Es posible prever un cambio de la tendencia que ha venido alejando de los negocios a muchos estudiantes talentosos. Esto no significa que las empresas dirigirán la sociedad, sino simplemente que aportarán el método y la capacidad de actuar. Al mismo tiempo, probablemente será más fácil que antes controlar y mantener a un nivel adecuado los intereses mercantiles.

En tercer lugar, a medida que la tendencia hacia el racionalismo gane fuerza, los racionalizadores y los analistas de sistemas perderán terreno y darán paso a un nuevo tipo de héroe —el descubridor creativo—, que será capaz de descubrir nuevos problemas y de definirlos para el analista racional.



W.E.B. DU BOIS Y LOS NEGROS NORTEAMERICANOS

Por Everett S. Lee

En tanto que primer sociólogo negro de los Estados Unidos, escritor con dotes poéticas y precursor de la lucha por los derechos civiles, el extinto W.E.B. Du Bois sigue siendo una destacada figura en el actual movimiento por el "poder negro". A pesar de haber muerto en Ghana en 1963, pasó la mayor parte de sus 95 años en los Estados Unidos, viviendo las contradictorias existencias que describió en su clásico libro *The Souls of Black Folk* (Las Almas del Pueblo Negro): "norteamericano, negro; dos almas, dos maneras de pensar, dos tendencias irreconciliables; dos ideales en pugna en un cuerpo oscuro cuya empecinada resistencia impide que se parta en pedazos".

El profesor Lee, que explora aquí la tormentosa carrera y el complicado carácter de W.E.B. Du Bois, dirige el departamento de sociología y antropología de la Universidad de Massachusetts. Es co-autor de *Migration and Mental Disease* (Migración y Enfermedades Mentales) y con frecuencia colabora en publicaciones profesionales.

Es difícil ser justo con W.E.B. Du Bois. Fue un hombre de talento y de pasión, de profundas cualidades humanas y de enconada intolerancia. Arrogante e impaciente, condenó a todos aquéllos que no estaban de acuerdo con él y con mayor frecuencia fue un tormento para sus amigos que para sus enemigos. Como letrado profundo al principio de su carrera, colocó la propaganda por encima del saber y llenó muchas páginas de insultos y exageración patente. Sin embargo, fue uno de los grandes hombres de su tiempo, formó parte de un puñado de importantes dirigentes negros y escribió un libro, *Las Almas del Pueblo Negro,* que se encuentra entre los pocos que señalaron el principio de un movimiento social.

Desde un principio se le reconocieron esos méritos. Un observador tan penetrante como James Weldon Johnson, el autor, músico y diplomático negro, dijo que tal libro ejercía "mayor influencia en la raza negra que cualquier otro libro publicado en el país después de *La Cabaña del Tío Tom*". Se le declaró "biblia política" del negro educado y a su autor se le consideró como "el Mesías político tanto tiempo esperado". Tras aparecer por primera vez en la primavera de 1903, *Las Almas del Pueblo Negro* ha sido editado más de veinte veces y se halla todavía en prensa. Ningún otro libro escrito por un negro ha tenido tal impacto en los Estados Unidos.

Como detalle curioso, en su autobiografía *Dusk at Dawn* (Crepúsculo al Alba), Du Bois presta escasa atención a *Las Almas del Pueblo Negro.*

En ella señala simplemente que, al cabo de cuarenta años, le era grato que se siguiera vendiendo y que estaba muy satisfecho de él. En el mismo volumen hace notar que entre los libros escritos por él mismo su favorito era *Dark Princess* (La Princesa Negra), pomposa novela que actualmente sólo se lee por ser suya. Indica también que una de sus mejores obras es una biografía de John Brown, el mártir abolicionista, libro que apenas es más que un "pastiche" con citas de otros escritores.

Pero los escritores rara vez son los mejores jueces de sus propias obras y Du Bois, en mucho mayor medida que la generalidad, era incapaz de admitir sus deficiencias personales y las de sus libros. Era un hombre que tenía que estar solo; tenía que ordenar porque no podía obedecer; la enormidad de su *ego* se igualaba a su desprecio por los seres comunes y corrientes. Preocupado por su yo y obsesionado por las cuestiones raciales, permitió que en los más inesperados pasajes de sus obras se deslizaran declaraciones autobiográficas y mezcló las observaciones sobre el Olimpo con la polémica franca. Para muchos un héroe aunque no hubiese tenido ni un solo discípulo, fue un hombre de grandes aciertos y de egregios errores, pero nunca distinguió claramente entre los unos y los otros.

La obra de Du Bois es a tal punto una prolongación de su personalidad que es necesario estudiar al hombre y a su tiempo para comprenderla. Nació en 1868, a los escasos tres años de terminada la Guerra Civil, y murió en 1963, casi al cabo de cien años. Su primer libro apareció cuando tenía 28 años, y él no dejó de escribir hasta su muerte, ocurrida dos tercios de siglo después. Su bibliografía llenaría muchas páginas; fue periodista e historiador, así como sociólogo, ensayista, novelista y poeta. Sus primeras obras fueron concienzudas y bien documentadas, pero hacia la mitad de su vida se hizo negligente ante los hechos, a veces pasándolos por alto y a veces transformándolos para adaptarlos a sus propósitos. *Las Almas del Pueblo Negro* pertenece a la época de transición y está escrito con mesura y claridad. En él, la ocasional introducción de vago simbolismo y de actitudes intelectuales no carece de encanto. Desde el punto de vista literario, todo lo que Du Bois hizo con anterioridad no fue más que un prólogo; todo lo que escribió posteriormente añade poca cosa a su reputación de erudito o de escritor, aunque sí agrega mucho a su talla de dirigente racial.

Una Infancia en Nueva Inglaterra

Du Bois nació en Great Barrington, Massachusetts, una pequeña población "enclavada en las colinas de la Nueva Inglaterra, donde el triste Housatonic sopla entre Hoosac y Taghkanic en dirección del mar". Era mulato, descendiente por el lado paterno de un hugonote francés y de su amante, una esclava mulata. Por el lado materno había mezcla y Du Bois nació así con "una avenida de sangre negra, con genio de francés, algo de holandés, pero, —¡gracias a Dios!— sin nada de anglo-sajón". Algunos de sus familiares pasaban por blancos y sus hijos crecieron en

la ignorancia de sus antepasados negros. El vivió con su madre en la casa paterna, ya que su propio padre los había abandonado para probar suerte como barbero y predicador en poblaciones lejanas, antes de desaparecer totalmente.

Como en Great Barrington eran mínimos los prejuicios raciales, Du Bois no tuvo conciencia de la división de razas hasta que una muchacha recién llegada se negó a tomar la tarjeta de visita que él, en compañía de otros jóvenes del lugar, le extendía. Desde entonces supo que "era distinto de los demás; o semejante, quizás, por el alma, la vida y los sueños, pero apartado de su mundo por un vasto velo". El descubrimiento de ese velo habría de despertar en Du Bois las más profundas emociones por el resto de sus días.

Un Sentido del Color

Du Bois cursó con éxito la segunda enseñanza y el director de su escuela lo indujo a prepararse para la universidad. Había pensado en Harvard, pero la gente del pueblo reunió fondos para enviarlo a Fisk, donde por primera ocasión se encontró en un mundo de color, en un mundo en que había hermosas muchachas negras. Frecuentemente insistió en el tema de la belleza negra; en *Crepúsculo al Alba* señaló que no "había duda de que en materia de colores el bronce, el caoba, el café y el dorado eran mucho más hermosos que el rosa, el gris o el mármol". El cabello, añadía, era cuestión de gustos, pero él prefería "el pelo quebrado, casi ondulado, negro, castaño o de oro reluciente". Detestaba los "rasgos afilados; las agujas y las hojas de afeitar pueden ser agudas, pero la belleza jamás".

W.E.B. Du Bois

Como "hijo de la penumbra y de la noche... [escogió] el cabello intrincadamente rizado, los ojos negros, los rasgos llenos y dulces y esos aires de humildad y misterio que se desprenden de la luz de la luna. Agréguense voces que acarician en vez de raspar, miradas que atraen en vez de ahuyentar y cierta sinuosa ligereza de movimiento para substituir el andar anglo-sajón: ese es mi ideal".

Se graduó en Fisk para pasar luego a Harvard donde repitió sus estudios y obtuvo una beca de post-graduado. En Harvard estudió con William James y leyó a Kant con George Santayana. James le aconsejó alejarse de la filosofía, pero Albert Bushnell Hart lo aceptó en su seminario de historia. Guiado por Hart para tratar de comprender el presente mediante el estudio de las instituciones y de su evolución, examinó leyes, escarbó en el Archivo del Congreso lo mismo que entre decretos del Ejecutivo y documentos contemporáneos en búsqueda de datos sobre el tráfico de esclavos negros. Con el tiempo, sus investigaciones habrían de desembocar en una tesis de doctorado: *The Suppression of the African Slave Trade to the United States of America, 1638-1870* (La Supresión del Tráfico de Esclavos Africanos hacia los Estados Unidos de América, 1638-1870), que fue publicada como volumen inicial de la Colección de Estudios Históricos de Harvard. El libro apareció por primera vez en 1896 y fue vuelto a editar en 1965. Es un trabajo concienzudo, laborioso y admirable por todos conceptos.

El Intermedio Europeo

Al término de su segundo año de estudios de post-graduado, Du Bois insistió ante el Fondo Slater para que le concedieran dinero, en parte como beca y en parte como préstamo, con el fin de estudiar en Alemania. Desembarcó en Holanda, país al que describió como "un fangal extremadamente limpio y bien ordenado, situado en la confluencia de los idiomas inglés, francés y alemán". En Europa aprendió algo de belleza y elegancia, conoció las sinfonías de Beethoven y los colores del Ticiano, galanteó en fin con muchachas blancas. Creyó necesario poner a una de ellas al tanto de las dificultades con que tropezaría si se casaban y la llevaba a vivir a los Estados Unidos.

En la Universidad de Berlín, participó en los seminarios de Gustav Schmoller y Adolph Wagner, obteniendo, tanto del uno como del otro, testimonios de agrado por su labor. Estudió también con Heinrich von Trietschke, a quien oyó gritar a voz en cuello que "Los mulatos son inferiores". Al cabo de dos años volvió a los Estados Unidos y a pesar de que era uno de los negros más cultos del país, tuvo ciertas dificultades en encontrar trabajo. Cuando se le ofreció la cátedra de clasicismo en la Universidad de Wilberforce, en Ohio, una pequeña escuela para negros, aceptó inmediatamente, razón por la cual le fue imposible considerar el ofrecimiento posterior que le hizo Booker T. Washington para enseñar matemáticas en el Instituto Tuskegee, en Alabama.

Du Bois llegó a Wilberforce llevando una barba estilo Van Dyck y luciendo el brillante sombrero de copa, los guantes y el bastón de los profesores alemanes. Enseñó latín, griego, inglés y alemán, y habría enseñado sociología de habérsele permitido. En un principio fue casi feliz, pero pronto quedó desilusionado de Wilberforce, donde la actitud moral y religiosa eran tan apreciada como el desempeño intelectual. Estuvo a punto de perder el empleo por negarse a orar durante una reunión estudiantil y en su diario señaló que, un fin de semana en que se habían suspendido las clases con motivo de una celebración religiosa, fue casi "distraído por los gritos, los gemidos y los chillidos desenfrenados provenientes de la capilla que se hallaba debajo".

Hacia la Sociología y la Controversia

En Wilberforce conoció a la que habría de ser su esposa, una muchacha de ojos negros cuya madre era alsaciana, y al cabo de dos años fue librado de su infortunio profesional por un ofrecimiento de la Universidad de Pennsylvania para estudiar en la comunidad negra de Filadelfia. Se le redujo el sueldo, pero escribió un libro, *The Philadelphia Negro* (Los Negros de Filadelfia), que casi medio siglo después fue elogiado por Gunnar Myrdal como modelo para el estudio de la comunidad negra. En tanto que escritor puramente erudito, Du Bois alcanzó la cúspide con ese libro; los intentos posteriores que hizo en ese terreno fueron numerosos, pero nunca volvió a alcanzar el mismo nivel de concisión y de sentido de las conclusiones.

De Filadelfia, Du Bois se trasladó a la Universidad de Atlanta para encargarse de los trabajos de sociología. Llevaba ya seis años allí cuando un editor le preguntó si no tendría materiales para un libro. Du Bois accedió a reunir algunos de sus ensayos y otros trabajos breves. Añadió un capítulo titulado "Sobre el Señor Booker T. Washington y Otros" y a la colección le llamó *Las Almas del Pueblo Negro*. El capítulo agregado dio al libro importancia inmediata y duradera, puso a su autor en la primera fila de los dirigentes negros y lo hundió en años de amarga controversia.

Booker T. Washington fue el negro norteamericano más poderoso de su época y nunca nadie ha vuelto a alcanzar tal preeminencia. El propio Du Bois dijo que "lo más sorprendente en la historia de los negros norteamericanos después de 1876 es el influjo del señor Booker T. Washington", a quien llamó "el sureño más destacado desde Jefferson Davis y el que cuenta con mayor número de seguidores". Los Presidentes dependían de sus consejos; Andrew Carnegie y John D. Rockefeller se inclinaron ante sus puntos de vista. Por sus manos pasaron fondos para la educación de los negros; hizo y deshizo carreras de profesores e intelectuales. Washington fue por todos conceptos un hombre sorprendente.

Nacido en una cabaña de esclavos, hijo de un blanco, Washington logró educarse venciendo considerables obstáculos y estableció el Instituto

de Tuskegee casi por sí solo. Además, era tan bien parecido y tan modesto que se le aceptaba en lugares a los que ningún otro negro podía asistir. Visitó a Theodore Roosevelt en la Casa Blanca y tomó el té en el Castillo de Windsor con la reina Victoria. Pero se hizo querer de la comunidad blanca a causa de su programa para el progreso de los negros, expuesto en un famoso discurso que pronunció en 1893, en la Exposición de los Estados Algodoneros que tuvo lugar en Atlanta. De hecho, renunció a las demandas inmediatas de igualdad social y sugirió que los negros deberían conquistar sus privilegios mediante el trabajo arduo y constante en los terrenos de la agricultura, la mecánica, los servicios domésticos y las actividades profesionales, mas no mediante imposiciones artificiales. Al referirse a las razas levantó la mano, separó los dedos y anunció: "En todo lo que sea exclusivamente social podemos estar separados como los dedos, pero debemos estar unidos como la mano en todo lo que sea fundamental para el progreso de ambos".

La Crítica del Gradualismo

Du Bois no era de los que podían aceptar una política gradualista o aconsejar la paciencia mientras los negros adquirían experiencia como agricultores y artesanos, o mientras reunían un pequeño capital para abrir negocios independientes. No es que estuviera contra la preparación de artesanos. Reconocía la importancia que esto tenía para la masa del pueblo negro, pero ponía sobre todo sus esperanzas en la "décima parte con inteligencia", como llamaba a los pocos dotados que podían prepararse en las universidades y las escuelas superiores para llegar a ser maestros, profesionistas y dirigentes. Como aristócrata de corazón, Du Bois tenía poca fe en las masas. Más aún, se sentía personalmente amenazado por Washington y por su "Máquina de Tuskegee" y despreciaba la sumisión y el espíritu moralizador de aquél.

Sin embargo, Du Bois fue justo con Washington en su ensayo, reconociendo que había dado dos pasos importantes. En primer lugar, Washington había realizado la casi imposible proeza de obtener la simpatía y la cooperación de los blancos del Sur, algunos de los cuales veían en su programa una base para la mutua comprensión, mientras otros lo consideraban como una renuncia total a las demandas de igualdad civil y política. Al mismo tiempo, Washington había conquistado la consideración del Norte al abogar por el espíritu de la industria y el comercio que animaba a aquella zona del país. De tales realizaciones se derivaban beneficios para los negros norteamericanos aunque, de acuerdo con Du Bois, el precio fuese sumamente elevado.

Du Bois sostenía que al debe se le había prestado poca atención en la contabilidad, porque las críticas habían sido acalladas a pesar de que sólo Washington había intentado que el negro renunciara a tres cosas inestimables —el poder político, la lucha por los derechos civiles y la mejor educación de la juventud negra—, pidiéndole que se consagrara a la edu-

cación industrial, a la acumulación de bienes y a la conciliación del Sur. Como compensación, los negros habían recibido el retiro de la franquicia, un estatuto legalmente certificado de inferioridad civil, y el retiro de la ayuda de instituciones para el mejoramiento educativo de la gente de esa raza. De allí se derivaban las paradojas del programa de Washington.

Aunque Washington había tratado valientemente de que los negros se hicieran negociantes y propietarios, escribía Du Bois, les sería imposible salvaguardar sus derechos mientras no pudieran votar. Y aunque Washington había señalado la importancia de la frugalidad y el respeto a sí mismo, al aconsejar la sumisión había minado la combatividad de la raza. Finalmente, la defensa del adiestramiento industrial por encima de la educación superior se condenaba a sí misma por la necesidad de preparar maestros en escuelas para negros. Así, en oposición a Washington, era necesario pedir tres cosas: el derecho de voto, la igualdad civil y la educación de la juventud de acuerdo con su capacidad. Mientras Washington estuviera por la frugalidad, la paciencia y el adiestramiento industrial de las masas había que aplaudirlo, pero en la medida en que disculpara la injusticia, se equivocara al apreciar el valor del voto y dejara de comprender los efectos mutiladores de la distinción de castas y la falta de educación superior había que oponérsele.

Du Bois fue abiertamente censurado tanto por la prensa negra como por la blanca, a causa de sus ataques contra Washington. Una publicación para negros vio en ellos un intento de vender un libro que de otra manera habría merecido poca atención. Pero, si bien es cierto que sin el capítulo sobre Washington la obra se habría encontrado con la indiferencia a la que estaba destinada la mayoría de los libros de Du Bois, no puede decirse que las otras secciones de *Las Almas del Pueblo Negro* tengan poco mérito. Todo lo contrario, varios de sus capítulos son de valor considerable en tanto que relaciones contemporáneas hechas con sensibilidad acerca de las condiciones de vida en el Sur, varias de las cuales pintan de manera precisa la agonía de un alma sensible pero arrogante sometida a una posición de inferioridad oficial.

Lo que Significa ser Negro

Hay que admitir que la presentación de los ensayos en forma de libro es artificial, aunque Du Bois intente una breve justificación en el prólogo. La obra es, dice el autor, un intento de mostrar lo que significa ser negro en el siglo XX. Primeramente, trató de demostrar lo que significa la emancipación para los negros inteligentes; acto seguido procede a un análisis del surgimiento de dirigentes negros, el famoso ensayo sobre Washington. En seguida pinta al mundo interior y al mundo sin el Velo, para luego levantar éste con objeto de exponer la intensidad y la pasión de la lucha del pueblo negro.

Cada sección del libro va precedida por un epígrafe tomado de los "Cánticos de Dolor", los grandes cánticos espirituales de los negros norte-

americanos, y Du Bois cierra la obra con un ensayo acerca de esa música, mediante la cual los esclavos se dirigían al mundo. El libro se abre con una barra de "Nadie sabe las penas que he visto" y otros capítulos están encabezados por versos de "Mécete despacio, linda carroza", "Corre, Jordán, corre" y "Mi camino está nublado". Esos cánticos "lo que ha pasado por el tamiz de los siglos", son para Du Bois "la música de un pueblo infeliz, de los hijos del desengaño. Hablan de muerte, de sufrimiento y del anhelo callado de un mundo más verdadero, de brumosos extravíos y de caminos ocultos". Pero a través de ellos se respira la esperanza y la fe en la justicia final: con esa nota cierra Du Bois su libro.

Hacia el Separatismo Negro

Algunos años después de la aparición de *Las Almas del Pueblo Negro,* Du Bois abandonó Atlanta para hacerse cargo de la dirección de *Crisis,* el órgano de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. Sus vigorosos editoriales y sus apreciaciones sobre los hechos de actualidad fueron importantes factores que ayudaron a la causa del negro norteamericano. Trascendiendo los intereses nacionales, Du Bois se hizo aliado del Movimiento Panafricano y hasta llegó a abrazar el marxismo, cuyos dogmas nunca comprendió cabalmente, aunque los interpretara para adaptarlos a su propia versión de la historia y de los conflictos raciales.

Fue apartándose cada vez más del mundo de los blancos. Al final dejó de buscar la integración y el éxito mediante la cooperación con el blanco. Pidió en cambio el establecimiento de una sociedad negra independiente dentro de los propios Estados Unidos, una sociedad completa con negocios de negros, con escuelas para negros, con funcionarios negros y con toda una variedad de instituciones separadas. Aprobó la creación de universidades para negros y protestó contra la idea de que las instituciones segregadas eran inferiores por necesidad. Intentó trazar un plan razonable para lograr la auto-suficiencia de los negros y logró atraer a un número considerable de jóvenes dirigentes de su raza. Du Bois avanzaba contra la corriente de los propios negros y, como lo hizo notar su amigo Francis J. Grimké, al pensar que podía llevarlos de vuelta hacia la segregación, estaba destinado a no conservar durante mucho tiempo su posición de dirigente.

A diferencia de Booker T. Washington, Du Bois contaba con escaso apoyo de los blancos y, en tanto que destacado portavoz de su raza, fue blanco de los ataques de conservadores y radicales. Los conservadores lo consideraban demasiado agresivo mientras que los negros radicales de los años veintes juzgaban que estaba en poder del sistema de los blancos, por lo cual los redactores del *Messenger,* publicación liberal dirigida por A. Philip Randolph y Chandler Owen, lo tacharon de ser uno de esos negros "seleccionados a mano, obedientes, de sombrero en mano, aduladores y serviles". Du Bois nunca había esperado mucho de los blancos, pero el

verse atacado por los negros y particularmente por los de izquierda fue para él un golpe demasiado severo.

"Una Especie de Séptimo Hijo"

Obligado a renunciar a la dirección de *Crisis* a causa de sus desacuerdos con el consejo administrativo y de la negativa a tolerar intervención alguna en su manera de dirigir la revista, Du Bois volvió a la Universidad de Atlanta, donde fundó *Phylon,* la "revista de la raza y de la cultura" de la universidad. Allí se hizo cargo nuevamente del programa de investigaciones sobre el negro norteamericano y emprendió la elaboración de una "Enciclopedia del Negro". Sin embargo, dejó de prestar atención a la escena norteamericana, a causa de su creciente interés por el colonialismo y el panafricanismo. En 1945, a la edad de 77 años, publicó un libro, *Color and Democracy: Colonies and Peace* (El Color y la Democracia: Las Colonias y la Paz), que trataba del racismo y del imperialismo y que denunciaba el fracaso de la Conferencia de Dumbarton Oaks para dar relieve a los derechos de los pueblos colonizados. A la edad de 93 años ingresó en el Partido Comunista, indicando que "había tardado demasiado en tomar esa decisión", y un año después se hizo ciudadano de Ghana, en donde pasó los últimos años de su vida. Su muerte, acaecida el 27 de agosto de 1963, sobrevino en el momento de la Gran Marcha hacia Washington, razón por la cual las doscientos cincuenta mil personas reunidas en esa ciudad hicieron una pausa para rendirle tributo.

La suya fue una vida llena de conflictos y contradicción pero también de grandes realizaciones. Al caracterizar al negro norteamericano en un pasaje memorable de *Las Almas del Pueblo Negro,* Du Bois quizás se haya descrito verdaderamente a sí mismo como una especie de séptimo hijo, nacido con un velo y dotado de

> una segunda vista en este mundo norteamericano, en este mundo que niega... [al negro] la verdadera conciencia de sí mismo y que sólo le permite contemplarse mediante la revelación del otro mundo. Qué extraño sentimiento, esta doble conciencia, esta sensación de buscarse a sí mismo con los ojos de los demás, de medir el alma propia con el metro de un mundo que la mira divertido, con desdén y con lástima. El negro siempre siente su duplicidad: norteamericano, negro; dos almas, dos maneras de pensar, dos tendencias irreconciliables; dos ideales en pugna en un cuerpo oscuro, cuya empecinada resistencia impide que se parta en pedazos.

EL LENGUAJE Y LA POLITICA

Por George Steiner

Nacido en París de padres checos, educado en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, hoy miembro extraordinario del *Churchill College* (Universidad de Cambridge), George Steiner tiene experiencia personal en lingüística comparada. Entre sus libros se incluyen *The Death of Tragedy* (La Muerte de la Tragedia), *Tolstoy or Dostoievsky* (Tolstoi o Dostoievsky), *Language and Silence* (El Lenguaje y el Silencio) y, en 1971 *Extraterritorial: Papers on Literature and the Language Revolution* (Extraterritorial: Documentos Sobre la Literatura y la Revolución del Lenguaje). Su crítica se reproduce de *The New York Times Book Review.*

The Russell Lectures. Por Noam Chomsky. Nueva York: Pantheon Books. 112 pp.

El año pasado, Noam Chomsky vino al Trinity College, de Cambridge, para pronunciar la primera de una serie anual de conferencias en honor de Bertrand Russell, difunto miembro del College. Publicado inicialmente en la Revista de Cambridge, el texto de estos dos discursos ha sido hoy recogido en este pequeño libro.

Los nexos entre Russell y Chomsky no son obvios. (El propio Chomsky parece sentir esto). Aunque las primeras investigaciones filosóficas de Russell tuvieron impacto sobre el lenguaje —ya en 1903 había hecho una célebre declaración sobre el estudio de la gramática y el futuro de la filosofía— sus últimos intereses fueron de una índole filosófica absolutamente distinta. Acaso bajo la influencia de una parcial separación de Wittgenstein, Russell llegó a sentir que el papel del lenguaje en el establecimiento de un programa filosófico general podía exagerarse mucho. De manera similar, si hay claras afinidades entre el radicalismo político de Russell y el de Chomsky, entre la devoción a la paz y la justicia social, hay también considerables diferencias. Lord Russell fue, hasta el final, un fenómeno profundamente inglés, un rebelde cuyo estilo intelectual y desdén de las convenciones eran clásicos de un aristócrata *Whig.* Aun donde se muestra más serio y apasionado, Russell exhibe una característica travesura, una elevada ironía que son marca de la cuna elevada del Cambridge eduardiano.

© 1972 por The New York Times Company. Reproducido con autorización.

Un Sentido para el Mundo

En su primera conferencia, Chomsky hábilmente relata su propio trabajo sobre un concepto que ciertamente está presente en la epistemología de Russell, aunque está lejos de ser un tema central: que, a fin de dar sentido al mundo, la mente humana necesita ciertos principios de inferencia que no pueden deducirse lógicamente de los hechos de la experiencia que, de alguna manera deben "preceder" a la experiencia si queremos reconocerlos y ordenarlos como tales. Este axioma, cuya formulación moderna más vasta puede encontrarse en la filosofía de Kant, es fundamental para la propia obra de Chomsky en materia de lingüística. Estudiando las formas del lenguaje y los modos en que los niños y adultos son capaces de captar y articular incontables frases que nunca habían oído, Chomsky afirma que hay principios innatos de la mente que, por una parte, hacen posible la adquisición de conocimientos y creencias, y por la otra, determinan sus límites y dimensiones.

Pasa a aplicar esta idea a la actual gramática inglesa. Presentando cruciales ejemplos de lo que es y lo que no es posible en la formación del lenguaje gramatical, Chomsky se dedica a demostrar que "aparentemente hay principios hondamente enraizados y un tanto abstractos de una naturaleza muy general, que determinan la forma e interpretación de las frases". Así comprendidas, las reglas de gramática parecen expresar (hacer visible, por así decirlo) las propiedades de un componente básico de la mente humana, que, por sí mismo, no puede ser directamente observado, pero que puede ser investigado como modelo idealizado. Chomsky afir-

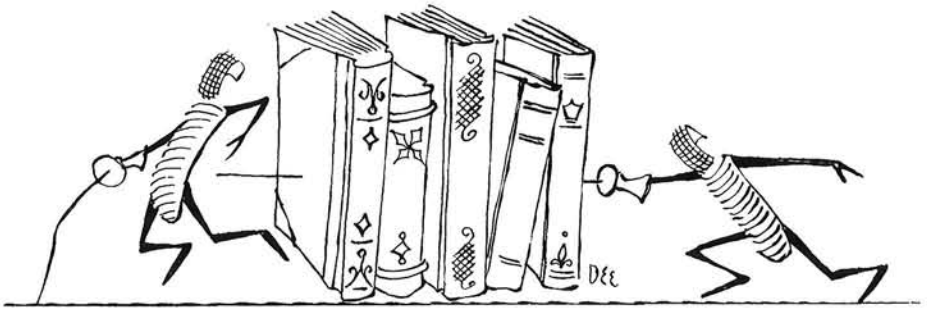
ma que ninguna observación de las conexiones estímulo-respuesta, de la estructura de hábito, del aprendizaje mediante la imitación iluminarán la capacidad central del intelecto humano para tratar con el mundo de manera libre, innovadora, y sin embargo bajo el freno de ciertas reglas formales y lógicas de procedimiento.

Lúcida aunque no sencillamente presentada, esta primera conferencia constituye una excelente introducción a la obra clásica de Chomsky y a sus reflexiones actuales. Los que ya conocen la lingüística de Chomsky encontrarán ciertas modulaciones de su énfasis y algunas recientes condiciones. La creencia en los principios universales de lenguaje se presenta ahora tan sólo como una hipótesis empírica que probablemente tenga que ser "condicionada conforme continúa la investigación en toda la variedad de los lenguajes". También hay una alerta, más generosa de la que antes se había notado, ante el hecho vital de que aun las "reglas profundamente enraizadas" y los principios de la "aceptabilidad" gramatical pueden ser y son constantemente violados conforme el lenguaje se altera, o experimenta. Esta es, en resumen, una mirada profunda y escrupulosa sobre parte del trabajo más interesante efectuado en nuestro tiempo sobre el lenguaje y la mente.

Pasión y Complejidad

La segunda conferencia es política. Su base y muchos de los asuntos específicos citados serán absolutamente familiares a quienes hayan seguido la carrera de Chomsky como conciencia y como publicador. Entre los puntos que toca se incluyen Vietnam, la política norteamericana en el Caribe, el aislamiento del complejo militar-industrial en la vida norteamericana y la frecuente traición a la verdad y a los valores intelectuales cometidas por los mandarines de los establecimientos académico y científico. "En gran parte bajo el impacto de los movimientos de liberación estudiantil y negra, los Estados Unidos han despertado lentamente del sueño dogmático de los años de postguerra". Chomsky concluye sugiriendo que vuelva a instituirse el Tribunal Russell, al cual dedicó tanta energía el filósofo en los últimos años de su vida, ya que la "atrocidad de Vietnam" y la locura nuclear siguen amenazando nuestra subsistencia moral y física.

Este no es el lugar para refutar la apasionada declaración de un publicador. Que el "sueño dogmático" veló por la casi milagrosa reconstrucción de la vida europea, que la política de hombres como Dean Acheson (a quien Chomsky cubre de denuestos) me capacita a escribir esta crítica en un Cambridge tan libre como el que conoció Russell y no en un mundo como el de mis enmudecidos amigos y colegas de Praga, son contraargumentos perfectamente conocidos de Noam Chomsky. Quizás el auténtico desacuerdo sea sobre complejidad. Bertrand Russell, el pacifista, era también Lord Russell, el abogado de una guerra nuclear preventiva contra la Rusia stalinista. Ni la vida (ni, quizás, la gramática) son tan ordenadas y tan transparentes a la razón como quisiera Chomsky.



MILAGROS Y MISTERIOS

Por Peter Prescott

Cuando la novela de Gabriel García Márquez *Cien Años de Soledad* fue publicada en inglés en 1970, los críticos norteamericanos, casi sin excepción, la recibieron como una obra magnífica y poderosa. Cuando los cuentos cortos del mismo escritor aparecieron en 1972, el crítico de *Newsweek* aprovechó la ocasión para comentar el desarrollo del estilo y la visión de García Márquez.

Leaf Storm and Other Stories (La Hojarasca y Otros Cuentos). Por Gabriel García Márquez. Traducido por Gregorio Rabassa. Nueva York: Harper & Row. 146 pp.

Hojeando nuevamente sus páginas, dos años después de su publicación en este país, *Cien Años de Soledad,* de Gabriel García Márquez, me pareció tan emocionante como yo la recordaba. Cuando escribí acerca de ella cedí a ese presentimiento que ocasionalmente asalta a los críticos, recordándoles ser parcos con sus adjetivos que, como las monedas, están mejor en reserva, para que no se desgasten por el constante uso. Entonces no la llamé una "gran" novela, y ni siquiera una "obra maestra", aunque hoy parece claro que ambos términos habrían estado bien aplicados. En ese libro lleno de maravillas, García Márquez creó la historia de un solo pueblo sudamericano, Macondo, desde el Génesis hasta la Revelación. Simultáneamente creó también una completa y coherente visión de un mundo: fantástica, alegre, llena de savia que brota de sus junturas, y sin embargo, preñada de fatalismo: un mundo significativo, lleno de signos y mensajes. Macondo no siempre fue exactamente igual, como lo revela el cuento "La Hojarasca", primer libro publicado de García Márquez.

"La Hojarasca", aparecida en 1955, es una novela corta y compleja; la mano de William Faulkner se echa de ver en ella. Tres narradores —padre, hija, nieto— permanecen sentados durante media hora en una habitación donde un médico, odiado en Macondo, se ha ahorcado. El pueblo, antaño próspero, está en decadencia, con sus "dormitorios llenos de lagartijas y su pueblo silencioso devastado por los recuerdos", pero son los pecados y omisiones de este médico, su relación sobre la familia que vela sobre el cádaver, los que constituyen el tema de esta historia en que los detalles esenciales apenas se revelan. La narración sigue adelante mediante arrancadas y altos. Cada escena crucial debe ser re-contada antes de que la verdad quede en claro. La técnica es compleja, quizás, pero funciona bien aquí, donde la historia está llena de saltos en el tiempo y de símbolos.

© 1972 por Newsweek, Inc.

El Recobro de la Inocencia

En sí misma, "La Hojarasca" es una historia firme, hasta admirable; tan sólo parece pesada si se la compara con lo que después escribió García Márquez. En algún momento, entre 1955 y 1968, maduró la visión de García Márquez; ya no contento con escribir cuentos sombríos y fatalistas acerca de una versión latina del mítico condado de Yoknapatawpha, de Faulkner, se entregó a la exuberancia, el ingenio y la risa. El fatalismo persiste, lo mismo que el simbolismo, pero avanzan ahora con mayor facilidad, preñados, como están, por muchos de los otros temas de la literatura: la creación de nuevos mitos y el recobro de la inocencia, de la maravilla básica en un mundo cargado de vida, un mundo en que se puede oír "el rumor de las remolachas maduras", creer en "una mujer tan tierna que podía pasar suspirando a través de las paredes" y encontrar una silla que se "había usado tanto a través de los siglos que se le había gastado la facultad de producir descanso".

Cuatro de los cuentos de esta colección fueron escritos en 1968, y revelan la madura imaginación de García Márquez. En uno, un hombre ahogado aparece en una playa; su belleza da a los que lo encuentran una comunidad de la que antes carecieran. En otro, un hombre con alas cae a la tierra; los crédulos creen que es un ángel, pero su misterio pronto es superado por el de una mujer que se convirtió en araña por haber desobedecido a sus padres. Este milagro pueden comprenderlo los campesinos, y en la distinción se revela algo esen-

cial en García Márquez: para él, el mundo contiene misterios con los que necesitamos vivir, lo que podemos hacer fácilmente, pero también milagros que no podemos comprender, que hablan en nombre de fuerzas desconocidas para el hombre. "La Hojarasca", entonces, une los estilos primero y posterior de García Márquez. El primero merece nuestro respeto; el segundo debemos celebrarlo.

LA RADICAL INNOVADORA DE LA EDUCACION

Por Augustus Trowbridge

El autor de esta crítica es director de la Manhattan Country School de Nueva York. Su artículo fue tomado de la *Saturday Review.*

Montessori: A Modern Approach (Montessori: Una Perspectiva Moderna). Por Paula Polk Lillard. Nueva York: Schocken Books. 174 pp.

Cuando María Montessori obtuvo su título médico en 1896 sin duda alguna no imaginaba que 75 años más tarde llegaría a ser conocida en Italia no como la primera *Dottoressa* —una hazaña en sí— sino como la más destacada educadora del mundo. Apenas pasados los cuarenta ya había revolucionado la enseñanza primaria en Italia y logrado reconocimiento internacional por sus liberadoras ideas sobre la crianza y temprana educación del niño. Hoy día sus innovadores y radicales métodos forman parte integral de casi todos los salones de clase modernos donde se evita la selección, se trabaja en grupos, se toma la velocidad en la lectura, se prepara secuencialmente el material educativo y se forman grupos de niños de varias edades, donde —en suma— se crea un medio de aprendizaje especial para el niño y centrado en él.

En su teoría de la educación, escrupulosamente explicada en casi una docena de volúmenes, María Montessori reconoció, décadas antes que otros, el valor básico de las experiencias concretas y la dependencia del crecimiento cognitivo del desarrollo de los sentidos. También fue la primera en recalcar la importancia crítica de la educación pre-escolar cuando la enseñanza para los menores de seis años estaba legalmente prohibida en Italia.

© 1972 Saturday Review, Inc.

Habiendo decidido estudiar a tan formidable y esclarecida figura, Paula Lillard no se muestra a la altura del tema. Su libro confirma la peligrosa tendencia que ella misma cita entre montessorianos, su "renuencia a aceptar la oportunidad de desarrollo que ofrece la comunicación con otros y la aceptación de la crítica". Además, aunque no deja pasar la oportunidad de reiterar las glorias de quien precisamente pidiera a sus seguidores que dedicaran su atención no a ella sino "a donde señalo: al niño", la Sra. Lillard no ha efectuado un análisis pertinente de su tema.

En los primeros capítulos, la Sra. Lillard se muestra competente como historiadora y consigue recapitular la metafísica y pedagogía de la Sra. Montessori. Después de describir sus métodos, en gran parte en las palabras de la fundadora, la Sra. Lillard ofrece orientación a los padres y un manual a los profesores donde se demuestra "la manera de hacerlo" de Montessori.

En su evaluación final, la Sra. Lillard por una parte generaliza en exceso, con lo que hace a María Montessori indistinguible de otros grandes humanistas de su campo, y por la otra se concentra demasiado en temas como la estrategia de Montessori para educar a los niños "en desventaja", a los que da exagerada importancia.

Metafísica y Contradicciones

En todo el libro es imposible dejar de darse cuenta de lo que la Sra. Lillard *no* hace. No trata de explorar críticamente su tema, evitando la discusión de las repetidas contradicciones de Mon-

tessori, de su asombrosa metafísica en la que combinaba el misticismo y el racionalismo y de la omni-presente influencia de su sensibilidad católica y victoriana. La Sra. Lillard no se ocupa de poner en su contexto las opiniones que reflejan las costumbres y la moralidad de la época de María Montessori: la dualidad de sus ideas sobre los niños y los adultos, quienes a su juicio tenían "mayor inteligencia" habiendo terminado su "formación"; la falta de importancia que tenían para ella el juego y la imaginación; su pasión por el orden y su aversión a la suciedad y el desorden, que ha llevado a sus más celosos seguidores a crear salones de clase antisépticos y espartanos; su obsesión por la obediencia y el decoro y, finalmente, su sentenciosa actitud que llama a todos "al buen camino" y advierte que hay que guardar a los niños de las "faltas de urbanidad", a pesar de su insistencia en que el error cardinal del profesor es la intervención. La autora no pone en tela de juicio ninguna de estas actitudes.

Los más allegados a María Montessori no han abrazado tan estricta ortodoxia. Mario, hijo de la fundadora y director de la Asociación Internacional Montessori, dijo una vez a A.S. Neill, el británico fundador de Summerhill: "¿Quiere saber lo que trato de hacer ahora que soy viejo? Trato de destruir la idea de que las escuelas Montessori son la respuesta perfecta para todos los niños". De la misma manera, Nancy McCormick Rambusch, la presidenta de la Sociedad Montessori de los EE. UU. y fundadora de la Escuela Whitby, notable modelo de los métodos Montessori, ha notado con frecuencia la necesidad de revisarlos y suplementarlos.

La Sra. Lillard bien pudo haber analizado el profundo desacuerdo entre los muchos profesores que actualmente comparten los progresistas principios de la gran educadora italiana. Hubiera podido esclarecer muchos puntos de la revolución de la enseñanza infantil, pero rehuye —o no es capaz— de tal examen. Aunque claramente son modificaciones de Montessori, las extensas reformas instituidas por el sistema de educación primaria británico que ahora se expresan tan frecuentemente con términos como "salón abierto" y "día integrado" están estrechamente ligadas al genio y pensamiento de María Montessori. Esa podría ser la esencia de una oportuna y significativa evaluación de Montessori. . . una perspectiva moderna.

JAPON, ¿UN FUTURO SUPER ESTADO?

Por Philip Van Slyck

El crítico es un asesor en asuntos internacionales, con especial interés en el Japón. Anteriormente fue escritor y editor de la Foreign Policy Association (Asociación de Política Extranjera) de Nueva York. Su crítica está tomada de *Orbis: A Quarterly Journal of World Affairs.*

The Emerging Japanese Superstate: Challenge and Response (El Floreciente Superestado Japonés: Desafío y Respuesta). Por Herman Kahn. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 274 pp.

The Japanese Challenge: The Race to the Year 2000 (El Desafío Japonés: La Carrera hacia el Año 2000). Por Robert Guillain. Filadelfia: J. B. Lippincott, 352 pp.

Copyright © 1971 por the Foreign Policy Research Institute.

Sin duda, Herman Kahn es el norteamericano más citado actualmente en el Japón, y por muy buenas razones. Así como ha halagado a los japoneses, también los ha perturbado con su observación, obvia pero no por ello menos original, de que *si* las tendencias vigentes del crecimiento nacional de las grandes potencias continúan en la proporción actual, Japón (aun con un ligero descenso en su crecimiento), surgirá algún día cercano al año 2000, como la nación más rica del mundo, tanto en producto nacional per cápita como en poder económico total. Habiendo insinuado desde 1962 la posibilidad de que "no sería sorprendente" que el Japón llegara a ser la economía mundial predominante en el siglo XXI, el futurólogo del Instituto Hudson ha evaluado las probabilidades en *El Floreciente Super Estado Japonés: Desafío y Respuesta.*

Un libro menos notorio en Japón o en los Estados Unidos, aunque en algunos aspectos ofrece mayor información a los occidentales, es *El Desafío Japonés: la Carrera hacia el Año 2000,* de Robert Guillain, corresponsal en Tokio de *Le Monde* y uno de los periodistas occidentales más antiguos y capaces en asuntos del Lejano Oriente, especialmente de China. Guillain saca, de los hechos económicos, la misma conclusión que Kahn y, como éste, dedica una parte considerable de su libro al análisis y la descripción de las cualidades únicas de la cultura japonesa, su estructura ético-social y su carácter, lo cual hace válidas sus predicciones.

Ambos estudios difieren primordialmente en sus fuentes informativas y su metodología. Kahn, en su apreciación de la cultura y el carácter del Japón se basa principalmente en fuentes intermediarias e indirectas (especialmente en el brillante análisis cultural de Ruth Benedict de la época de la guerra, el cual, no obstante, también es indirecto, *The Chrisanthemum and the Sword* (El Crisantemo y la Espada), en tanto que Guillain se basa en observaciones personales de muchos años entre el pueblo y la sociedad japonesa. La exposición de Kahn sigue ese sistema hoy muy conocido, de una lista de notas breves, corazonadas inspiradas al margen de la lógica, sesiones de intelectualización mediante las cuales los seminarios del Instituto Hudson se convierten en libros, en tanto que el enfoque de Guillain tiene esencialmente carácter de reportaje. Cada técnica tiene sus ventajas: la de los futurólogos es más estimulante; la de tipo reportaje resulta considerablemente más accesible.

Enfoque al Trabajo y la Realización

En esencia, las conclusiones de ambos estudios son compatibles. El Japón avanza rápidamente hacia la primera o segunda fila entre las economías nacionales del mundo. Lo está haciendo gracias a su laboriosidad, su elevado nivel de educación y las técnicas de un pueblo unido y orientado hacia las realizaciones. El papel mundial que ha escogido —el de un super-estado económico no militar— es original y admirable, pero puede encontrarse sujeto a modificaciones por obra de acontecimientos internos o externos. Como la más dinámica de todas las sociedades industrializadas, sin duda Japón tiene mucho que enseñar al Occidente, ya no digamos a las sociedades nuevas.

Kahn sugiere que una de las razones del triunfo de Japón ha sido su buena suerte al evitar dos epidemias que actualmente plagan el Occidente: la pérdida de la moralidad y la corrosión de los valores del trabajo y el logro. Guillain señala el tema en términos más positivos, y acaso se acerque más a la lección más importante del fenómeno japonés. "Es un hecho", escribe, "que dentro de veinte o treinta años estaremos obligados a vivir en un mundo que ha sido cambiado radicalmente por las revoluciones científica y técnica de nuestro tiempo; y por lo tanto es urgente que nos dediquemos a transformar nuestras instituciones... inmediatamente. Esto es algo que los japoneses han comprendido mejor que nosotros".

Los japoneses han invertido gran energía, imaginación y destreza durante el siglo pasado en un esfuerzo nacional prodigioso por alcanzar al Occidente, y en última instancia, sobrepasarlo en los terrenos que "cuentan". Lo que cuenta, por supuesto, ha sido distinto en las diferentes generaciones japonesas, incluyendo una aventura de conquista y de construcción de un imperio que fue prolongada y a la postre desastrosa.

El poderío económico y las proezas tecnológicas han sido las constantes, y según Kahn estas variables son las que "más probablemente hicieron a una nación poderosa e influyente". Estas también constituyen los medios necesarios —según los reformadores Meiji del siglo XIX lo mismo que los capitanes japoneses contemporáneos de la industria y del estado— para proteger y encauzar el tipo de vida que distingue a los japoneses con un mínimo de dilución extranjera. Japón lleva un siglo intentando modernizarse, no occidentalizarse. En términos postmilitaristas contemporáneos, la meta es un Japón realmente japonés, que goza de una asociación completa y reconocida, de derechos y responsabilidades dentro del "club" de superpotencias, pero de preferencia sin los adornos militares nucleares (o aun sustanciales o convencionales) del superpoderío.

Aun así, los japoneses tienen plena conciencia de que a pesar de su rápido crecimiento durante la pasada década y media, no están "del todo" a la par, excepto en aquellas industrias en las cuales ya son, o casi lo son, líderes mundiales, tales como la construcción de barcos, el hierro, la electró-

nica doméstica, la óptica fotográfica, los automóviles compactos y la aviación.

En el panorama total, el Japón confronta ajustes monumentales tanto sociales como económicos al llevar la agricultura, la pequeña industria y gran parte de los sectores y servicio de distribución a tomar participación total de los beneficios del crecimiento económico nacional. El Japón ocupa el tercer lugar en la producción neta, pero está en el décimoquinto en cuanto a ingresos per cápita. Todavía es una economía doble y no totalmente modernizada, aunque continúa sobrepasando las predicciones del gobierno y de los planificadores industriales.

Una Sociedad de Consenso

Como Kahn y Guillain apuntan, la coherencia de la estrategia económica nacional japonesa —la gran compatibilidad entre los intereses públicos y privados— es un fenómeno cultural, un reflejo de la manera en que los japoneses constituyen un consenso y llegan a decisiones institucionales o nacionales que inspiran un gran apoyo político y un compromiso constante.

Estos procesos peculiarmente japoneses congenian con las instituciones democráticas, sin una oposición vigorosa, y han capacitado al Japón para mantenerse a la par de las tasas de crecimiento más altas de cualquier sociedad avanzada.

Queda por verse aún si tales enseñanzas pueden exportarse al Occidente, si el extraordinario logro japonés llega a entenderse y apreciarse bien en el Occidente. Se requerirán análisis subsecuentes llevados a cabo por occidentales competentes, como Kahn y Guillain, y una profundización mayor, para lo cual estos dos investigadores han dejado valiosos cimientos. Se necesita todavía más una interpretación japonesa atinada del Japón, hecha por un estudioso que participe de la idiosincrasia de su país y entienda las percepciones, las malas percepciones y las limitaciones de su público occidental.

LA FILOSOFIA NORTEAMERICANA

Por Peter Caws

El crítico es profesor de filosofía en el Hunter College de la Ciudad Universitaria de Nueva York y autor, entre otros libros, de *Science and the Theory of Value* (La Ciencia y la Teoría del Valor). Su crítica está tomada de *The New York Times Book Review.*

Science and Sentiment in America: Philosophical Thought from Jonathan Edwards to John Dewey (Ciencia y Sentimiento en los Estados Unidos. El Pensamiento Filosófico, de Jonathan Edwards a John Dewey). Por Morton White. Nueva York: Oxford University Press. 358 pp.

Cuando un grupo de estudiantes norteamericanos conocido como los Hegelianos de San Luis fundó en 1867 su *Journal of Speculative Philosophy* (Revista de Filosofía Especulativa), eligieron como lema: "La filosofía puede no darnos pan, pero nos proporciona Dios, libertad e inmortalidad". Aparentemente, esta mezcla de filosofía kantiana y sabiduría popular es la adecuada para la situación de la filosofía en los EE. UU.: por una parte, no se puede esperar de la filosofía ninguna contribución a los asuntos prácticos; por otra, se puede contar con que ofrece elevación espiritual en categorías lo suficientemente alejadas de estos asuntos prácticos para representar una amenaza a los mismos. Después de todo, estos asuntos prácticos parecen haber tenido siempre prioridad en la mente norteamericana, y todos han convenido en que la filosofía norteamericana no llegó a existir hasta el surgimiento del pragmatismo, la doctrina de que las consecuencias prácticas son la norma de la significación y hasta de la verdad.

Pero en lo que respecta a la *Revista de Filosofía Especulativa,* existe otro hecho que sugiere un punto de vista diferente; esta fue la primera revista filosófica que se publicó en inglés, adelantándose nueve años a la revista *Mind* de Oxford. Si la filosofía estaba en una posición subordinada, en realidad eso no era más cierto en América que

© 1972 por The New York Times Co. Se reproduce con autorización.

en cualquier otra parte del mundo, y tenía la energía y la iniciativa tomadas también como características del país. En efecto, se podría argüir, relativamente hablando, que la filosofía había sido más importante y había tenido mayor pertinencia en el aspecto práctico aquí que en cualquier sociedad fuera de la órbita marxista.

Dos de los ejemplos más claros se ven en cómo la influencia directa de John Locke trastornó el sistema de gobierno norteamericano en el siglo XVIII, y la de John Dewey trastornó el sistema de educación norteamericano en el siglo XX. Si estos acontecimientos eran o no deseables es punto y aparte; el hecho es que los EE. UU. son mucho menos testarudamente prácticos, mucho más abiertos (para bien o para mal) a la sugerencia de ideas, de lo que generalmente se ha supuesto. Es exactamente la combinación de energía e iniciativa con esta sugestibilidad (junto con una generosa mezcla de confianza en sí mismo, por no decir gazmoñería) lo que ha conducido a la República a alguna de sus empresas más nobles y de sus errores más trágicos.

Las Ideas y la Vida Pública

En su nuevo libro —uno de los mejores, a mi juicio, que han sido escritos sobre la filosofía norteamericana— Morton White, del Instituto para Estudios Avanzados en Princeton, evita la tendencia usual de simplificar excesivamente, y logra delinear admirablemente las intrincadas relaciones que han unido la filosofía norteamericana con la vida pública, y que le han dado esa estructura interna tan peculiar. El método usual de la filosofía americana desconfía de cualquier posibilidad de generalización y recurre al epíteto "pluralista", pero White logra el difícil hecho de organizar su historia alrededor de un tema coherente, tema de contraste entre ciencia y sentimiento, entre experiencia e intuición.

Empezando con la penetrante influencia de Locke, la cual puede seguirse a través del período Colonial hasta bien entrado el siglo XIX, él muestra cómo las realidades del desarrollo industrial y una constitución democrática forzaron a los pensadores americanos a llegar a la conclusión de cómo, en ciencia y moralidad respectivamente, los hombres podrían llegar al conocimiento de la verdad. Locke había supuesto que la moralidad podría colocarse en una base racional y científica; en el extremo opuesto, algunas veces William James parece haber mantenido que el conocimiento científico en sí puede estar sujeto a la norma del sentimiento. Ciertamente, Jonathan Edwards y Ralph Waldo Emerson creyeron que el corazón podría saber, independientemente de la razón, verdades de ética y religión; y aun Charles Sanders Peirce, una de las figuras más grandes del mundo en lo que corresponde al desarrollo de la lógica, compartió esta opinión en su rama de la teología, altamente metafísica.

Una de las virtudes del tratado de White es la luz que arroja sobre la división interna en cuanto al pensamiento de muchos filósofos norteamericanos; el de Peirce es un ejemplo especialmente bueno. Otro caso, aunque diferente, es el de Josiah Royce, cuyos comentarios extremadamente agudos y aún válidos actualmente, sobre cuestiones sociales, perdieron su efecto al ser ligados a una metafísica extravagante y por lo general inaceptable. White es especialmente atinado al atribuir su mérito a figuras injustamente descuidadas como Royce y Chauncey Wright; su elección de filósofos es renovadora, incluyendo no solamente los grandes nombres, sino también un buen número de aquellos generalmente considerados como menores.

¿Es Posible la Democracia?

Una virtud adicional es la forma en que White hace notar la urgencia de un aspecto de su dicotomía —el aspecto sentimental— acerca de los pensadores dedicados a la justificación de la democracia. Si, de la misma manera que los juicios científicos, los juicios políticos y morales requieren de cierto tipo de razonamiento y evidencia, y si la mayoría de los hombres son capaces solamente de sentimientos intuitivos sobre tales asuntos, entonces la democracia resulta una esperanza inútil. Unicamente funcionará siempre que los juicios morales y políticos sean de un tipo diferente del de los juicios científicos, al alcance de todos; o si la mayoría de la gente puede, a través de la educación, llegar a un nivel en el que tenga capacidad de hacer juicios científicos (suponiendo que estuviera al alcance una ciencia de moralidad totalmente desarrollada, lo que no es el caso).

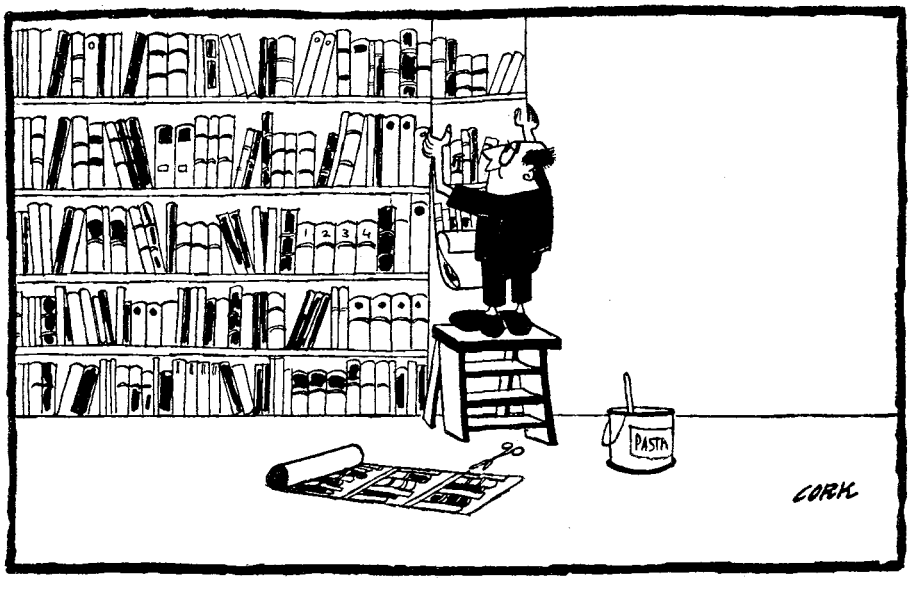
Dewey pensó que la segunda de estas condiciones podría lograrse, pero la mayoría de los filóso-

fos norteamericanos se han ocupado de la primera compartiendo la opinión jeffersoniana de que en cuestiones de moralidad las opiniones de los campesinos son tan buenas o mejores que las de los profesores. (Vale la pena hacer notar que lo que resulta de la postura de Jefferson es un concepto de democracia en el cual las *opiniones* de un candidato a puestos gubernamentales carecen virtualmente de importancia, mientras que su *carácter* es de primordial importancia, en tanto que la moda actual es poner gran atención a lo que tanto el candidato como sus redactores de discursos dicen respecto a su forma de pensar y sus planes, y se atribuye poca importancia al aspecto moral del candidato).

De la Poesía al Análisis

Ciencia y Sentimiento en los Estados Unidos, a la vez que una seria contribución a la historia de la filosofía, es también un libro absorbente y escrito con brillantez que beneficiará al lector no profesional preparado para poner en él cierto esfuerzo intelectual. Sus puntos débiles son pocos: algunas metáforas rebuscadas, algunos chistes dudosos y ciertos ejemplos de ingenuidad científica. Dentro de su género tiene méritos excepcionales. Sus citas son fascinantes y, especialmente en el caso de Emerson y los Trascendentalistas, se ve hasta dónde ha oscilado el péndulo filosófico en dirección del sentimiento, cómo se ha acercado la filosofía a la poesía.

Por otra parte, White sugiere que las cosas se han ido al otro extremo; las tendencias positivistas y analíticas que han dominado la filosofía americana desde Dewey, han reducido su visión y limitado su influencia. Esta es una acusación común y muy discutible, que si acaso sólo refleja un desarrollo positivo ya que el entusiasmo de la filosofía especulativa necesita ser contenido de vez en cuando por cierto desapego analítico para no dejarse llevar por él. Sin embargo, habrá tiempo de discutir esto cuando White publique el prometido complemento a este libro. White se ha impuesto un nivel muy alto.



Créditos: pág. 8, foto de Robert H. McNeill; pág. 19, dibujo de Henry Martin; pág. 36, dibujo de Richard E. Harrison, © 1969 The New Yorker Magazone, Inc.; pág. 48, dibujo de Mario Micossi; pág. 60, dibujo de Saul Steinberg, copyright © 1950 por Saul Steinberg, tomado de The Passport (Harper & Row, Publishers, Inc.), originalmente publicado en THE NEW YORKER; pág. 61, copyright © 1971 por The Viking Press, Inc., reproducido con autorización; págs. 63, 64, 66, 67, 69, 70 y 71, fotos cortesía de The Lee Nordness Galleries; pág. 110, dibujo de Ed Arno, © 1967 por The New York Times Company, reproducido con autorización; pág. 121, dibujo de Dee Fairchild; pág. 128, dibujo de Cor Holkstra, reproducido de The Christian Science Monitor, © TCSPS.

33.9-MX-73-838-(100.5) 10-23-78